



Un desconocido en apuros

GINA WILKINS

eLit

Un desconocido en apuros

Gina Wilkins

Sinopsis

Edstown, Arkansas. Ayer tarde, Serena Schaffer, la propietaria del periódico local, encontró a un hombre herido en una zanja cerca de su domicilio, en Edstown. El hombre mostraba signos de haber sido brutalmente golpeado y robado, y se encontraba al borde de la muerte. Schaffer lo condujo rápidamente al hospital de la ciudad, donde se recupera de sus heridas en la habitación 205. Se rumorea que no va a pasar mucho tiempo antes de que los dos se rindan ante la poderosa atracción que ha surgido entre ellos...

Capítulo 1

—SEÑOR, ¿está despierto? ¿Puede oírme?

La voz de la mujer era agradable, pero sonaba amortiguada por un extraño zumbido. Un zumbido estático, pensó él sin abrir los ojos. La densa oscuridad lo envolvía como una manta cálida y pesada, y él deseaba hundirse en el olvido, protegido por las sombras. Pero la voz se inmiscuyó de nuevo.

—Sé que está herido, pero intente abrir los ojos —dijo la mujer—. Debe hacernos saber que está despierto.

Él quería decirle que lo dejara en paz. Estaba cansado. Quería que se fuera y lo dejara descansar. Abrió la boca para decírselo, pero de su garganta sólo salió un gemido ronco.

—Ah, bien, se está despertando. ¿Puede decirme su nombre?

Al parecer, ella no lo dejaría descansar hasta que le respondiera. Tal vez si abría los ojos, aunque solo fuera un momento, se iría. Se obligó a abrir los párpados y dejó escapar un gemido cuando la luz agredió sus pupilas, provocándole una dolorosa punzada en la cabeza.

Miró a la mujer que se inclinaba sobre su cara. Todo era culpa de ella. Ella era la que le había causado aquel latido en las sienes, por hacerlo salir de la oscuridad.

Pensó que sería preferible volver a dormirse.

—Eh, no, no puede dormirse otra vez —dijo ella—. Despiértese y dígame su nombre. Quiero asegurarme que está bien antes de dejarlo aquí.

¿Dejarlo dónde? De pronto, se dio cuenta de que no tenía la más leve idea de dónde estaba. Abrió los ojos otra vez y trató de preguntárselo, pero sus intentos de hablar resultaron patéticos. Parecía un sapo croando sobre un nenúfar. La mujer le tocó la cara.

Su mano era fría y suave. Le sentó bien. Lástima que su cara cambiara sin cesar. Cuatro ojos; luego, tres; después, cuatro otra vez. Eran muy bonitos. Azules. O quizá verdes. ¿Pero cuántos tenía?

Él volvió a cerrar los suyos. La oscuridad lo reconfortaba. Por el momento, la luz le resultaba demasiado dolorosa.

—Señor, antes de que vuelva a dormirse, ¿quiere que llame a alguien? ¿A su familia?

¿Su familia? ¿Tenía él familia? Qué extraño... No lo recordaba. Seguramente porque el dolor lo emborronaba todo. Parecía mucho más sencillo desvanecerse otra vez. Eso haría.

—Se ha desmayado —Serena suspiró y se recostó en una incómoda silla junto a la cama del herido.

Estaba a solas con él en la pequeña habitación del hospital, y miraba su reloj, pensando que ya había pasado una hora desde que lo habían llevado allí, en una ambulancia a la que ella había seguido con su coche. El hombre había recuperado el conocimiento varias veces, pero nunca lo suficiente como para considerarlo completamente despierto.

Serena, cómo no, había faltado a la reunión de redacción. Había sido incapaz de abandonar al pobre tipo hasta estar segura de que había alguien que se preocupaba de cómo se encontraba. El desconocido había tenido la mala fortuna de llegar al hospital casi al mismo tiempo que un grupo de chicos que regresaban de una excursión, cuyo autobús se había salido de la carretera y había volcado. Ninguno de los pasajeros había sufrido heridas graves, pero el pequeño hospital estaba sumido en el caos, con los pasillos atestados de adolescentes y padres histéricos. Su desconocido, como había decidido llamarlo hasta que pudiera darle un nombre, había sido examinado y declarado en buen estado, salvo por una conmoción; acto seguido, lo habían abandonado en la habitación hasta que alguien tuviera tiempo de atenderlo adecuadamente.

Serena sabía que no tenía obligación de estar sentada a su lado.

Ella solo se lo había encontrado en la cuneta y había pedido ayuda. Pero algo la retenía junto a su cama. Su hipertrofiado sentido de la responsabilidad, probablemente. Parecía pasarse la vida haciendo cosas a las que se sentía obligada, en lugar de cosas que realmente deseara.

Empezaba a preocuparla que el hombre siguiera inconsciente. Naturalmente, estaba conectado a toda clase de monitores y aparatos, pero con aquel alboroto, ¿había alguien echándoles un vistazo? Serena oyó a un padre enfurecido que gritaba por el pasillo, exigiendo que atendieran a su hija. Una exasperada enfermera intentaba convencerlo de que alguien la atendería en cuanto fuera posible. Aquel tipo parecía Red Tucker, pensó Serena con una mueca, compadeciéndose de la pobre enfermera.

Como si el ruido de fuera hubiera turbado su profundo sueño, el desconocido balbució algo. Serena volvió a concentrarse en él. Observó su cara con curiosidad. Aunque desfigurados por los golpes, sus rasgos eran muy atractivos. Su pelo probablemente sería de un rubio oscuro cuando estuviera limpio y bien peinado, y sus ojos, que Serena solo había visto fugazmente, eran de un vivo color azul. Era delgado y fibroso, y parecía tener poco más de treinta años. Solo uno o dos más que ella. Tenía las manos bien cuidadas, pero sus nudillos estaban despellejados, como si hubiera intentado resistirse al sufrir la terrible paliza que lo había llevado al hospital. Tenía las uñas limpias y pulcramente cortadas. No parecía haber trabajado mucho con las manos.

No llevaba reloj ni joyas. Solo un jersey rasgado y unos vaqueros. No tenía nada en los bolsillos, ni tampoco zapatos, ni calcetines. Si el robo había sido el motivo de la agresión, el ladrón se lo había llevado casi todo.

Serena no lo conocía, ni tampoco ninguna de las personas que lo habían visto hasta entonces, lo cual era extraño en una ciudad tan pequeña. Así pues, ¿de dónde procedía? ¿Qué hacía en la cuneta de

un camino que no llevaba a ninguna parte, salvo a aquel tranquilo pueblo de Arkansas?

Alguien abrió la puerta tras ella. Serena esperaba ver a un médico o a una enfermera, pero descubrió que era Dan Meadows quien había entrado.

—Me preguntaba cuánto tardarían en llamar a la policía —musitó ella.

—Buenas noches, Serena —dijo el jefe de policía. No parecía sorprendido de encontrarla allí, lo que significaba que ya había hablado con alguien—. He oído que has encontrado a un hombre herido detrás de tu casa.

Ella asintió, retirándose de la cara un mechón de su pelo cortado a media melena.

—Estaba en la cuneta, en la carretera del lago. El perro de mi hermana se escapó del jardín y lo estaba buscando cuando vi a este hombre tendido de bruces sobre la hierba.

Dan, un hombre de aspecto rudo y hablar lento que rondaba los treinta y cinco años, cruzó la habitación con su característico paso bamboleante y observó al hombre tendido en la cama.

—Nunca lo había visto.

—Yo tampoco. Me da la impresión de que no es de por aquí.

—¿Alguna otra impresión que quieras compartir conmigo?

Ella sacudió la cabeza.

—Me temo que no. No sé qué podía estar haciendo por allí. No llevaba encima la documentación. Y tampoco estaba a su alrededor. Lo comprobé.

—Parece que alguien le ha dado una buena paliza.

—Sí, eso parece. El doctor Frank dice que tiene una conmoción, un par de costillas rotas, una muñeca dislocada y diversos cortes y hematomas.

—Le han dado puntos en la cabeza, ¿no?

—Tiene un corte profundo en el cuero cabelludo, en la sien

derecha. Le han dado seis puntos.

Dan asintió sin dejar de mirar al hombre tendido en la cama.

—¿Se ha despertado?

—Varias veces, pero solo unos segundos. Hace unos minutos parecía que iba a despertarse, pero enseguida volvió a desmayarse. Le han puesto antibióticos y Dios sabe qué más. Supongo que estará bajo los efectos de algún calmante.

—Es más probable que sea por culpa de la conmoción. LuWanda me ha dicho que vendrá a echarle un vistazo en cuanto consiga calmar a Red Tucker. Será mejor que salga y le eche una mano. No hay nada como un hospital lleno de padres histéricos para que todo el mundo vaya de cabeza.

—Gracias a Dios que ninguno de los chicos está herido de gravedad.

—Sí. Mi sobrina iba en el autobús —dijo Dan con una mueca—. Me llevé un susto de muerte cuando me lo dijeron.

—¿Polly está bien?

—Sí. Tiene una hemorragia nasal y un ojo morado, pero se encontrará mejor cuando se le pase el susto.

—Me alegro.

—Sí. Por cierto, esa reportera tuya está ahí fuera, metiéndose en todo. ¿Quieres que te la mande para que te haga compañía?

Ella sonrió y sacudió la cabeza.

—Deja que Lindsey haga su trabajo.

—¿Te refieres a preguntar a todos los padres qué sienten por haber estado a punto de perder a sus hijos en un accidente de autobús? Menudo trabajo...

Dan nunca había ocultado su opinión sobre los reporteros del Evening Star, el periódico fundado por el bisabuelo de Serena y que ella había acabado dirigiendo por una serie de circunstancias que todavía no entendía del todo. Antes de que pudiera defender la labor de la prensa delante de Dan, el alboroto del pasillo captó su atención.

Dan suspiró.

—Parece que Red ha vuelto a enfadarse. Será mejor que le eche una mano a LuWanda. ¿Tú vas a quedarte un rato más?

Ella asintió.

—Creo que me quedaré hasta que las cosas se calmen un poco y alguien atienda a este pobre hombre.

—¿Pobre hombre? —la expresión de Dan era inquisitiva—. ¿Sabes algo de él que yo no sepa?

—No, claro que no. Solo que... Bueno, ya sabes. Yo lo encontré y me siento un poco responsable de él.

—Mmm. Pensando así es como la gente bienintencionada se mete en líos. Será mejor que averigüe quién es antes de que lo adoptes.

Serena sabía que Dan siempre sospechaba de los forasteros y que desconfiaría particularmente de uno que había aparecido en aquellas circunstancias. A ella le importaba tanto como a Dan que su pueblo estuviera libre de la delincuencia que se había apoderado de otros muchos sitios, incluso tan pequeños e insignificantes como aquel.

Al salir de la habitación, Dan miró al hombre una vez más.

—Que alguien me avise cuando se despierte, ¿de acuerdo? Quiero hacerle unas preguntas.

Dan dejó la puerta entreabierta y Serena lo oyó hablar en tono sosegado y autoritario. Su voz se fue desvaneciendo a medida que se alejaba por el pasillo junto a Red Tucker y otra persona. Serena se pasó una mano por el pelo y miró otra vez al hombre tendido en la cama, y se encontró con que tenía los ojos abiertos y clavados en ella.

—Oh, ya está despierto. ¿Se siente con fuerzas para hablar con el jefe de policía, o quiere que espere unos minutos antes de llamarlo?

La mujer estaba sentada en una silla, muy cerca de la cama. Se inclinaba ligeramente hacia él al hablar, y en sus ojos parecía haber cierta preocupación. Él conocía esos ojos. Azules. O quizá verdes. Bonitos. Y solo había dos. Una nariz. Una boca. Todo ello bellamente dispuesto sobre un óvalo enmarcado por una media melena castaña

clara. Fuera lo que fuere lo que le había ocurrido, aún era capaz de reconocer a una mujer sumamente atractiva. La idea le pareció reconfortante. No podía estar muy malherido si todavía se interesaba por el sexo opuesto.

—¿Señor? —repitió ella al ver que continuaba mirándola sin responder—. ¿Me oye? ¿Puede hablar?

Él parpadeó, intentando recordar lo que le había preguntado. ¿Algo sobre la... policía? Frunció el ceño y el gesto le produjo una punzada de dolor que lo hizo gemir.

—Uh... Sí, la oigo —logró decir con voz ronca, como si no la hubiera usado en mucho tiempo.

La mujer pareció animarse.

—¿Qué tal se encuentra?

Se le ocurrió una única respuesta, pero le pareció inapropiado decírsela a una señorita.

—No muy bien.

—Me lo imagino. Tiene un par de heridas muy dolorosas, pero el médico dice que se pondrá bien. Esta noche todo el mundo está muy ocupado porque un autobús escolar ha tenido un accidente, pero este hospital es bueno, aunque sea pequeño. Lo atenderán muy bien.

—¿Dónde...? —tragó saliva para aclararse la voz y volvió a intentarlo—. ¿Dónde estoy?

—En Edstown —respondió ella.

—¿Edstown? —repitió él, perplejo.

—Edstown, Arkansas —dijo ella otra vez.

—Arkansas —él repitió muy despacio el nombre del Estado, intentando recordar si tenía algún significado para él—. ¿Cómo he llegado hasta aquí?

—Yo lo encontré tendido en una cuneta, junto a mi casa. Le han dado una paliza... Parece que lo dejaron allí para morir. Yo llamé a una ambulancia y lo acompañé hasta aquí. ¿Recuerda algo de lo que le digo?

En realidad, había muchas cosas que no recordaba... Pero, en esos momentos, no quería pensar en ello. La palabra «policía» todavía resonaba en su cabeza.

Ella lo observaba con el ceño fruncido.

—Tal vez sea mejor que vaya a buscar al médico...

—No —intentó levantar una mano para detenerla, pero sus brazos parecían estar lastrados. Tenía la muñeca izquierda escayolada o envuelta con algún tipo de vendaje—. Espere, no se vaya todavía.

Por alguna razón, no quería que la mujer se fuera. No quería quedarse allí, solo, dolorido y luchando con la confusión que amenazaba con apoderarse de él. Estaba convencido de que volvería a recordarlo todo si le dejaban descansar durante unos minutos. En aquellas circunstancias, no era de extrañar que no recordara su...

—Su nombre —estaba diciendo la mujer—. Ni siquiera me ha dicho su nombre.

¿Tom? ¿Dick? ¿Harry? Nada. No conseguía recordarlo ni lejanamente. ¿Cómo podía haber olvidado su propio nombre?, se preguntó con creciente angustia.

Ella pareció ponerse tensa de repente.

—Recuerda su nombre, ¿verdad?

Él se imaginaba su reacción si le decía que tenía la mente en blanco. Probablemente, se asustaría. Empezaría a llamar a los médicos y a las enfermeras... y tal vez al jefe de policía al que había mencionado antes. El personal médico irrumpiría en la habitación y empezaría a observarlo y a hacerle pruebas como si fuera una especie de monstruo. Y a saber lo que pensaría el policía...

—Claro que recuerdo mi nombre —ella esperó—. Sam —dijo, eligiendo el primer diminutivo que se le ocurrió.

—¿Sam? —ella volvió a fruncir el ceño suavemente.

Era evidente que la apresurada respuesta no había saciado su curiosidad. Él buscó apresuradamente un apellido.

—Wall... —musitó—. Wallace —dijo rápidamente.

Ignoraba por qué se resistía a admitir la verdad. Podía decirle sencillamente a la mujer que no recordaba su nombre. Ni nada más. En realidad, tal vez debía preocuparse. Quizá tuviera daños cerebrales. Un médico debía examinarlo inmediatamente. Podía tener una hemorragia cerebral. Y Dios sabía qué más. Pero algo lo impulsaba a guardar silencio. Se sentía tan estúpido... Estaba seguro de que lo recordaría todo enseguida. Solo necesitaba un poco de tiempo.

—¿Sam Wallace? —repitió ella, algo desconfiada.

Demonios, ¿por qué no? Aquel nombre serviría hasta que se le ocurriera otro mejor. Su verdadero nombre, por ejemplo.

—Sí. Sam Wallace. ¿Quién es usted?

—Serena Schaffer.

Serena Schaffer... Serena... El nombre le sentaba bien, pensó él.

—Gracias por rescatarme, Serena Schaffer —dijo.

—De nada, no tiene importancia. Ahora creo que debería avisar a alguien. El médico querrá saber que se ha despertado. Y Dan Meadows, el jefe de policía, quiere hablar con usted. Quiere hacerle unas cuantas preguntas sobre lo que le ha pasado.

Él se puso tenso otra vez al oír la palabra «policía». Ojalá supiera por qué. Era algo... instintivo. Algo dentro de él le decía que tuviera cuidado. Al menos, hasta que recuperara la memoria...

La puerta se abrió y una mujer gruesa, vestida con un uniforme blanco, entró sacudiendo la cabeza y mascullando en voz baja.

—Menuda nohecita. Juro que si ese Red Tucker me dice una sola palabra más, le doy un puñetazo. Hacemos lo que podemos con esos chicos, y ahí está... Vaya, pero si está despierto...

—Sí. Estábamos hablando —dijo Serena.

La enfermera se inclinó sobre la cama y lo miró a los ojos.

—¿Le duele la cabeza?

—Sí —dijo él.

—Parece un poco desorientado —añadió Serena.

Al parecer, su actuación no la había convencido del todo.

La enfermera no pareció sorprendida.

—Eso es normal cuando se tiene una conmoción. El médico vendrá enseguida.

Él intentó asentir, pero se quedó rígido al sentir una punzada de dolor en la cabeza.

—No pienso irme a ninguna parte.

La enfermera no sonrió.

—¿Está desorientado? ¿Recuerda cómo llegó hasta aquí?

Según le había dicho Serena, alguien le había dado una paliza y lo había dejado en una cuneta para que muriera.

—Sé lo que ocurrió.

—¿Recuerda la agresión?

—Me temo que no.

—Era de esperar. ¿Algún otro síntoma de pérdida de memoria?

Él la miró directamente a los ojos.

—No.

La enfermera pareció creerlo. Garabateó algo con un bolígrafo sobre el portafolios que sujetaba en el brazo izquierdo y le preguntó:

—¿Cómo se llama?

—Sam Wallace.

—¿Tiene nombre compuesto?

—No, solo Sam.

Los padres que acababa de inventarse no habían sido particularmente imaginativos. Se preguntó cómo serían sus padres de verdad. ¿Estarían buscándolo en ese momento, enfermos de preocupación? ¿Era un completo imbécil por no contarle a nadie lo que le pasaba? La respuesta, por supuesto, era sí. Sin embargo, no cambió de opinión.

—¿Fecha de nacimiento?

Por lo que recordaba, había nacido hacía menos de una hora.

Eligió una fecha al azar, y le pareció curioso que fuera capaz de recordar nombres, meses y números, aunque no tuvieran ningún significado para él.

—Veintidós de junio.

—¿Ah, sí? Hoy es veinte, así que dentro de dos días en su cumpleaños. ¿En qué año nació? ¿Año?

Ni siquiera sabía en qué año estaban. Tampoco recordaba qué aspecto tenía, si su pelo era oscuro, o claro, o gris..., o si tenía pelo. No se sentía viejo..., pero tampoco joven. Maldición, ¿qué le ocurría? ¿Por qué demonios no recordaba nada? Dejó escapar un gruñido. Serena se levantó y le tocó el hombro con gesto protector.

—Parece que tiene dolores, LuWanda. ¿No puedes hacer nada por él?

LuWanda cerró el portafolios.

—Traeré al médico.

Él agradeció el breve respiro y miró a Serena con expresión lastimera.

—La cabeza me está matando —dijo.

Ella le apartó un mechón de pelo de la frente. Así que tenía pelo. Era agradable saberlo.

—Lo siento. ¿Puedo hacer algo por usted? ¿Quiere que llame a alguien?

Él pensó otra vez en la familia que tal vez estaría buscándolo. Se disculpó mentalmente con ellos, por si acaso existían, y sacudió la cabeza.

—No hay nadie a quien llamar, pero gracias por ofrecerse.

Lo que de verdad quería en ese momento era estar solo y pensar. Atravesar la barrera mental que lo mantenía apartado de sus recuerdos. Estaba convencido de que podía hacerlo si lo dejaban un rato solo. Pero cuando la puerta volvió a abrirse y un hombre viejo y rechoncho, que sin duda era el médico, entró apresuradamente en la habitación, comprendió que aún tardaría un buen rato en quedarse

solo. Lo único que podía hacer por el momento era mantener su historia, hasta que se le aclarara la mente, lo que esperaba que ocurriera antes de tener que vérselas con el policía. Si no recuperaba pronto la memoria... En fin, pensaría en ello cuando llegara el momento.

Al ver al médico, Serena retrocedió sonriendo.

—Me voy. El doctor Frank se ocupará de usted. Aquí está en buenas manos, Sam.

Sam. El nombre le sonaba extraño, aunque tal vez también ligeramente familiar. ¿Era posible que fuera su verdadero nombre?

—¿Se marcha?

De nuevo, le disgustó la idea de que verla marchar, tal vez porque ella era la primera cosa que recordaba.

—Quizá nos veamos otra vez antes de que se vaya —dijo ella alegremente.

—Espero que sí —murmuró él, y se dio cuenta de que lo decía de verdad.

Por el momento, ella era su única amiga.

El hospital estaba en silencio. Los pasajeros del autobús escolar habían sido atendidos y dejados al cuidado de sus aliviadas familias. Dan Meadows estaba de pie al final del pasillo, hablando con una atractiva joven que tomaba notas en un cuaderno manoseado. Serena comprendió por su expresión que el jefe de policía empezaba a cansarse de las preguntas de la reportera, y decidió rescatarlo.

—Como te he dicho —oyó que decía Dan con voz crispada—, no vamos a presentar cargos contra el conductor del autobús, ni contra nadie, hasta que hayamos realizado una investigación completa. Y ahora no sé que más quieres que te cuente, pero...

—¿Qué te he dicho sobre hostigar a las autoridades locales, Lindsey? —preguntó Serena con una leve sonrisa.

Su empleada sonrió con la irreverencia propia del miembro más joven de la redacción del Evening Star.

—No irás a negarme uno de mis pasatiempos preferidos, ¿no?

—Por el bien de las futuras relaciones entre el periódico y el departamento de policía, me temo que tendré que hacerlo. ¿Necesitas algo más para tu artículo?

—Tengo todo lo que necesito sobre el accidente —respondió Lindsey—. Pero he oído que hay otra historia interesante en la habitación doscientos cinco. ¿Quién es ese misterioso forastero, Serena?

—Eso quisiera saber yo —dijo Dan, mirando a Lindsey con desaprobación—. Mientras no tengamos todos los datos, no hay nada sobre lo que escribir.

—Dan tiene razón, Lindsey. Por ahora solo sabemos que fue encontrado en la carretera del lago Bullock, con heridas provocadas probablemente por una brutal paliza. Creo que tendrás que esperar hasta mañana para conseguir más detalles. No está lo bastante fuerte como para enfrentarse a la policía y a la prensa al mismo tiempo.

—¿Ya está despierto? —preguntó Dan.

Ella asintió.

—He hablado con él unos minutos. Dice que se llama Sam Wallace. Me temo que eso es todo lo que he conseguido de él. El doctor Frank está con él ahora.

—¿Se ha negado a hablar de lo que le pasó?

Dan frunció el ceño, como si aquello confirmara sus sospechas de que Sam Wallace estaba metido en algo turbio.

Serena sacudió la cabeza.

—No se ha negado. Solo está aturdido. Parece que le cuesta concentrarse. Ha sido muy amable, pero está un poco confundido. No creo que recuerde lo que le ocurrió.

—¿Tiene amnesia? —los labios de Dan se curvaron en un gesto de franca incredulidad.

—No —a veces, Dan llevaba demasiado lejos su escepticismo profesional—. Solo está desorientado, Dan. Creo que es lo normal

cuando se tiene una conmoción.

Él asintió de mala gana.

—Intentaré hablar con él cuando salga el doctor. Si puede identificar a sus agresores, tendremos más posibilidades de encontrarlos cuanto menos tiempo perdamos.

—Tiene muchos dolores.

Dan le lanzó una de sus extrañas sonrisas.

—No te preocupes, Serena. No voy a intimidar a tu protegido. Solo quiero hacerle unas preguntas.

—Yo también —dijo Lindsey.

Serena la miró.

—Vete a acabar el artículo sobre el accidente. Mañana todo el mundo querrá saber los detalles.

Por su expresión, Lindsey parecía pensar que un misterioso forastero herido era mucho más interesante que un accidente de autobús sin importancia.

—Te veré mañana, Serena. A ti también, jefe. Naturalmente, querré saber todos los detalles de la investigación sobre ese tipo.

Dan se quedó mirando a Lindsey mientras la joven entraba en el ascensor.

—¿Te he dicho alguna vez que no me gusta que tus reporteros me acosen?

—Sí, una o dos veces —respondió Serena.

Sabía que Dan no tenía nada personal contra Lindsey, a la que conocía desde niña. A veces incluso sospechaba que a Dan, a su manera, le gustaba bastante Lindsey. Pero los periodistas en general no le gustaban nada.

Dan había vuelto a concentrar su atención en la habitación del otro extremo del pasillo.

—Bien, Sam Wallace —musitó para sí—, es hora de averiguar quién eres: la víctima inocente de un crimen, o alguien a quien no queremos en nuestra ciudad.

Serena también se había estado preguntando lo mismo. Por alguna razón, le costaba trabajo pensar que Sam Wallace, herido o no, fuera una víctima inocente.

Capítulo 2

DOS HORAS después, Sam miraba las noticias de las diez en el televisor que estaba colgado junto al techo, frente a su cama. Esperaba que algo apretara el gatillo de sus recuerdos. Se había esforzado por recuperar aunque fuera el más nebuloso detalle de su memoria, pero solo había conseguido un terrible dolor de cabeza y una creciente frustración mezclada con pánico.

Empezaba a parecerle inevitable tener que contarle la verdad a alguien. Tal vez al policía que lo había visitado poco antes para hacerle preguntas, que él había contestado con vaguedades. El jefe de policía le había prometido que volvería. ¿O se lo había advertido?

Sam no estaba en absoluto seguro de que Dan Meadows se hubiera tragado la historia de que estaba de paso por aquella zona, en busca de trabajo, y unos tipos que se habían ofrecido a llevarlo en coche le habían dado una paliza. Había alegado dolor, cansancio y confusión para no dar más detalles y evitar que alguien fuera arrestado. Al jefe Meadows no parecía haberlo convencido su historia. Aunque podía ser verídica, solo que él no la recordaba.

Lo angustiaba la idea de decir en voz alta que había perdido la memoria, que tenía la mente en blanco, que estaba completamente a merced del personal de aquel pequeño hospital rural. Hasta el momento, los personajes con los que se había encontrado, a excepción del policía, se habían mostrado cordiales, sencillos y sin pretensiones. Era evidente que había aterrizado en un típico pueblecito estadounidense, ¿pero desde dónde?

Por alguna razón, sabía que no era de por allí. Su acento le sonaba distinto incluso a él. Además, no se sentía... de Arkansas. Aunque no sabía qué significaba eso.

¿Pero qué hacía allí? ¿Por qué nadie iba a identificarlo, a

preguntar por él? ¿Estaría tan solo en la vida que nadie sabía dónde estaba? ¿Sería tan ajeno y misterioso para todos los demás como lo era para sí mismo en aquellos momentos?

No le gustaba la idea de que nadie se preocupara de si estaba vivo o muerto. Ni le gustaba estar tendido en aquella cama con un camisón de hospital con la espalda abierta, una sábana tan fina que probablemente podría leer un libro a través de ella y un par de bolsas que destilaban líquido a través de una aguja prendida a su brazo. Tal vez recuperara la memoria si pudiera ver la ropa que llevaba cuando lo habían encontrado.

—¿Qué ha pasado con mi ropa? —le preguntó a un hombre flaco y pálido que entró llevando una bandeja con agujas y vías.

El hombre pareció sorprendido. Sus ojos azules, casi desprovistos de pestañas, se abrieron y se cerraron.

—¿Qué ropa?

—La que llevaba cuando me trajeron aquí.

—No lo sé, señor. Lo preguntaré en cuanto le extraiga una muestra de sangre.

—Pero si ya me han sacado sangre. Ya casi no me queda ni una gota.

El enfermero lo miró como si no supiera si sonreír.

—Eh...

Sam suspiró.

—Está bien. Pínchame y encuentre mi ropa, ¿quiere?

Empezaba a perder la paciencia con todo aquello. Con el hospital, con su personal... y con su propio cerebro tercamente cerrado.

Poco después le dijeron que no llevaba cartera. O, al menos, el personal del hospital no la había encontrado. Le aseguraron que no había nada en los bolsillos de sus pantalones vaqueros, ni en los de su camisa. La falta de efectos personales reforzaba la historia del robo, pero lo dejaba sin ninguna clave sobre su identidad.

—Maldita sea —gruñó en cuanto volvió a quedarse solo.

¿Por qué no recordaba nada? ¿Qué le pasaba?

Entró otra enfermera, alta y huesuda.

— Soy Lidia, su enfermera de este turno. ¿Qué tal se encuentra?

Él la miró con fastidio.

— Eso depende. ¿Qué va hacerme?

Ella sonrió y sostuvo en alto un termómetro.

— Solo voy a ponerle esto. Es completamente indoloro, se lo aseguro.

Él abrió la boca de mala gana.

— Ah, y tengo que hacerle unas preguntas —añadió ella, abriendo un portafolios y sacando un bolígrafo—. LuWanda nunca termina de rellenar los papeles y luego los de admisiones se enfadan.

Él estuvo a punto de tragarse el termómetro.

— Mmf.

— Aguante un segundo —la enfermera esperó hasta que el termómetro electrónico pitó; luego se lo sacó de la boca y lo miró—. La temperatura es normal. Y, en cuanto a este papeleo, lo único que tenemos por ahora es su nombre, Sam Wallace, y el día y el mes de su nacimiento. Veintidós de junio. ¿Correcto?

— Eh, sí.

— ¿En qué año nació, señor Wallace?

Él esbozó una sonrisa.

— ¿Qué edad aparento?

Ella entornó los ojos.

— Vaya, al señor le gusta jugar a las adivinanzas —murmuró—. De acuerdo, se supone que tengo que animar a los pacientes. Aparenta... —lo miró detenidamente y él contuvo el aliento—. ¿Treinta y tres?

— Treinta y uno —la corrigió él con una mueca exagerada.

Le parecía una edad bonita. Ni demasiado joven, ni demasiado viejo.

— Así que nació en mil novecientos... —su voz se desvaneció mientras garabateaba los números en el impreso—. ¿Dirección?

—Yo, eh, no tengo dirección fija en estos momentos. Y estoy buscando trabajo —añadió, anticipándose a la siguiente pregunta.

—¿Tiene seguro médico?

«Señorita, ni siquiera tengo nombre».

—No.

—¿Algún pariente cercano?

Él cerró los ojos.

—No.

—¿Le duele algo?

—Tengo un dolor de cabeza espantoso.

—Lo lamento. Solo un par de preguntas más. ¿Es alérgico a alguna medicación?

Estaba cansado. Sumamente cansado. Debería decirle la verdad: «No me acuerdo. No tengo nada entre las orejas, más que aire muerto. Llame a sus expertos, señorita. Aquí tienen una auténtica atracción para su regocijo».

Pero no podía hacerlo. Tal vez se lo dijera a alguien al día siguiente. O tal vez para entonces ya no fuera necesario.

—No —murmuró—. No soy alérgico a nada —le estaría bien empleado si le inyectaban algo y moría lenta y dolorosamente a causa de una reacción alérgica.

La enfermera le hizo otras preguntas sobre su historial médico. Él mantuvo los ojos cerrados y respondió al azar con voz monótona y letárgica.

«Eres idiota, Sam. O como diablos te llames. Un cobarde. Un necio. Un mentiroso. Un sinvergüenza. Dile la verdad a la señorita».

Pero siguió mintiendo. Porque a él mismo le daba miedo la verdad.

La oyó cerrar el portafolios.

—De acuerdo —dijo la enfermera—. Por ahora, es suficiente.

Sam dejó escapar un largo suspiro cuando al fin se quedó solo. Estaba tan fatigado que apenas podía moverse. Se sentía física y

mentalmente exhausto. Le dolía todo el cuerpo. Necesitaba descansar. Quería salir de aquel lugar. Pero no sabía a donde iría cuando se marchara.

Ni siquiera sabía qué aspecto tenía, pero durante las dos horas anteriores había aprendido un par de cosas sobre sí mismo. Tenía más orgullo del conveniente, no le gustaba admitir sus debilidades y odiaba profundamente estar a merced de los demás.

Todos esos rasgos le resultaban familiares. Le gustaban. ¿Pero quién demonios era? ¿Y por qué no lograba recordarlo?

Realmente, había un hombre muy guapo bajo todos aquellos moratones. Hasta tendido en una cama de hospital poseía una especie de... bueno, de elegancia, pensó Serena a la mañana siguiente, mientras, sentada junto a la cama, observaba a Sam. Este tenía los labios ligeramente abiertos y resoplaba un poco al respirar. Tenía las pestañas largas y extrañamente oscuras en contraste con su pelo rubio. Aquellas espesas pestañas curvadas eran el único rasgo de suavidad de su cara enérgicamente labrada.

Serena pensó en la sucinta historia que le había contado a Dan. Había insinuado que era un trotamundos sin raíces que vagaba de ciudad en ciudad, ganándose el sustento con trabajos temporales. No tenía casa, ni familia. Mirando sus manos bellamente formadas, estropeadas solamente por las rozaduras de los nudillos, Serena se preguntó si esos trabajos temporales consistirían en sentarse detrás de un escritorio a hacer cuentas. Le resultaba difícil de creer que aquellas manos hubieran empuñado nunca una pala o un martillo. Y si esas uñas ovaladas y pulcras no habían pasado por una manicura profesional, besaría al perro de su hermana... justo en su hocico babeante.

Levantó la mirada hacia la cara del hombre y se azoró un instante al encontrarse con sus vividos ojos azules, que la miraban fijamente.

—Oh, buenos días.

—Serena.

Dijo su nombre como si recordarlo fuera muy importante. Ella asintió.

—Serena Schaffer.

—Tú eres quien me encontró.

—Sí. ¿Qué tal estás?

—Cansado. ¿Alguna vez has intentado dormir en un hospital?

—No. Nunca he estado hospitalizada.

—No te lo recomiendo. Cada pocos minutos, alguien entra en tu habitación para sacarte sangre, comprobar tu presión arterial o tu temperatura, o para auscultarte con un estetoscopio que parece recién sacado de un congelador. Están obsesionados con mis fluidos corporales... Con los que entran y con los que salen. Cada vez que intento ponerme en una postura más cómoda, ese maldito chisme empieza a pitar para que me quede quieto —para demostrárselo, flexionó el brazo derecho, doblando el delgado tubo que conectaba la bomba de suero con la aguja insertada en el dorso de su mano.

Al instante, la bomba empezó a pitar. Sam suspiró y estiró el brazo. La máquina volvió a callarse.

Serena había esperado pacientemente mientras él soltaba su letanía de lamentos.

—¿Te sientes mejor ahora que te has desahogado?

Él esbozó una sonrisa.

—Un poco.

—Entonces, me alegro de haber venido.

—Supongo que me he desahogado contigo porque eres la primera persona que entra en esta habitación desde hace horas sin llevar una inyección.

—¿Estás seguro de que no hay nadie a quien pueda avisar? ¿Un amigo, o alguien de tu familia que pueda quedarse contigo hasta que te recuperes?

—No hay nadie a quien quiera avisar por el momento. Pero gracias por el ofrecimiento.

A ella no le gustaría estar sola en un hospital. Sabía que, si algo le ocurría, tendría a su alrededor una legión de parientes y amigos dispuestos a ofrecerle su ayuda y su afecto. Compadecía a todo aquel que no tuviera ese apoyo emocional del que sacar fuerzas.

Él pareció comprender su expresión.

—Estoy bien —le aseguró—. Pero me alegrará salir de aquí.

—¿Adónde irás?

Las comisuras de la boca de Sam se crisparon. Serena no sabía si lo molestaba su pregunta o si lo entristecía la respuesta. ¿Sería verdad que no tenía a donde ir, ni nadie a quien recurrir? Ella odiaría encontrarse en esa situación.

Cuando se hizo evidente que no respondería, Serena cambió de tema.

—He hablado con el jefe Meadows. Dice que no ha encontrado ninguna pista sobre los dos hombres que te robaron. No hay ni rastro de esa camioneta que le describiste.

—No me sorprende. No creo que fueran de por aquí. Probablemente solo estaban de paso, buscando líos.

—¿Cómo tú? —murmuró ella.

Él la miró a los ojos sin pestañear.

—Yo no buscaba líos. Pero, por desgracia, me los encontré.

Serena conocía esa sensación. Ella tampoco estaba buscando líos cuando había encontrado a Sam Wallace en una cuneta. Pero se lo había encontrado y, por alguna absurda razón, se sentía responsable de él.

Los sonidos del hospital se filtraban por un resquicio de la puerta. La charla de las enfermeras, el pitido de las máquinas, alguien que tosía, otro que lloraba... La enfermedad parecía deslizarse por los pasillos como un espíritu malicioso que constantemente intentara burlar a los ajetreados doctores de aquel pequeño hospital, anticuado y escaso de recursos. Serena esperaba que el desconocido estuviera recibiendo los cuidados que necesitaba. Las heridas en la cabeza eran

tan impredecibles...

LuWanda, la recia enfermera que se había ocupado de Sam al llegar al hospital, entró en la habitación.

—Es hora de comprobar sus constantes vitales, señor Wallace.

Él emitió un gruñido.

—Podría hacerme el favor de dejar en paz mis constantes vitales.

LuWanda se rió como si Sam hubiera contado un chiste.

—No se preocupe, no tocaré nada que no haya tocado antes. Ah, y tengo que tomarle la tensión. Al doctor le preocupa que le suene tanto el pecho.

Él miró a Serena mientras la enfermera le sujetaba algo alrededor del dedo índice derecho.

—Es para medir el pulso —murmuró.

Ella se levantó.

—Pues espero que esté bien.

—En un noventa y nueve por ciento —anunció la enfermera—. Mejor que el mío. Yo fumé durante veinte años. Supongo que usted no fuma, ¿eh, señor Wallace?

—Supongo que no —respondió él vagamente.

Serena se acercó a la cama.

—Tengo que irme. ¿Puedo traerle algo, Sam? ¿Libros, revistas, algo de aseo?

—No, gracias. Estoy bien.

Desde luego, era un tipo independiente, pensó ella. No poseía nada que pudiera llamar suyo, pero aun así, no pedía nada. Un hombre extraño, ese Sam Wallace... fuera quien fuera.

—Bueno, entonces... hasta luego —ella se dirigió hacia la puerta.

No dudaba de que volvería. Algo en la expresión melancólica, ligeramente confundida de los ojos azules de aquel hombre, la haría volver.

¿Estaba siendo una completa estúpida por relacionarse con él, aunque solo fuera temporalmente y por casualidad?

—¿Y bien? ¿Qué has averiguado sobre él? —preguntó la menuda y pelirroja Lindsey Gray en cuanto Serena entró en las oficinas del Evening Star—. Has ido a verlo al hospital otra vez, ¿no? ¿Hablaste con él? ¿Has averiguado algo más sobre lo que le ocurrió?

—Lindsey, tómate un respiro —le ordenó Serena, sacudiendo la cabeza con exasperación—. Cualquiera diría que nunca hemos visto un forastero por aquí.

—No muchos, en realidad. Y ninguno como este... Bueno, ¿qué has descubierto?

Serena se recogió un mechón de pelo tras la oreja y se encogió de hombros.

—Tú sabes tanto como yo. Dice que estaba de paso, buscando trabajo, cuando dos hombres con una camioneta se ofrecieron a llevarlo, lo robaron, le dieron una paliza y lo dejaron medio muerto en la cuneta. No puede describir a los dos hombres con precisión porque apenas recuerda lo que pasó... Una ligera pérdida de memoria debida a la conmoción. El médico dice que es normal.

—¿De dónde es? ¿Cuál es su historia?

—No lo sé. No me lo ha dicho, y yo no he querido preguntarle más. Está herido, Lindsey. No creo que esté de humor para entrevistas.

Lindsey hizo una mueca de fastidio. Era la única mujer de veinticinco años que Serena conocía a la que las muecas le sentaban bien.

Muy a su pesar, Lindsey estaba condenada a que la consideraran graciosa, cuando lo que realmente quería era ser mordaz y sofisticada. Tras estudiar periodismo había trabajado un par de años en un periódico de Little Rock, antes de regresar a su pueblo natal para estar cerca de su padre enfermo. En el Evening Star ganaba mucho menos, pero Lindsey se tomaba muy en serio su trabajo y se entregaba a él con la misma dedicación que si trabajara para The Washington Post o en The New York Times.

A veces, Serena pensaba que se lo tomaba demasiado en serio. Siempre estaba al acecho de la «gran noticia»... y la verdad era que en Edstown no abundaban las grandes noticias. A excepción de una reciente oleada de robos, allí casi nunca pasaba nada. Lindsey acosaba sin piedad al alcalde y al pobre jefe Meadows, a pesar de que ellos sentían una profunda aversión hacia los periodistas. Pero no había duda de que el periódico funcionaba mejor desde que Lindsey había llegado.

Serena observó la destartada oficina, desierta y silenciosa tras el cierre de la edición vespertina. Sabía que había personas que nacían con tinta en las venas, a las que el olor del papel impreso y el ruido de las prensas les producían una excitación casi sexual. Pero, al mirar a su alrededor, Serena solo veía caos y dejadez.

Ella nunca había querido encargarse del periódico de su bisabuelo. Ese había sido el destino de Kara, su hermana mayor. Serena era abogada, no periodista, y habría preferido seguir siéndolo. Por desgracia, nadie había podido hacerse cargo del periódico tras la muerte de su padre, ocurrida un año antes. Tres meses después, Kara se había marchado de la ciudad con un aspirante a estrella de música country, dejando a Serena con un perro estúpido y la responsabilidad del periódico del bisabuelo. Su primer impulso había sido venderlo, pero la sola idea había causado tal disgusto a su madre que Serena había tenido que conformarse.

—¿Dónde está Marvin? —preguntó, mirando el despacho vacío del redactor jefe—. Se suponía que teníamos que hablar de las ventas del mes pasado.

Lindsey entornó los ojos.

—¿Dónde crees tú que está? Decidió pasarse un momento por Gaylord's para «cargar las baterías» antes de la reunión. Eso fue hace dos horas.

Esa tarde tampoco podría hablar con Marvin, pensó Serena con fastidio. El viejo redactor, que trabajaba para el periódico desde los

tiempos de su abuelo, pasaba cada vez más tiempo en Gaylord's desde que su esposa había muerto, dos años atrás. Marvin estaba cansado, quemado y solo, se resistía a la tecnología moderna y echaba de menos los viejos tiempos, pero no quería retirarse. Solía decir que no tendría razón para levantarse por las mañanas si no tuviera un trabajo al que ir. Aunque Serena odiaba la idea, empezaba a creer que tendría que presionar a Marvin para que se jubilara. Le rompía el corazón, pero era cada vez más necesario.

«Maldita sea, Kara, esto deberías hacerlo tú». Se pasó una mano por el pelo y suspiró.

—Supongo que tendré que hablar con él mañana. ¿Has acabado por esta noche?

Lindsey sacudió la cabeza y se colgó del hombro su enorme bolso de macramé.

—Me voy a una reunión del consejo municipal. Será mejor que me dé prisa. Empieza dentro de diez minutos.

—Pensaba que le tocaba a Riley cubrir esa noticia.

—Sí. Yo voy solo por curiosidad. Quizá tenga oportunidad de acorralar a Dan después de la reunión para preguntarle qué ha averiguado sobre los tipos que pegaron a tu forastero.

—No es «mi» forastero —protestó Serena, aunque había caído en la costumbre de pensar en él de ese modo.

Lindsey hizo un gesto despreocupado con la mano.

—Solo quiero saber qué ha hecho Dan. Qué ha averiguado sobre los agresores..., o sobre la víctima. Y qué va a hacer mañana.

—Ya sabes que Dan odia que le hagas preguntas sobre su forma de trabajar.

Lindsey le dirigió una maliciosa sonrisa.

—Lo sé. ¿Por qué crees que sigo haciéndolo?

Aunque nunca se lo había mencionado, Serena sospechaba desde hacía mucho tiempo que Lindsey alimentaba una pasión secreta por el jefe de policía. Si sus sospechas eran ciertas, el suyo era un caso sin

esperanza. Dan, diez años mayor que ella, era amigo de toda la vida de su hermano mayor. Miraba a Lindsey como a una hermanita pequeña..., cuando no como a un inoportuno miembro de la prensa. Además, Dan había pasado por un divorcio tan amargo y conflictivo que la gente del pueblo todavía seguía hablando de ello dos años después. A menudo, el jefe de policía decía que no tenía ninguna prisa por volver a comprometerse en una relación seria.

Sea como fuere, aquella parecía una unión muy improbable. Pero quizá Serena se equivocaba respecto a los sentimientos de Lindsey. Tal vez la joven reportera solo disfrutaba viendo a Dan echar espuma por la boca cada vez que lo asediaba con sus interminables preguntas.

—Bien, vete a hacer tus preguntas —dijo Serena, riendo—. Y Lindsey, si averiguas algo, házmelo saber, ¿de acuerdo?

Lindsey le hizo un saludo militar.

—De acuerdo, jefa.

Veinticuatro horas. El hombre que se había bautizado a sí mismo con el nombre de Sam Wallace se removía, inquieto, en la cama del hospital. Intentó llevarse la mano izquierda a la cara, hizo una mueca de dolor y luego levantó la mano derecha. La bomba de suero empezó a pitar, recordándole que estirara el brazo. Él lanzó una maldición en voz baja, pero bajó el brazo para acallar el pitido.

Habían pasado veinticuatro horas desde que Serena Schaffer lo había encontrado en una cuneta. Y su cabeza seguía tan vacía como el pequeño armario previsto para los efectos personales que no poseía.

La frustración empezaba a apoderarse de él. ¿Cómo era posible que recordara tantos detalles triviales, como el nombre del presidente de Estados Unidos o el sabor del helado de chocolate, y que, sin embargo, no recordara su maldito nombre? ¿Cómo era posible que recordara el nombre de todas y cada una de las enfermeras sedientas de sangre a las que había conocido desde que estaba allí, y que no recordara a su madre?

Quizá debía rendirse y confesar la verdad a la siguiente persona que cruzara la puerta. Dejarles que lo observaran y examinaran, que radiografiaran su cerebro y descubrieran sus huecos, que lo llevaran a psiquiatras y neurólogos para estudiarlo como a un extraño insecto bajo el microscopio. Amnesia, lo llamarían, y luego lo mirarían como si fuera una especie de atracción de feria o de prodigio, porque la verdadera amnesia era extremadamente rara. Eso lo recordaba. Pero no sabía por qué.

Sonó un breve golpe en la puerta y una enfermera entró apresuradamente.

— ¿Qué tal está, señor Wallace?

— Como una rosa — gruñó él.

Sabía que no confesaría la verdad aquella noche. Tal vez al día siguiente, si su estado no había mejorado para entonces. O tal vez a la mañana siguiente estaría muerto, vencido por su obstinación y por su orgullo. Pero, por el momento, eso poco le importaba.

Capítulo 3

POBRECITO. Tenemos que hacer algo por él.

A Serena no la sorprendió la reacción de su madre. Marjorie Schaffer era una bondadosa compulsiva. Perteneecía a todas las organizaciones benéficas de la zona, había sido presidenta de casi todas ellas y formado parte de todos los comités de la iglesia; seguía perteneciendo a la asociación de padres de alumnos, más de diez años después de que su hija menor hubiera acabado el instituto, y gustosamente se despojaría de la ropa que llevaba para socorrer a un necesitado. Y acababa de decidir que Sam Wallace se ajustaba a esa descripción.

—Hay que tener cuidado, madre. Realmente no sabemos nada de él —dijo Serena, apuntando a su madre con el dedo en señal de advertencia.

Estaba sentada a la mesa de la cocina, vestida con un amplio pijama, una taza de té frente a ella y el perro de su hermana husmeándole los pies. Su madre estaba sentada al otro lado de la mesa, cubierta con una bata y tan perfectamente peinada y maquillada que parecía estar posando para una fotografía de una revista femenina.

A Marjorie no pareció preocuparla la advertencia de Serena.

—Tú has hablado con él dos veces, y dices que parece muy amable.

—Sí. Pero hay asesinos muy simpáticos —replicó Serena—. De veras, madre, por lo que sabemos, ese tal Sam Wallace podría ser un estafador o un criminal. No tiene sentido que estuviera de paso por aquí sin coche, ni destino aparente. No ha dicho absolutamente nada sobre quién es o de dónde viene.

—Está claro que es un hombre con mala suerte que necesita

ayuda. Veremos qué puede hacerse.

Serena hizo una mueca.

—Al menos, espera hasta que Dan acabe su investigación, ¿quieres? Con lo poco que se fía de los forasteros, hará lo posible por averiguar si hay alguna razón para que desconfiemos del señor Wallace.

Marjorie murmuró algo incomprensible y cambió de tema antes de que Serena pudiera arrancarle una promesa.

—¿Te he dicho que Kara ha llamado mientras estabas en el trabajo?

Serena se puso muy tiesa en la silla.

—¿Ha llamado? ¿Cómo está? ¿Ha recuperado el juicio? ¿Va a volver a casa para ocupar su puesto en el periódico y cuidar de este estúpido chucho suyo?

La risa de Marjorie contenía una pizca de tristeza.

—Me temo que no. Todavía estaba locamente enamorada de Pierce y decidida a convertirlo en una estrella de la música country. Trabaja de camarera en un bar a las afueras de Nashville, donde él canta tres noches por semana mientras espera a que alguien lo descubra.

Serena gruñó. Se preguntaba sinceramente si su hermana mayor había perdido la razón. Kara siempre había sido tan seria y responsable como ella, siempre había parecido contenta de vivir en Edstown y de ocuparse del periódico familiar. Durante su último año en la universidad había estado a punto de casarse, pero la relación había fracasado al cabo de un tiempo y ella no parecía tener prisa por volver a comprometerse.

Marjorie se había lamentado a menudo de que ninguna de sus hijas parecía tener ganas de casarse y fundar una familia. Las dos estaban más preocupadas en afianzar sus carreras y asegurar su independencia que en encontrar marido.

—Demasiado melindrosas —les decía Marjorie, recordándoles a

menudo que no había muchos hombres solteros disponibles en aquella zona, y advirtiéndoles que se buscaran uno antes de que fuera demasiado tarde.

Ocho meses atrás, Kara, de treinta y un años, había conocido a Pierce Vannes, de veintiséis, en un bar de una localidad vecina. Pierce cantaba esa noche con una banda local. Kara se había acercado a él entre bastidores y... el resto ya era historia. Ella lo había convencido para que dejara su trabajo en la zapatería de su padre y se marchara a Nashville en busca de la fama. Se había convertido en su manager y, al parecer, había decidido apoyarlo hasta las últimas consecuencias mientras él perseguía su sueño.

Serena no podía entenderlo. Marjorie se pasó los veinte minutos siguientes narrándole todos los detalles de la llamada de Kara. Solo después de irse a la cama, Serena se percató de que su madre no le había prometido mantenerse alejada de Sam Wallace hasta que Dan hubiera acabado la investigación.

Sentado en una silla en la habitación del hospital, Sam miraba a través de la ventana el prosaico panorama del aparcamiento. El médico le había dicho que levantarse de la cama lo ayudaría a recuperar fuerzas. Y Sam estaba deseándolo, pero todavía sentía los músculos tan flojos como la gelatina. Se resistía a creer que ese fuera su estado normal.

Tenía a su lado la siempre presente bomba de suero, colocada sobre un soporte con ruedas y conectada a él por una aguja insertada en el dorso de su mano. Sam estaba pensando vagamente en usar el soporte metálico para romper la ventana y escapar cuando alguien llamó a la puerta y la abrió. Se quedó algo sorprendido al ver a una mujer regordeta, de unos cincuenta y cinco años, con el pelo canoso y esmeradamente rizado, y los ojos de un azul suave tras unas gafas de montura de pasta. Llevaba un traje chaqueta de punto de color verde pálido y un gran bolso negro colgado de una de sus pequeñas manos.

— ¿Señor Wallace? — le preguntó.

Sin confirmar su nombre, él respondió:

— ¿Qué puedo hacer por usted?

Ella entró volando en la habitación. Por lo que podía recordar, Sam nunca había visto volar a nadie, pero esa era la única palabra que podía describir los pasitos raudos, casi etéreos, de aquella mujer.

— En realidad, he venido para saber si yo puedo hacer algo por usted. Soy Marjorie Schaffer.

¿Psiquiatra? ¿Asistente social? ¿Habría averiguado alguien su problema? Consciente de que las piernas magulladas sobresalían por debajo de su fina bata del hospital, Sam se aclaró la garganta.

— Ah... ¿sí?

— Soy la madre de Serena. Ella me ha hablado de usted.

Relajándose un poco, él murmuró:

— ¿Ah, sí?

Marjorie Schaffer ladeó la cabeza.

— Me dijo que estaba de paso en el pueblo, buscando trabajo, cuando dos delincuentes lo robaron y golpearon. Lo lamento mucho, señor Wallace. Odio pensar que alguien de por aquí haya podido hacer una cosa así.

Justo lo que necesitaba para sentirse culpable: aquella dulce mujer disculpándose por un crimen que él se había inventado. Se estiró la bata sobre las rodillas desnudas, intentando decidir qué debía responder.

Pero ella no le dio ocasión de hablar. Se dejó caer con ademán regio sobre la otra silla y lo miró cordialmente.

— ¿No tiene familia a la que recurrir, señor Wallace?

— Eh... no. No tengo familia cercana.

— Lo siento mucho. Yo he perdido a mis padres, y también a mi marido. Es muy difícil estar tan sola. No sé lo que haría sin mis hijas.

— ¿Serena tiene una hermana?

— Una hermana mayor, Kara. Ahora vive en Nashville, Tennessee, pero llama a menudo. Y sabe que siempre será bien recibida en casa

y que Serena y yo acudiremos enseguida si nos necesita.

Como ella parecía esperar algún comentario, él dijo:

—Eso es una gran suerte.

¿Habría alguien buscándolo a él, dispuesto a ofrecerle el apoyo y el consuelo que Marjorie Schaffer acababa de describir? Luchó por recordarlo, pero el único resultado fue una punzada de dolor en la cabeza y una sensación de vacío en el pecho. Si tenía familia en alguna parte, la había perdido, al igual que había perdido su nombre.

Se dijo que recuperaría la memoria cuando se le curaran las heridas. Y después se disculparía con todos los que hubieran sufrido por causa de su ausencia forzosa. ¿Pero si había alguien que lo quería y a quien él quería, no debería recordarlo de algún modo?

—Señor Wallace —Marjorie interrumpió sus pensamientos con mirada de preocupación—, ¿le duele algo?

Él cambió inmediatamente de expresión.

—Solo la cabeza.

—Pobrecito —ella le dio unos golpecitos en la mano izquierda, como si fuera un niño de seis años que se hubiera hecho una herida—. ¿Quiere que llame a una enfermera?

—No, señora. No es necesario.

—¿Está seguro?

—Sí, gracias. Alguna vendrá pronto, de todas formas.

Ella se recostó en la silla con una simpática sonrisa.

—Mi difunto marido odiaba los hospitales. No podía soportar la falta de intimidad y de dignidad, aunque fuera por su bien.

Ese era un sentimiento que Sam compartía de todo corazón.

—El médico me ha dicho que seguramente me darán el alta mañana. Quizás antes de mediodía.

—¿Tan pronto?

Después de haberse visto en el espejo del cuarto de baño, él comprendía la sorpresa de la mujer. Los hematomas de diversos colores que cubrían gran parte de su cuerpo tenían muy mal aspecto.

No sabía si era por los golpes o por la amnesia por lo que su cara le parecía la de un extraño. Pero sus heridas no eran graves, y seguramente a los administradores del hospital los ponía nerviosos qué no tuviera seguro médico. Allí no podían hacer mucho más por él, de todas formas. El tiempo y la paciencia eran los mejores remedios para sus lesiones.

Ojalá supiera a donde demonios iría cuando lo echaran, descalzo y sin un centavo, de aquel lugar. Si no había recobrado la memoria para entonces, tendría que contarle la verdad a alguien. ¿Qué otra cosa podía hacer?

—¿Qué hará cuando salga de aquí? —le preguntó Marjorie, como si le hubiera leído el pensamiento.

—No estoy seguro —él mantuvo un tono deliberadamente despreocupado—. Ya se me ocurrirá algo.

—¿Qué clase de trabajo esperaba encontrar antes de que esos hombres horribles lo agredieran?

Él se encontró de nuevo sin saber qué responder. Por alguna razón, le resultaba muy difícil mentirle a aquella mujer de mirada compasiva. Sin embargo, algo en su interior se resistía a decirle la verdad. ¿Orgullo? ¿Miedo? No sabía qué instinto lo retenía, qué temía, pero aún no estaba preparado para confesar su amnesia.

—Siempre que sea legal, no soy particularmente exigente con el trabajo —dijo.

—¿Qué le parecería servir mesas? ¿Le gustaría trabajar de camarero?

—¿De camarero? —tuvo una vaga imagen de sí mismo sentado en un restaurante suavemente iluminado, mientras camareros con chaquetas blancas ponían platos frente a él. Evidentemente, un destello de memoria. ¿Pero dónde estaba ese restaurante? ¿Y quién estaba sentado al otro lado de la mesa?—. Sí, claro que puedo servir mesas.

Ella asintió. Parecía curiosamente satisfecha.

—Bien. Si le interesa, tengo trabajo para usted. Puede empezar en cuanto esté lo bastante recuperado como para mantenerse en pie algunas horas.

—¿Tiene..., eh, trabajo para mí?

—Sí. Poseo un pequeño restaurante en el centro del pueblo. El Café del Arco Iris. Servimos desayunos y comidas de lunes a sábado, y tenemos muchísimo trabajo. Acabo de perder dos empleados. Puede trabajar para mí cuando salga de aquí..., o cuando se sienta físicamente capaz, si necesita unos días para recuperarse.

Sam parpadeó un par de veces.

—Eh..., ¿en un restaurante?

Ella asintió con energía.

—No puedo pagarle mucho, claro, pero no está en condiciones de trabajar en la construcción o en trabajos más duros. Puede trabajar para mí al menos hasta que se recupere del todo, lo que tal vez podría llevarle un par de semanas.

—¿Por qué me ofrece trabajo, señora Schaffer? —estaba seguro de que aquella generosa oferta era un tanto inusual, procediendo de una completa desconocida.

Ella le dirigió una sonrisa angelical.

—Porque necesito su ayuda, señor Wallace. Y usted necesita la mía. Es un trato justo, ¿no le parece?

Seguramente habría recobrado la memoria al día siguiente. Tal vez recordaría que tenía seguro médico..., o un par de millones de dólares guardados para situaciones de emergencia. Pero, por sí acaso...

—Gracias. Acepto su oferta.

Ella asintió como si no lo hubiera dudado en ningún momento.

—Claro, necesitará un sitio donde alojarse.

—Estoy seguro de que podré...

—Tengo un sitio que puede usar hasta que encuentre algo mejor. Es una casita de invitados con una sola habitación que mi difunto

esposo hizo construir para mi madre unos años antes de que ella muriera. Está completamente separada de la casa que Serena y yo compartimos, así que tendrá independencia. Me gustaría que la ocupara sin pagar alquiler mientras trabaja para pagar la factura del hospital. Si después quiere seguir allí, ya hablaremos del alquiler.

—Es usted muy amable. Asombrosamente amable, en realidad. ¿La gente normal solía comportarse así?

Ella le sonrió.

—Muchas veces me dicen que juzgo precipitadamente a la gente, pero casi nunca me equivoco. Sé que es usted un buen hombre, Sam. Solo necesita un poco de ayuda.

Él se quedó anonadado por su confianza. Esperaba que tuviera razón. Deseaba creer que era bueno, pero, por lo que sabía, tal vez fuera un vagabundo o un delincuente. Marjorie se levantó.

—Entonces, todo arreglado. Estoy segura de que mi hija vendrá a visitarlo más tarde. Si necesita algo, dígaselo, ¿me oye? Nosotras nos ocuparemos de todo.

—Señora Schaffer... —quería levantarse, pero seguramente se caería de bruces al suelo—. ¿Está segura de su ofrecimiento? Me conmueve su fe en mí. Los dos sabemos que soy un completo extraño para usted. No quisiera decepcionarla.

Ella le dio una palmadita en la cabeza, como si fuera un niño que necesitara consuelo.

—Mi difunto esposo siempre decía que no hay extraños, solo amigos a los que aún no conocemos. Y ahora que nos conocemos, me gustaría pensar que nos haremos amigos, Sam. Nos veremos pronto.

Algún rato después, él seguía mirando atónito la puerta por la que la mujer había desaparecido. ¿En qué clase de lugar había aterrizado? Por el momento, todo le parecía bastante irreal.

La palabra «Brigadoon» cruzó su mente, y le pareció tener una vaga idea de que era el nombre de una ciudad ficticia con extrañas propiedades mágicas. Tal vez de un libro que había leído, o de una

película que había visto... No podía recordarlo. Pero sí recordaba que la gente que vivía en aquella ciudad no podía escapar de ella.

¿Era Edstown su Brigadoon particular?

Ese mismo día, horas más tarde, Serena se detuvo en la puerta de la habitación del hospital un tanto confusa. Sam estaba tumbado en la cama, mirando la televisión que colgaba de la pared. Estaban dando las noticias y las miraba con tanta atención como si después fueran a hacerle un examen. Tenía la misma expresión que había impresionado a Serena otras veces. Parecía... perdido.

—Señor Wallace...

Él no se sobresaltó, aunque evidentemente lo había pillado por sorpresa. Giró la cabeza para mirarla y le dio la bienvenida con una leve sonrisa.

—Señorita Schaffer...

—Antes me llamabas Serena —le recordó ella, entrando en la habitación.

—Y tú me llamabas Sam.

—Sí —ella se sentó al borde de la incómoda silla, junto a la cama—. Me han dicho que hoy ha venido mi madre a verte.

—Sí. Es una mujer... extraña. Y encantadora.

—Ambos adjetivos le van bien —le aseguró ella—. Es encantadora... y extraña, desde luego.

—¿Siempre es tan confiada con los desconocidos?

Serena sacudió la cabeza.

—No es especialmente ingenua, si te refieres a eso. Aunque comprendo que te lo parezca. Mi madre posee una aguda intuición y es una avezada mujer de negocios. Juzga enseguida a la gente.

—¿Y nunca se ha equivocado?

—No, que yo sepa. Al menos, en las cosas importantes.

Él sacudió la cabeza, asombrado.

—Resulta difícil de creer. ¿Te ha dicho que me ha ofrecido trabajo y casa?

Sí, se lo había dicho... y, al principio, Serena había reaccionado con irritación.

—¿Te has vuelto loca? —le había dicho a su madre—. ¿Has invitado a vivir en el jardín a un completo desconocido?

—Es un hombre muy agradable que necesita nuestra ayuda —había respondido Marjorie con mucha calma—. ¿Qué clase de personas seríamos si le diéramos la espalda a alguien en sus circunstancias?

—¿Y qué pasará si resulta que no es tan agradable?

Marjorie había zanjado la cuestión con su típica confianza en su intuición. Pero Serena estaba preocupada.

—Mi madre tiene buen corazón y es muy generosa —le dijo Serena a Sam—. Yo lamentaría que alguien intentara aprovecharse de esas cualidades.

—Si eso es una advertencia, la he oído fuerte y clara.

Ella sonrió con frialdad.

—Eso espero.

—Tengo la impresión de que a ti no te gustan tanto como a tu madre los juicios precipitados.

—Yo soy un poco más cauta a la hora de dar mi confianza.

Él la observaba fijamente.

—Eso es muy sensato por tu parte.

—Lo cierto es que yo no tengo tanta intuición como mi madre para juzgar a la gente. He aprendido a ser más precavida.

—¿Ha tenido alguna mala experiencia?

—Una o dos —ella cambió rápidamente de tema—. Así que vas a trabajar en el restaurante... ¿Has servido mesas alguna vez?

Él se encogió de hombros.

—No creo que sea muy difícil.

Ella no pudo evitar sonreír. Le encantaría asistir a su primer encuentro con los bulliciosos clientes del restaurante, todos ellos con prisa por comer y volver al trabajo.

—Mi madre dice que te darán el alta mañana. ¿Sabes a qué hora?

—Por la mañana, antes del mediodía.

—Vendré a recogerte. ¿Quieres que te traiga algo?

Él arqueó las cejas.

—¿Sabes que tu madre me ha ofrecido instalarme en vuestra casa de invitados?

—Sí, lo sé. Seguramente ahora mismo estará limpiándola y ventilándola.

—¿Y a ti no te molesta?

—Supongo que no. Y a fin de cuentas, mi madre ya te lo ha ofrecido.

—¿Y dices que la confiada de la familia es ella?

Serena arrugó la nariz, divertida.

—Para venir a buscarte mañana, no hace falta que me fíe completamente de ti. No es que no me fíe, claro —añadió rápidamente, por si lo había ofendido—. Lo que quiero decir es que...

Él se rió. El sonido de su risa fue tan inesperado y agradable que ella se calló.

—Sé lo que querías decir —le aseguró—. Y no hace falta que te disculpes, aprecio tu ayuda. Espero encontrar una manera de compensaros por la amabilidad que me habéis demostrado.

Ella murmuró, algo tensa:

—No me estaba disculpando.

—Está bien.

Una joven con pantalones estampados con ositos de peluche entró en la habitación portando una bandeja.

—La cena, señor Wallace.

Él miró la bandeja sin entusiasmo.

—Supongo que ahí debajo no habrá un filete, ¿verdad? ¿O lasaña, tal vez?

Con una sonrisa de disculpa, la joven puso la bandeja sobre la mesa de cama.

—Me temo que no. Son macarrones con queso, y gelatina de postre.

La mirada que Sam le lanzó estuvo a punto de hacer reír a Serena. Estaba claro que la cena no le apetecía lo más mínimo.

—También hay un panecillo de maíz —dijo la joven casi con ansiedad, como si estuviera deseosa de agradarlo—. Dicen que está muy bueno.

Desplegando una amabilidad que enseguida encendió las alarmas de Serena, Sam le lanzó a la joven una sonrisa deslumbrante.

—Seguro que me encantará. Gracias.

Serena dudaba que en aquel pequeño hospital se hubieran visto muchos pacientes rubios, con los ojos azules y tan encantadores como Sam Wallace. Había oído que las enfermeras se peleaban por tomarle las constantes vitales. LuWanda le había dicho que era uno de los hombres más agradables a los que había atendido.

—Es tan divertido y educado... —le había dicho—. Es una lástima el estado en que se encuentra. Algo terrible tiene que haberle pasado para que un hombre tan elegante y tan bien educado haya acabado sin hogar ni trabajo. Y sin nadie a quien recurrir en un momento de necesidad.

—Quizá sea un aventurero —había sugerido Serena—, alguien a quien no le guste quedarse mucho tiempo en el mismo sitio. Uno de esos tipos incapaces de crear lazos duraderos.

—No lo creo —había murmurado LuWanda, pensativa—. ¿Te has fijado en la expresión de sus ojos? Algo trágico le ha ocurrido... Tal vez la muerte de alguien a quien quería mucho, o algo peor aún. Está huyendo de una desgracia o de trágicos recuerdos, me apuesto el sueldo de una semana.

Al recordar las palabras de LuWanda, Serena observó los ojos de Sam. Una vez más, el primer adjetivo que le vino a la cabeza al tratar de identificar su expresión fue «perdido». No sabía si Sam Wallace estaba huyendo de algo o buscando algo, pero estaba claro que no

era un hombre feliz. Sin embargo, era encantador.

Antes de que él pudiera preguntarse por qué ella lo miraba tan fijamente, Serena se levantó.

—Te dejaré con tu deliciosa cena.

—Vaya, muchas gracias.

Ella se rió.

—Te veré por la mañana, Sam.

Serena se dio cuenta de que, mientras salía, él la miraba como si no quisiera que se fuera. El pobre tipo debía de encontrarse realmente solo. Y después pensó que empezaba a razonar como su madre. Sería mejor que las dos tuvieran cuidado. Por si acaso Sam Wallace no era tan encantador como parecía.

Capítulo 4

A LAS DIEZ del día siguiente, Sam era libre de irse. Le habían quitado el goteo y dado una lista de instrucciones y unos cuantos calmantes, por si los necesitaba. Lo único que le faltaba era la ropa. Todavía llevaba el camisón del hospital. Lo informaron, a modo de disculpa, de que al llegar al hospital habían tenido que cortarle la camisa y los pantalones que llevaba puestos. Alguien intentaría buscarle un pijama que ponerse.

Estaba compadeciéndose a sí mismo cuando Serena entró en su habitación con los brazos llenos de bolsas de un almacén en rebajas.

—Te he comprado algo de ropa —dijo sin preámbulos—. No es precisamente de alta costura y he tenido que adivinar tu talla, pero servirá hasta que puedas comprarte otra cosa.

Él miró el montón de bolsas que ella había dejado a los pies de la cama.

—¿Me has comprado ropa?

Serena se encogió de hombros. No quería darle importancia al asunto.

—Solo unas cuantas cosas, casi todo estaba rebajado. Te he traído dos pares de zapatos, de distinto número. Espero que alguno te sirva. El otro par lo devolveré.

Él se sintió extrañamente conmovido por aquel gesto.

—Gracias.

Serena evitó mirarlo a los ojos.

—Iré a tomarme un café mientras te vistes.

—No tardaré mucho. Estoy deseando salir de aquí.

Había temido que el doctor Purtle, el hombre al que todos llamaban doctor Frank, cambiara de idea respecto al alta. Sam no sabía qué había hecho mal durante el examen de esa mañana, pero el

médico no se había mostrado muy satisfecho con los resultados. Le había preguntado varias veces si tenía dolores de cabeza y si veía bien. Y luego le había preguntado si notaba alguna pérdida de memoria, aparte de la que afectaba a lo sucedido durante el ataque. Sam había mirado directamente a los ojos a aquel hombre afable y preocupado, y le había mentado sin contemplaciones.

—No hay agujeros en mi memoria, doctor —le había dicho.

Aunque, en realidad, no había mentado del todo. Su memoria no tenía agujeros. En realidad, no existía. Sam no sabía quién era, ni qué hacía antes de despertarse en el hospital con Serena Schaffer sentada a su lado.

Ignoraba si la amnesia era síntoma de un problema físico o psíquico. Tal vez no quería recordar su pasado. Pero, en cualquier caso, era real. Ya fuera porque tenía el cerebro dañado o porque era un firme candidato a ingresar en un psiquiátrico, ningún esfuerzo por su parte había conseguido devolverle el más pequeño recuerdo sobre su vida. ¿Qué clase de loco se marchaba de un hospital sin reconocer que le pasaba algo serio?

Para olvidar una pregunta que no tenía respuesta razonable, abrió las bolsas que Serena le había llevado. Encontró ropa interior, camisetas y calcetines. Dos pares de vaqueros clásicos, un cinturón de cuero marrón y tres camisetas de colores lisos. Y dos camisas de botones: una blanca y otra vaquera de color azul. Un paquete de maquinillas de afeitar desechables, un bote de espuma de afeitar, pasta de dientes y un peine... Cosas que ya le habían dado en el hospital, pero que Serena había tenido el detalle de comprarle. Y los dos pares de deportivas que ella había mencionado: números cuarenta y tres y cuarenta y cinco. Él ignoraba si calzaba un cuarenta o un cuarenta y cinco. Su número de zapato le era tan desconocido como su propio nombre.

Quince minutos después tuvo que reconocer que Serena tenía buen ojo para las tallas. Se había puesto la camisa azul, unos

vaqueros y los zapatos del cuarenta y cinco. Los pantalones le quedaban un poco anchos, pero se apretó el cinturón para ajustárselos. La camisa le quedaba perfectamente.

Estaba observando con gesto de fastidio la marca que la vía le había dejado en su mano cuando Serena llamó a la puerta y entró. Echó un rápido vistazo a su aspecto.

—Parece que he acertado.

—Me queda todo bien. Puedes devolver los zapatos del cuarenta y tres. Te lo pagaré todo en cuanto pueda.

—No hay prisa —le aseguró ella, un tanto incómoda—. Primero tendrás que pagar la factura del hospital. En realidad, puedes considerar la ropa como un regalo de cumpleaños.

—¿Un regalo de cumpleaños? —repitió él, sorprendido.

Ella sonrió.

—Hoy es día veintidós. ¿No te acuerdas?

Veintidós de junio. El día que había elegido al azar cuando la enfermera le había preguntado su fecha de nacimiento. Deseó haber elegido un día de diciembre.

—Te pagaré la ropa —dijo, intentando zanjar la cuestión.

Serena se encogió de hombros y se volvió hacia los paquetes que quedaban.

—Debería haberme acordado de traer una bolsa de viaje o algo así. Supongo que estas bolsas tendrán que servir por ahora. Le diré a LuWanda que estamos listos. Creo que tendrás que salir en silla de ruedas.

—No creo —la sola idea lo hizo sonreír.

Al ver su expresión, Serena le dijo rápidamente:

—Estoy segura de que te dejarán salir a pie, si lo prefieres.

Por fortuna, LuWanda no insistió en que utilizara la silla de ruedas.

—Cúidese, señor Wallace —dijo, dándole una palmadita en el brazo—. Y si tiene algún problema, llame al doctor Frank. Al primer

síntoma de mareo, dolor de cabeza, visión doble... lo que sea... póngase en contacto con el hospital, ¿de acuerdo?

Como no tenía ninguno de esos síntomas, le pareció fácil asentir.

—Claro, así lo haré.

LuWanda lo observó con expresión severa.

—No se tome su salud a la ligera, joven. El médico no podrá hacer nada por usted si no sabe que le pasa algo.

Era posible que no hubiera logrado engañar a todo el mundo, como creía. Naturalmente, la enfermera no sabía nada de su problema, pero era evidente que sospechaba que ocultaba algo.

Sam quería salir de allí antes de traicionarse de alguna manera. Si decidía revelar su pérdida de memoria al doctor Frank, quería que fuera cuando él lo decidiera.

Se inclinó y besó la suave y mullida mejilla de la enfermera.

—Gracias por todo —murmuró.

Vio con satisfacción que Lu Wanda se ponía colorada al salir precipitadamente de la habitación.

Se volvió hacia Serena y descubrió que esta lo estaba mirando con el ceño fruncido.

—¿Qué?

Ella sacudió la cabeza y recogió las bolsas.

—Voy a vigilarte de cerca, Sam Wallace.

Serena le estaba recordando que aún no se fiaba del todo de él. Sus palabras deberían haberlo puesto nervioso. Pero, en lugar de eso, la idea de que Serena Schaffer lo vigilara de cerca le pareció sumamente interesante.

Al ver por primera vez la casa de las Schaffer, Sam volvió a pensar en aquella ciudad de ficción demasiado perfecta para ser real. La hermosa casa de madera tenía contraventanas negras y un porche delantero con grandes mecedoras, también de madera. El jardín estaba repleto de flores. Hasta el clima contribuía a completar aquella imagen de perfección irreal. Mullidas nubes blancas

cruzaban perezosamente un cielo tan azul que casi parecía el decorado pintado de una película.

Sam pensó, divertido, que la situación tenía los ingredientes de una película de terror. Dos mujeres aparentemente cándidas y generosas que vivían en una casa salida de un cuento de hadas, acogían a un hombre sin memoria. Ese comienzo hizo que media docena de escenas escalofriantes cruzaran su cabeza. ¿Habría escrito historias de terror en su vida anterior, o simplemente le gustaba leerlas?

Serena llevó el coche hacia un lateral de la casa y lo metió en el garaje de dos plazas que había en la parte de atrás, donde ya estaba aparcado un pequeño coche importado. Sam pensó que debía de pertenecer a Marjorie. Salió cuidadosamente del biplaza de Serena, pero sus costillas y sus músculos doloridos protestaron por el movimiento. Sam tuvo que apoyarse con una mano contra el vehículo. El garaje dio vueltas a su alrededor durante un momento.

Serena lo miró por encima del techo del vehículo.

— ¿Te encuentras bien?

— Sí, no te preocupes.

Le disgustaba mostrarse tan débil delante de ella. Si alguna vez averiguaba quién le había hecho aquello... Aunque lo que más le importaba era averiguar el porqué.

Ella insistió en llevar casi todos los paquetes. Como si él fuera incapaz de llevar unas cuantas bolsas de plástico llenas de ropa, pensó, exasperado. Haciendo un esfuerzo por no tropezar ni hacerse daño en la muñeca, siguió a Serena fuera del garaje y por el camino de baldosas. La casa de invitados, como Marjorie la llamaba, no se divisaba desde la carretera, de modo que Sam la vio por primera vez al llegar frente a ella. Diseñada en el mismo estilo que la casa principal, tenía un porche delantero lo bastante grande como para albergar una mecedora de madera.

Serena abrió la puerta y le dio la llave a Sam. Al aceptarla, él

pensó en el riesgo que ella corría al dársela. No tenía intención de aprovecharse de su generosidad, pero Serena, naturalmente, no tenía forma de saberlo.

El interior de la casa de invitados era tan cursi como el exterior. No hizo falta que nadie le recordara a Sam que allí había vivido una anciana. Los muebles pasados de moda, los paños de ganchillo y las figuritas de porcelana lo hacían evidente. Sam se sintió como un toro en una cacharrería y comprendió que aquello estaba muy lejos de su manera habitual de vivir. Sin embargo, se sentía tan aliviado por haber salido del hospital, que de buena gana soportaría unos cuantos pañitos de ganchillo.

—Es agradable.

—Mi madre dice que es acogedora. Un dormitorio, un baño, una cocina y el cuarto de estar. No hay teléfono, pero puedes ir a casa si necesitas hacer alguna llamada.

Él se encogió de hombros.

—No necesito llamar a nadie.

—Mi madre te ha traído sábanas limpias y algo de comida. Si necesitas algo más, pídenoslo.

—Os compensaré a tu madre y a ti por todo esto —dijo él, volviéndose para mirarla—. La ropa, la comida, el alquiler... Os lo devolveré todo.

—Hablaremos de eso cuando hayas pagado tu factura médica —dejó las bolsas sobre uno de los dos sillones orejeros. Luego miró a Sam y entornó los ojos—. ¿No te ha dado unos calmantes el doctor Frank?

—Sí, unos cuantos, pero ahora mismo no los necesito —respondió él, intentando ignorar el dolor que sentía en la cabeza, la muñeca, las costillas..., en casi todas partes.

—Te traeré un vaso de agua. Tú busca las pastillas.

—De veras, no...

—Sam —lo interrumpió ella con firmeza—, no te recuperarás si

no te cuidas. Si esos calmantes te permiten descansar durante los próximos días, tómatelos.

Él arqueó una ceja. Serena había hablado con tanta firmeza que le pareció una pérdida de tiempo seguir discutiendo.

—De acuerdo, me tomaré uno.

Su repentina capitulación la sorprendió.

—De acuerdo, entonces —dijo al cabo de un momento, y se dirigió a la cocina—. Te traeré el agua.

En lugar de esperarla, él la siguió y sacó el paquete de pastillas de un bolsillo. Al igual que el cuarto de estar, la cocina era pequeña y práctica, y en ella no había ni un solo espacio desaprovechado. Serena abrió un armario y sacó un vaso de plástico, que llenó con agua embotellada. Se sobresaltó al darse la vuelta y encontrarse a Sam a solo un paso de distancia. El agua se derramó por las paredes del vaso.

—No sabía que estabas aquí —dijo.

—Lo siento. No quería asustarte.

—¿Has encontrado las pastillas?

Serena le dio el vaso de agua. Sam se tragó una pastilla, se bebió la mitad del agua y después se inclinó para dejar el vaso sobre la encimera. Al hacerlo, su brazo rozó el de Serena, y él notó que se ponía tensa. Si la cocina hubiera sido un poco más grande, se habría apartado de él, pensó Sam. Pero como no lo era, tuvo que quedarse donde estaba. Fue Sam quien se apartó. Aunque era agradable tenerla a su lado, no quería darle razones para arrepentirse de haberle ofrecido su casa.

—Te dejaré para que te instales —dijo ella, evitando su mirada mientras se dirigía a la puerta—. Mi madre está preparando todo un banquete. Quiere invitarte a comer. Pero, si no te apetece, te traerá una bandeja. La comida estará lista a la una, así que todavía tienes un par de horas para descansar.

—No hace falta que tu madre cocine para mí. Me has dicho que

me había comprado algo de comer. Soy perfectamente capaz de prepararme la comida —al menos, eso creía.

En realidad, no recordaba si sabía cocinar, pero no podía ser muy difícil.

Serena le sonrió con ironía.

—Mi madre vive para esta clase de cosas. Y, de todas maneras, nosotras vamos a comer en casa. No es molestia hacer un poco más de comida para ti.

—Entonces, estaré encantado de acompañaros. Gracias.

—Hasta luego.

Serena se fue antes de que él pudiera responder. Sam pensó que, considerando las circunstancias, no podía culparla por ponerse nerviosa cuando estaban juntos. Lo que no entendía era por qué se mostraba tan amable con él si todavía tenía tantos recelos.

Marjorie se tomó tantas molestias con los preparativos de la comida que Serena, al final, tuvo que protestar.

—Mamá, no vamos a recibir la visita de un dignatario extranjero. De veras. Solo se trata de Sam Wallace... y ni siquiera sabemos quién es.

—Es nuestro invitado —replicó su madre como si aquello zanjara la cuestión—. Espero que le guste el asado.

—A todo el mundo le gusta tu asado.

Marjorie se llevó una mano a la mejilla.

—¿Y si es vegetariano? No se lo he preguntado.

—No es vegetariano.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque cuando estaba en el hospital, dijo que le apetecía comerse un filete. Y los vegetarianos no suelen fantasear con filetes.

—De postre solo he hecho tarta de chocolate. Tal vez debería preparar un pastel de frutas, por si no le gusta el chocolate.

—A toda la gente normal le gusta el chocolate.

—A tu hermana, no.

—Sí, bueno, pero Kara no es normal. Ninguna mujer normal lo dejaría todo para marcharse a Nashville con un aspirante a cantante country al que apenas conoce.

Marjorie suspiró.

—Serena, no deberías criticar la decisión de tu hermana. A fin de cuentas, es su vida. Tiene derecho a elegir cómo quiere vivirla.

—Sí, pero ojalá no me hubiera dejado a mí la vida que ha abandonado. Marvin, el periódico..., su estúpido perro —enroscado perezosamente en un rincón de la cocina, Walter alzó la cabeza y bostezó, como si pretendiera demostrar su indiferencia hacia las poco halagüeñas palabras que Serena solía dedicarle.

—Vamos, cariño...

Serena alzó una mano en gesto de disculpa. Su madre no tenía la culpa de que Kara se hubiera marchado, aunque luego había persuadido a Serena para que se hiciera cargo del periódico. Y últimamente, ella se había sentido abrumada por la responsabilidad que había recaído sobre sus hombros. Y su preocupación por el inquietante vagabundo que pronto se uniría a ellas para comer no contribuía a calmar su estado de ánimo.

Al recordar el roce del brazo de Sam Wallace, sintió un ligero estremecimiento que la puso sumamente nerviosa. No estaba dispuesta a seguir el ejemplo de su hermana y enamorarse de un atractivo desconocido. Eso era precisamente lo que había impulsado a Kara a abandonar su vida para correr en pos de un hombre que perseguía sus propios sueños. Sam Wallace no tenía aspiraciones de convertirse en una estrella de la canción, al menos que ella supiera, pero debía de estar buscando algo. O huyendo de algo. ¿Por qué, si no, iba a vivir en la carretera, vagando de un lado a otro, haciendo cualquier trabajo y sin nada ni nadie estable en su vida?

Justo cuando esa pregunta cruzaba su cabeza, alguien llamó a la puerta de atrás. Al mismo tiempo sonó el timbre de la puerta principal. Serena y Marjorie se miraron la una a la otra con

curiosidad.

—Tú ve a abrir a Sam. Yo abriré la puerta principal —le dijo Serena a su madre.

Aunque no lo esperaban, Serena no se sorprendió al encontrar a Dan Meadows en el umbral. Por su expresión adivinó inmediatamente el propósito de su inesperada visita.

—Supongo que no has venido a que te invitemos a comer.

—Dime que no es cierto lo que he oído— dijo él.

—Eso depende de lo que hayas oído.

—¿Habéis invitado a Sam Wallace a vivir en la casa de invitados?

—Será mejor que entres —dijo ella, abriendo más la puerta y preparándose para escuchar un sermón.

—Así que es verdad —Dan entró sacudiendo la cabeza y se dirigió al cuarto de estar—. Serena, no puedo creer que hayáis metido a ese hombre en vuestra casa. No sabéis nada de él, salvo que alguien le dio una paliza y lo dejó tirado en una cuneta.

—No tenía a donde ir.

—Y por eso os lo habéis traído a casa... —él se pasó una mano por el pelo—. Un completo desconocido sin documentación, sin dinero y con una historia que hace aguas por todas partes.

—¿Tienes alguna razón para creer que ha mentido?

—No —admitió Dan—. Pero tampoco tengo ninguna prueba de que haya dicho la verdad —añadió—. Nadie ha visto la camioneta que describió, y yo no he encontrado ningún dato sobre él.

—Eso está bien, ¿no? Que no tenga antecedentes, quiero decir.

—Al menos, yo no he podido encontrarlos —dijo Dan cautelosamente—. Pero, como no me ha dado más que un nombre, eso no significa mucho.

—¿Y qué es lo que quiere que le dé, jefe? ¿Huellas dactilares? ¿Sangre, tal vez?

Serena y Dan se volvieron al oír aquello. Sam y Marjorie estaban en la puerta del comedor. Marjorie parecía avergonzada; Sam,

indiferente.

—Podríamos empezar por la sangre —masculló Sam.

Marjorie se puso las manos sobre las caderas.

—No puedo creer lo que estoy oyendo, Dan Meadows. ¿Desde cuándo sufrir un robo es un crimen? Deberías estar buscando a los ladrones que pegaron a Sam, en vez de sospechar de él sin ningún motivo.

La regañina de Marjorie consiguió lo que no había logrado el sarcasmo de Sam. De repente, Dan pareció avergonzado.

—Solo digo que hay partes de su historia que no están claras. Y no nos ha dicho nada sobre quién es, ni de dónde viene. ¿Cómo sabemos que es de fiar?

Marjorie no vaciló.

—¿Pretendes decir que sus heridas no son reales? Al doctor Frank le haría mucha gracia saberlo.

—Por supuesto que son reales. Es evidente que le dieron una paliza, pero...

—Exacto —Marjorie movió las manos con energía—. Y bien, ¿te quedas a comer?

—Bueno, yo...

—Serena, pon otro plato. Dan comerá con nosotros. Pero solo si es amable con nuestro invitado —añadió Marjorie, lanzándole a Dan una mirada severa.

Serena no pudo evitar sonreír al ver la expresión del jefe de policía. Su madre tenía el don de convertir al hombre más rudo en un tímido colegial. Serena no dudaba que Sam y Dan se portarían bien. Marjorie parecía capaz de ponerlos de cara a la pared si no lo hacían. Y sospechaba que ellos la obedecerían.

Sonriendo al pensarlo, obedeció la orden de su madre y puso otro cubierto en la mesa.

Capítulo 5

COMO Serena había imaginado, Dan se portó bastante bien durante la comida, pero los modales no le impidieron freír a Sam a preguntas cada vez que tuvo ocasión.

—Dijo que estaba de paso, en busca de trabajo, cuando esos tipos se ofrecieron a llevarlo. ¿Dónde trabajaba antes?

Sam mantuvo los ojos clavados en el plato y siguió cortando un trozo de asado.

—Aquí y allá. Últimamente, en Oklahoma.

—¿Ah, sí? ¿En qué parte de Oklahoma?

—En Tulsa. Serena, ¿me pasas la sal, por favor?

Los dedos de Serena rozaron los de Sam al darle el salero. Los de él estaban fríos. Ella se preguntó si todavía tenía dolores. Si así era, lo disimulaba muy bien.

Dan mantuvo la mirada fija en Sam.

—¿Dónde se crió?

—Me he movido mucho. No hay ningún sitio al que pueda llamar hogar. Señora Schaffer, la comida está deliciosa. Es la mejor que recuerdo desde hace mucho tiempo.

Marjorie sonrió.

—Gracias. Me alegro de que te guste.

Pero no era tan fácil distraer a Dan.

—Entonces, ¿en qué ha trabajado? ¿Cuántos años tiene? ¿Treinta y dos? ¿Treinta y tres?

—Treinta y uno.

—Debe de haber tenido muchas experiencias interesantes. Quizá quiera compartir alguna con nosotros.

—Dan... —lo reconvino Marjorie.

Este le dirigió una sonrisa inocente.

—Solo estamos conversando.

—No quiero aburrirlos contándoles mi vida —dijo Sam, con expresión tan inocente como la de Dan—. La suya parece mucho más interesante. He oído que últimamente ha habido una oleada de robos en la ciudad. ¿Ha conseguido resolver el caso?

Serena sonrió al ver la expresión que cruzó la cara de Dan. El dardo de Sam acertó en pleno ego profesional del jefe de policía. Este replicó, crispado:

—No. Todavía no sabemos nada. Por ahora, lo único que puedo hacer es seguir las pocas pistas que tengo y vigilar a cualquiera que parezca sospechoso.

—No empieces otra vez, Dan —le advirtió Marjorie.

Él sonrió, pero no le hizo ninguna promesa.

Como si quisiera asegurarse de que la conversación seguía un curso agradable, Marjorie se encargó de dirigirla. Pasaron el resto de la comida hablando de los acontecimientos locales. Sam no tenía mucho que decir sobre el tema, naturalmente, pero Marjorie procuró que no se quedara fuera.

Serena sabía que apenas había dicho nada durante la comida. Solo había hecho algunos comentarios para tranquilizar a su madre. No había podido dejar de mirar a Sam, observando sus expresiones y haciéndose preguntas sobre él. Había intentado disimular, mirándolo de soslayo mientras fingía estar concentrada en la comida, pero él parecía haberse dado cuenta.

Su interés por Sam estaba empezando a preocuparla. Había tratado de racionalizarlo diciéndose que cualquiera sentiría curiosidad por un hombre como él, tan extraño y misterioso. Ella nunca había conocido a nadie como Sam; era natural que tuviera curiosidad. Pero eso no explicaba del todo la fascinación que sentía.

Tal vez era porque siempre le habían gustado los rompecabezas... y Sam era, en realidad, un rompecabezas. Todo lo que observaba en él parecía contradecir lo que les había contado. Era joven, guapo y,

evidentemente, bien educado. Sam Wallace, con sus manos cuidadas y su mirada inteligente y perdida, difícilmente encajaba con la imagen de un vagabundo sin raíces.

Serena no podía culpar a Dan por sus sospechas. Estaba claro que Sam les ocultaba muchas cosas. Ella deseaba saber más acerca de él. Y al tiempo que se decía que solo quería asegurarse de que era de fiar, sabía que su interés era mucho más que simple curiosidad.

Sam levantó la vista del plato y sus miradas se encontraron. Serena tuvo la inquietante sensación de que él podía leer sus pensamientos. Sin embargo, para ella, los de Sam eran aún un completo misterio.

—¿Todo el mundo está listo para el postre? —la pregunta de Marjorie rompió aquel instante.

Sam desvió la mirada y Serena se recostó en la silla, extrañamente azorada.

Definitivamente, había algo inquietante en Sam Wallace.

Sam sabía que Serena se había pasado toda la comida mirándolo con disimulo. Dan Meadows también había estado observándolo. Marjorie había sido la única que no lo había mirado como si temiera que fuera a robar la cubertería de plata en un descuido.

No había sido una experiencia agradable, pero sí interesante. Y la comida era excelente, en comparación con la del hospital. Aunque tampoco recordaba ninguna comida anterior al hospital.

Al empezar la comida, se había preguntado si habría algo entre Serena y el jefe de policía. Ambos parecían conocerse bien y se trataban con familiaridad. Pero pronto comprendió que eran amigos, no amantes. Entre ellos había afecto, pero no química.

Pensó, divertido, que algunas personas podrían haber encontrado gracioso que un tipo con un serio problema mental se parara a analizar la psique de otros.

Pero su buen humor se disipó en cuanto Marjorie entró en el comedor con una gran tarta de chocolate festoneada con pequeñas

velas encendidas.

—Serena me ha dicho que hoy es tu cumpleaños —dijo mientras dejaba la tarta frente a Sam—. Espero que te guste el chocolate.

Azorado, Sam se aclaró la garganta.

—Oh, sí, me encanta. Pero no hacía falta que se tomara tantas molestias

Marjorie se echó a reír.

—Tonterías. Todo el mundo se merece una tarta de cumpleaños. Ahora pide un deseo y apaga las velas.

Consciente de la mirada penetrante de Dan, Sam tomó aire y sopló rápidamente las velas.

—Eh, se suponía que teníamos que cantar Cumpleaños feliz antes de que las apagaras —dijo Marjorie.

Sam sacudió la cabeza.

—No es necesario. De veras.

Serena se apiadó de él.

—Vamos, mamá, ¿quieres avergonzarlo y que se vaya otra vez al hospital? Venga, vamos a servir la tarta.

Dan aceptó su trozo sin hacer ningún comentario.

Aunque no quería ser descortés, Sam se excusó después del postre diciendo que le dolía la cabeza, lo cual era cierto. Marjorie se mostró preocupada, pero él la convenció de que un par de calmantes y unas cuantas horas de sueño harían maravillas.

—Jefe —le dijo a Meadows al salir—, ha sido un placer.

Dan pareció a punto de gruñirle, pero miró a Marjorie y respondió civilizadamente.

—Sí, bueno... Cuídese ese dolor de cabeza. Y si hay algo que pueda hacer por usted, Serena y Marjorie saben dónde encontrarme. A cualquier hora —añadió puntillosamente—. Una llamada suya, y estaré aquí de inmediato.

A Sam casi lo hizo reír aquella amenaza velada, pero la cabeza le dolía tanto que se limitó a asentir, dio de nuevo las gracias a Marjorie

y se marchó. Sabía que Dan empezaría a lanzar terribles advertencias contra él en cuanto se hubiera ido, pero no le apetecía quedarse para defenderse. La única forma de probar que era de fiar era vivir apaciblemente en la casa de invitados, echar una mano en el restaurante y no llamar la atención en la ciudad.

Al entrar en la casa de invitados, se encontró preguntándose cuánto tiempo podría vivir así. ¿Días? ¿Semanas? ¿Meses? ¿Cuánto tiempo podía seguir fingiendo que todo iba bien, que aquello era normal para él?

Tres semanas, decidió mientras entraba en el dormitorio. Tres semanas era tiempo suficiente para que curara cualquier herida en la cabeza que le estuviera causando la pérdida de memoria. Si al cabo de esas tres semanas no se había recobrado, tendría que hacer algo. No podría seguir aprovechándose de aquella buena gente por más tiempo.

Pero, por el momento, pensó mientras se echaba en la cama, lo único que necesitaba era un poco de descanso. Y tal vez otro calmante.

A mediodía del lunes, el pequeño aparcamiento del Café del Arco Iris estaba lleno, como siempre. Serena dio dos vueltas antes de encontrar un espacio libre. Llegaba cinco minutos tarde a su cita con Marvin Frieze, el redactor jefe del periódico. Ella habría elegido otro escenario para aquella conversación, pero Marvin no le había dejado elección: se había limitado a decirle a la secretaria de Serena que lo encontraría en el Café del Arco Iris si quería hablar con él.

El restaurante estaba abarrotado con la clientela habitual. Casi todas las mesas estaban llenas. Serena reconoció a casi todos los parroquianos, pero no vio por ninguna parte la cabeza canosa de Marvin. Confiando en que no la dejaría plantada otra vez, le preguntó a una camarera flaca, de unos sesenta años, que masticaba chicle.

—Tenía que encontrarme aquí con Marvin. ¿Lo has visto, Justine?

—No. ¿Has mirado en Gaylord's?

Serena hizo una mueca en respuesta a la irónica alusión a los hábitos alcohólicos de Marvin. Parecía que todo el mundo hablaba de ello.

—Señálale mi mesa cuando llegue, ¿quieres?

Justine masticó su chicle y sonrió.

—Claro.

Serena se dirigió hacia una de las pocas mesas vacías, intercambiando saludos por el camino, y dejó el bolso junto a la silla. Miró a su madre, que estaba muy atareada en la caja registradora, junto a la salida. Se saludaron con la mano, pero Marjorie estaba demasiado ocupada para acercarse a ella. Dos de sus empleados se habían despedido sin previo aviso y todo el mundo estaba muy atareado. No era de extrañar que Marjorie le ofreciera trabajo casi a cualquiera que se le presentara.

Como si aquel pensamiento lo hubiera conjurado, Sam Wallace apareció junto a la mesa de Serena. Tenía aspecto de boxeador vapuleado, no de camarero. Su cara, indudablemente atractiva, estaba aún magullada y ligeramente hinchada. Un pequeño apósito le cubría los puntos de la sien derecha, y tenía la muñeca izquierda enfundada en una muñequera sujeta con velero. Sonrió al ver a Serena.

—¿Qué quiere beber, señorita Schaffer?

A ella le costó un momento responder. La súbita aparición de Sam la había sorprendido con la guardia baja. No esperaba verlo allí apenas veinticuatro horas después de salir del hospital. Esa mañana temprano, cuando se había ido a la oficina, no había observado ningún signo de actividad en la casa de invitados. Marjorie debía de haberlo llevado en coche al café después de su marcha. Serena estaba convencida de que la actividad física debía de provocarle molestias e incluso dolores.

Tal vez fuera sincero cuando decía que trabajaría para devolverles la deuda que había contraído con ellas. Desde luego, nadie lo habría culpado por tomarse un par de días libres para recuperarse.

—¿Qué estás haciendo aquí?

Él arqueó las cejas.

—Trabajo aquí.

—Quiero decir que por qué has venido hoy. No creo que el doctor Frank te haya dado permiso para ponerte a trabajar tan pronto.

Sam se encogió de hombros.

—No se lo he preguntado. Sé lo que soy capaz de hacer... y a tu madre le pareció bien, porque me puso a trabajar en cuanto se lo pedí.

Marjorie estaba tan desesperada que habría puesto a trabajar a un mono adiestrado, pensó Serena, echando un vistazo al restaurante atestado de gente. Justine y Shameka, la otra camarera, hacían cuanto podían.

—Ten cuidado, no te esfuerces demasiado. Tienes una herida en la cabeza. Por no mencionar el...

—Gracias por tu preocupación, pero estoy bien. Ahora, ¿puedo traerte algo de beber? ¿O quieres comer ya?

Serena notó que tenía las manos vacías.

—¿No necesitas una libreta?

—No —él puso de repente una expresión irónica, como si estuviera disfrutando de una broma privada—. Resulta que tengo una memoria excelente para recordar la comanda.

—Ah, bien. Eso es... estupendo, supongo.

—Eh, Sam. ¿Puedes ponerme más café? —gritó alguien desde una mesa cercana.

—¿Qué quieres? —le preguntó a Serena después de hacer un gesto hacia la otra mesa.

—Por ahora tomaré un vaso de agua con hielo. Estoy esperando a alguien. Pediré la comida cuando llegue.

Sam asintió y se alejó. Después de servir café a varias mesas, regresó con el vaso de agua.

—Parece que tu novio llega tarde —dijo, señalando hacia la silla

vacía que había frente a ella.

—El empleado al que estoy esperando tiene sesenta y cinco años y siempre llega tarde —contestó ella, y luego se preguntó por qué se molestaba en darle explicaciones.

—Hazme una seña cuando quieras pedir —dijo, y se alejó hacia otra mesa.

Mientras esperaba a Marvin, Serena observó a Sam. Era natural que lo observara, se dijo secamente... Mirarlo era lo único que parecía capaz de hacer cuando lo tenía cerca. Pero resultaba interesante. Él no parecía tener mucha experiencia sirviendo mesas, pero lo que le faltaba en habilidad, lo compensaba con energía. A pesar de sus heridas, no parecía fatigado. Y aunque era un recién llegado, charlaba amistosamente con los clientes. Estos observaban sus heridas, naturalmente, pero parecían haber aceptado fácilmente su presencia. Casi todo el mundo había oído hablar del desdichado vagabundo que había sido robado y arrojado a la cuneta. Y como todo el mundo conocía la afición de Marjorie por ayudar a los necesitados, nadie parecía especialmente sorprendido de ver a Sam trabajando en el restaurante.

Edstown tenía fama de acoger en su seno a personas excéntricas y singulares, pensó Serena, divertida. Sam Wallace parecía encajar en ambas categorías.

Serena llevaba veinte minutos esperando y había vaciado dos vasos de agua helada antes de comprender que Marvin no aparecería. Otra vez.

—Parece que a tu empleado le ha surgido algo —comentó Sam, llenándole el vaso otra vez.

—Pronto será mi ex empleado —musitó Serena, aceptando finalmente lo inevitable. Tenía que despedir a Marvin... si es que conseguía verlo.

—¿Y cuál es el trabajo de tu futuro ex empleado?

—Redactor jefe del Evening Star. El periódico pertenece a mi

familia desde hace varias generaciones, pero yo lo dirijo solo desde hace seis meses. Ahora parece que voy a tener que buscar un nuevo redactor.

—Lamento oírlo. ¿Quieres comer ya?

Ella asintió.

—La verdad es que estoy muerta de hambre. Tomaré un sandwich de pavo y ensalada de frutas.

—Excelente elección, señorita. Enseguida se lo traigo.

Aprovechando un momento de respiro, Marjorie dejó a Justine a cargo de la caja registradora y se acercó a la mesa de Serena, dejándose caer sobre la silla vacía.

—Justine dice que estabas esperando a Marvin.

—Me ha dejado plantada.

Marjorie frunció el ceño y sugirió:

—Tal vez tenía mucho trabajo en el periódico y no ha podido venir.

—O tal vez haya decidido tomar un almuerzo líquido y olvidar nuestra cita.

Marjorie suspiró y asintió.

—Supongo que sí.

—Voy a tener que despedirlo, mamá.

—Ay, Serena, ¿no puedes darle otra oportunidad?

—¿Cuántas quieres que le dé? ¿Una docena? ¿Cien? ¿Debo esperar hasta que arruine al periódico del bisabuelo? Porque debo decirte que el negocio está pendiente de un hilo.

—¿Tan mal van las cosas?

Serena no vio razón para endulzar su respuesta.

—Sí, así de mal. Los ingresos publicitarios se han venido abajo, y como al parecer Marvin ha perdido el interés por su trabajo, el periódico no tiene línea editorial. Riley hace lo que puede, pero tiene su propio trabajo y no da abasto. Ya sabes que, de todas formas, no lo entusiasman las responsabilidades. Solo trabaja en el periódico para

sufragar su manía de escribir.

—¿Crees que alguna vez acabará esa novela en la que lleva trabajando tanto tiempo?

Serena se encogió de hombros.

—Quién sabe. Pero le sirve de excusa para librarse de responsabilidades. Le sugerí que ocupara el puesto de redactor jefe, pero no quiere saber nada del asunto. Me dijo que buscara a alguien y que él continuaría haciendo su trabajo, al menos hasta que acabe su gran novela.

—¿Qué me dices de Lindsey? Ella tiene experiencia.

—Sí, y es una reportera excelente. Demasiado buena para nuestro periódico, probablemente. Debería estar trabajando en uno de los grandes. Pero no está preparada para hacerse cargo del Evening Star. Es demasiado joven, demasiado impulsiva y demasiado impaciente para asumir las exigencias de la dirección. Mientras se conforme con cubrir noticias locales, eso es lo que quiero que haga. Tenemos a un chico de instituto cubriendo la sección de deporte local y a una profesora jubilada escribiendo la columna semanal de cocina. Ahora mismo no hay nadie en plantilla, salvo Riley, que pueda ser redactor jefe. Tendré que buscar a alguien de fuera.

—Entonces, hazlo —dijo Marjorie con firmeza—. Yo quiero mucho a Marvin, pero no podemos permitir que destruya nuestra herencia familiar.

Marjorie siempre había visto el periódico bajo esa luz romántica.

Sam deslizó el plato de Serena delante de ella.

—¿Puedo traerte algo más?

Ella miró los círculos oscuros que había bajo sus ojos.

—Creo que será mejor que te sientes un rato. Ya has hecho bastante por hoy.

—Serena tiene razón, Sam. La hora punta ya ha pasado. Justine, Shameka y yo podemos apañárnoslas. Has hecho un trabajo excelente, ¿por qué no descansas hasta que te lleve a casa?

Un hombre de la mesa de al lado hizo una seña para llamar la atención de Sam.

—¿Nos trae una ración de tarta de coco?

Sam asintió y luego lanzó a Marjorie y Serena una sonrisa deslumbrante.

—Descansaré más tarde. Ahora tengo que servir una ración de tarta.

Serena frunció el ceño, mirando a su madre.

—No deberías haber permitido que trabajara hoy. Es demasiado pronto. Debe de tener dolores.

—Nadie lo diría, al verlo. No ha parado ni un momento desde que llegó esta mañana.

—Madre, ayer mismo estaba en el hospital con una conmoción, las costillas rotas y una muñeca dislocada. Es absurdo que esté trabajando ya. Debería haberse tomado al menos un par de días de descanso para recuperarse.

—Eso le dije yo esta mañana. Pero me dijo que estaba harto de estar tumbado sin hacer nada y que quería pagar sus deudas lo antes posible.

—¿Y si tiene una recaída? ¿Has pensado que tú podrías ser responsable de eso?

—En primer lugar, no voy a tener una recaída. En segundo lugar, no culparía a tu madre si la tuviera.

Serena no había oído llegar a Sam. Se volvió y lo miró con el ceño fruncido, ocultando su azoramiento.

—Sigo creyendo que estás esforzándote demasiado.

—Y yo te agradezco tu preocupación —replicó él con firmeza.

Sam se alejó hacia otra mesa y Serena suspiró y apartó su plato vacío.

—De acuerdo, dejémoslo.

—No te preocupes por Sam, cariño. Yo me aseguraré que no se esfuerce demasiado.

Serena se encogió de hombros, fingiendo indiferencia.

—¿Y por qué iba preocuparme por él? Ya tengo bastantes problemas. Y tengo una reunión con un cliente dentro de veinte minutos, así que será mejor que me vaya.

—¿Vas a hablar hoy con Marvin?

Serena parpadeó.

—Eso depende de si lo encuentro... y de si está lo bastante sobrio para entenderme.

—Sé que esto no es fácil para ti, querida. Pero si hay que hacerlo para salvar el periódico, entonces no tienes elección.

—Lo sé.

—Intenta ser amable con él, ¿quieres? No te comportes como una abogada, sino como una amiga.

Serena entornó los ojos.

—No creo que Marvin me considere una amiga cuando amenace con despedirlo, mamá. Pero lo intentaré.

Todavía seguía pensando en el consejo de su madre cuando salió del aparcamiento unos minutos después. Ya había intentando ser una amiga para Marvin, pero no había conseguido nada. Ni sus consejos, ni su comprensión, ni su indulgencia habían hecho mella en él. Ahora tendría que convertirse en algo que él nunca le había permitido ser: su jefa. Y aunque le disgustaba, estaba preparada para hacerlo.

Pero nunca perdonaría a Kara por haberla puesto en aquella dolorosa situación, pensó, hirviendo de rabia y rencor hacia su hermana mayor.

Capítulo 6

A MENUDO, cuando le costaba conciliar el sueño, Serena paseaba por el jardín, dejándose arrullar por los sonidos y aromas de la noche.

Salió justo después de media noche, con una camiseta, pantalones cortos, sandalias y una taza de té en la mano. Se dirigió al balancín que había junto a la rosaleta de su madre, su lugar favorito para sentarse durante aquellas noches balsámicas.

Pero esa noche, ya había alguien sentado en el balancín.

—Parece que ha vuelto a encontrarme, señorita Schaffer —dijo Sam, mirándola desde las sombras.

Ella se sobresaltó, como parecía hacer siempre que lo veía. Intentaba atribuirlo a la desconfianza natural que le provocaba cualquier misterioso desconocido, pero sabía que era más que eso. Se mentiría a sí misma si negaba la atracción que sentía hacia él... y siempre había tratado de ser brutalmente sincera consigo misma.

Intentó hablar con el mismo tono ligero que había utilizado él.

—Al menos, esta vez estás consciente. ¿Qué estás haciendo aquí?

—No podía dormir y he salido a tomar el aire. ¿Y tú?

—Lo mismo —admitió ella.

Él se desplazó hacia un extremo del balancín y le indicó que se sentara a su lado.

—Hay sitio para los dos —al ver que ella vacilaba, murmuró—: ¿Te doy miedo?

Para probar que aquello era ridículo, ella se sentó, sujetando cuidadosamente su taza de té. Sam mantuvo quieto el balancín y dejó que oscilara suavemente de nuevo cuando se aseguró que Serena estaba cómodamente sentada.

—Se está bien aquí fuera. Las rosas huelen muy bien.

—Mi madre las cuida. Son su hobby —la densa fragancia de las flores rodeaba el balancín como una nube olorosa.

Las estrellas relucían vivamente en el cielo, de un negro azulado, y la media luna flotaba serenamente entre ellas. La noche invitaba al amor... o, en ese caso, se corrigió Serena rápidamente, a una agradable charla con un desconocido.

—¿Qué me dices de ti, Serena? ¿Tienes algún hobby?

—Últimamente no tengo mucho tiempo, pero me gusta leer cuando tengo un respiro. ¿Y tú?

Él se encogió de hombros.

—He hecho un poco de escalada. Me gustan los coches de carreras, volar, la espeleología, los rodeos...

Serena tuvo la impresión de que se estaba inventando la respuesta sobre la marcha.

—¿Rodeos? —repitió ella—. Ya me parecía que tenías acento de Texas.

A él pareció sorprenderlo aquel comentario.

—¿Te parece que tengo acento texano?

—Sí. Por lo menos, un poco. ¿Has pasado mucho tiempo en Texas?

—Eh..., sí. He pasado allí los últimos años.

—Creía que habías dicho que venías de Oklahoma.

—Dije que últimamente había estado en Tulsa —dijo él al cabo de un momento de silencio—. Pero no me quedé mucho tiempo.

Parecía decidido a ser lo más evasivo posible acerca de su pasado. Lo que, naturalmente, solo contribuía a renovar la inquietud de Serena.

—¿Te cansaste de estar allí?

—Supongo que sí.

Ella dio un sorbo a su taza de té y luego volvió a mirarlo otra vez.

—¿Cómo te encuentras?

—Bien. ¿Por qué?

—Pensaba que estarías muerto de agotamiento por haber

trabajado un turno completo en el restaurante. Pero aquí estás, completamente despierto y relajado.

—¿Quieres que te diga la verdad? —preguntó él en tono repentinamente lastimero—. Me caí de agotamiento en cuanto entré en la casa de invitados, después del trabajo. Me eché boca abajo en la cama y me quedé dormido. Ni siquiera me moví hasta que tu madre me trajo la cena... Lo que, por cierto, no tenía por qué hacer. Ahora no estoy tan cansado, pero me duele todo el cuerpo.

Serena asintió, satisfecha.

—Supongo que mañana te tomarás el día libre para descansar.

—Supones mal. Hoy lo he superado, y mañana será más fácil.

—¿Por qué te esfuerzas tanto?

—Porque necesito el dinero —respondió él con sencillez—. Solo llevo en este pueblo unos días y ya le debo dinero a todo el mundo. Antes de marcharme, me gustaría devolverlo todo.

Parecía obsesionado con pagar sus deudas. Lo cual era admirable, pensó Serena, siempre y cuando no fuera a expensas de su salud. Pero sabiendo que discutir con él sería perder el tiempo, lo dejó pasar.

—Bueno, ¿y a ti, qué es lo que te mantiene despierta? —al hablar, Sam movió ligeramente el balancín y su pierna rozó la de Serena.

Él la apartó inmediatamente, pero Serena comprendió que el recuerdo de aquel contacto la mantendría despierta el resto de la noche.

Hizo un esfuerzo por contestar de manera coherente.

—Esta tarde tuve una charla con un empleado que lleva muchos años en el periódico. Fue una... situación difícil.

—Déjame adivinar. Fuiste dura e implacable porque tenías que serlo, pero ahora te sientes mal porque en el fondo eres mucho más blanda de lo que pretendes aparentar.

—¿Por qué dices eso?

—Tal vez porque empiezo a conocerte mejor de lo que crees.

—O tal vez porque crees que me conoces.

Él se echó a reír.

—Tal vez. En fin, ¿tengo razón?

—Sí —dijo ella con gesto resignado—. Llevo toda la tarde sintiéndome culpable, aunque no tenía elección. Y sé que debería haberlo despedido, en lugar de amenazar con hacerlo. Me preocupa el futuro del periódico porque el redactor jefe no se encarga de sus responsabilidades. He convencido a su ayudante para que se ocupe de las cosas pendientes, pero he tenido que prometerle que o hago que Marvin vuelva al trabajo, o encuentro a alguien para reemplazarlo. Y pronto.

—¿Él no quiere el trabajo?

—No. Hace diez años que está escribiendo la gran novela americana y dice que necesita mucho tiempo libre para terminarla. El puesto de redactor jefe conlleva demasiadas responsabilidades para Riley.

—¿Es perezoso?

—No, no se trata de eso. Solo... un tanto difícil de tratar. Riley es un espíritu libre. Como tú —añadió.

Se le ocurrió de pronto que Riley probablemente elegiría la vida de un vagabundo si no fuera por la novela que llevaba tanto tiempo sirviéndole de anclaje.

—¿Por qué no te encargas tú misma del trabajo? ¿Qué haces exactamente en el periódico?

Ella arqueó una ceja.

—Muy poco. Mi trabajo como abogada me tiene muy ocupada y..

El balancín dio un brinco.

—¿Tu qué?

Ella lo miró, sorprendida.

—Seguramente sabrás que soy abogada.

—No, no lo sabía. Creo que nunca lo has mencionado.

Serena comprendió, por su tono, que la noticia no lo alegraba.

—¿Qué tienes contra los abogados?

Él se quedó callado un momento antes de contestar.

—No estoy seguro.

—Ah, eso es muy razonable.

—Lo siento, pero es que hay algo en los abogados...

—He oído toda clase de chistes, así que ahórrate la saliva. Sé que los tiburones no se comen a los abogados por cortesía profesional; sé cómo se le llama a cien abogados en el fondo del mar: un buen comienzo; sé por qué un abogado cruza la carretera: para perseguir a la ambulancia que viene en sentido contrario... ¿Me he dejado alguno? Él esbozó una sonrisa.

—Unos cuantos.

—Bueno, sí, ¿pero a quién llamarías tú si tuvieras que proteger tus derechos en un juicio? ¿A un fontanero? ¿A quién recurrirías si por error fueras arrestado por un delito? ¿A un banquero?

—De acuerdo, admito que los abogados tienen su utilidad. Solo me ha sorprendido, eso es todo. Pensaba que solo trabajabas en el periódico.

—No. En realidad, nunca he querido trabajar allí. Mi padre, que también era abogado, supervisaba el funcionamiento hasta su repentina muerte, hace un año. Mi hermana Kara siempre había querido encargarse del periódico, pero hace poco cambió de idea. Y como mi madre no se siente capaz, me tocó a mí. Intenté convencer a mi madre para venderlo, pero el periódico siempre ha pertenecido a la familia y ella no quiso ni oír hablar del asunto.

—Así que ¿haces todo esto para complacer a tu madre?

—Supongo que sí —respondió ella con un leve suspiro—. Mi madre parece creer que vender el periódico sería traicionar a mi padre. A diferencia de mi hermana, yo no puedo hacerle eso.

—Vaya, me parece que le guardas cierto rencor a tu hermana.

—Kara abandonó todas sus responsabilidades y se largó con la descabellada idea de lanzar a su novio al estrellato. No pensó más

que en sí misma. Claro que le guardo rencor, sobre todo esta noche, después de haber pasado por otra desagradable situación que debería haber afrontado ella.

— ¿Estás enfadada con ella por perseguir un sueño?

Expresado así, sonaba mezquino y egoísta.

— Si fuera su sueño, podría entenderlo. Pero es el sueño de su novio el que persigue, no el suyo propio. Y ni siquiera pensó en quienes dejaba atrás.

— ¿Quiere a su novio?

— Ella dice que sí.

Sam se encogió de hombros.

— Entonces tal vez su sueño sea conseguir algo con el hombre al que quiere.

— Si eso es cierto, espero que él no la abandone por alguien que pueda darle lo que busca.

— ¿Crees que la está utilizando?

Serena vaciló.

— No lo sé — confesó al cabo de un momento—. Kara y él se conocían desde hacía poco tiempo cuando se fueron a Nashville, y yo no tuve ocasión de conocerlo muy bien. Parecía muy unido a Kara, pero...

— Pero la cínica Serena, la abogada, no puede evitar cuestionar sus motivos y sospechar de su sinceridad — la interrumpió Sam—. El bueno del jefe de policía piensa eso mismo de mí.

— No veo dónde está la semejanza.

Sam se rió suavemente y tomó entre los dedos un mechón de pelo de Serena.

— ¿Alguna vez has engañado a alguien con ese tono relamido y melindroso?

Desconcertada, ella apartó la mirada de él. Vio que su taza estaba vacía, aunque no recordaba haberse bebido el té.

— Será mejor que nos vayamos a dormir, si mañana queremos ir a

trabajar.

—Tienes razón —él se levantó, haciendo que el balancín oscilara, y le tendió una mano.

Para demostrarle que no la intimidaba, Serena le dio la mano y dejó que la ayudara a levantarse. Él no la soltó inmediatamente. Se quedó sonriéndole a la luz de la luna.

—¿Qué? —preguntó ella, frunciendo el ceño.

—Nada. Ha sido muy agradable hablar contigo.

Ella no supo qué responder. Se le había vuelto a acelerar el pulso y el corazón parecía latirle más fuerte. Se dijo que no debía dejarse influir por la atmósfera íntima que creaban la noche y las rosas. Ni por aquel hombre guapo y enigmático que apretaba su mano.

—De veras, tengo que irme.

Él parecía estar mirándole la boca, aunque Serena solo veía su silueta recortada contra la luna dorada. El pelo rubio de Sam relucía a la luz de la luna. Ella tuvo que humedecerse los labios, que, de pronto, por alguna razón, se le habían quedado secos.

Sam le soltó la mano y retrocedió.

—Sí —musitó, con voz ronca—, será mejor que entres en casa.

Ella, de pronto, deseó quedarse un momento más.

—¿Te quedan más calmantes, por si necesitas uno?

—Sí, no te preocupes.

Serena comprendió que Sam nunca le diría cómo se sentía. No era de los que se quejaban.

—Bueno... Buenas noches.

—Buenas noches, Serena. Que duermas bien.

Ella se dio la vuelta y se dirigió hacia la casa, procurando mantener el paso firme y tranquilo. No quería que pareciera que huía de él..., aunque eso era justamente lo que estaba haciendo.

No podía evitar preguntarse qué habría pasado si Sam Wallace la hubiera besado en la rosaleda bañada por la luz de la luna. Y después se dijo que era igual que su hermana, la cual había permitido que una

pasión romántica volviera del revés su vida y la de toda su familia. Serena no tenía intención de seguir su ejemplo.

El segundo día de trabajo de Sam fue tan fatigoso como el primero, pero por alguna razón le fue más fácil hacer su turno. El día siguiente fue incluso más fácil, y también el día posterior. Ya fuera porque sus heridas estaban curando o porque empezaba a acostumbrarse a ellas, cuando el viernes Marjorie lo llevó a casa no estaba tan exhausto como había creído. Ella le dijo que tenía que asistir a una reunión del club de jardinería y le preguntó si estaría bien solo. Sam le recordó amablemente que era perfectamente capaz de cuidar de sí mismo.

Apreciaba las atenciones de Marjorie, pero empezaba a sentirse un poco abrumado por su solicitud. Sin coche ni dinero, dependía completamente de la generosidad de su anfitriona. No estaba seguro, naturalmente, pero tenía la impresión de que aquella no era para él una situación normal. Si se sentía orgulloso y autosuficiente, no había razón para que no lo hubiera sido antes del accidente.

Descansó un rato y luego se dio una ducha caliente. Se puso ropa limpia, entró en la cocina y metió una taza de agua en el microondas para hacerse un café instantáneo. Mientras el agua se calentaba, observó su reflejo en el pequeño espejo decorativo que colgaba junto a la puerta trasera. Los golpes y magulladuras iban desapareciendo, y su cara empezaba a recuperar su aspecto habitual. Pelo rubio, ojos azules, rasgos regulares. Nada fuera de lo corriente, en su opinión. Nada que le diera una clave sobre quién era o de dónde procedía.

Cada vez le resultaba más desagradable intentar recobrar unos recuerdos que parecían perdidos para siempre. Mientras llevaba la taza a la mesa, sus pensamientos volvieron a centrarse en Serena. A través de la ventana de la cocina, miró la rosaleta y el balancín donde, el lunes de madrugada, habían compartido una deliciosa charla nocturna. Deliciosa, salvo por un inquietante descubrimiento.

Todavía no sabía por qué lo molestaba tanto saber que Serena era

abogada. Incluso en ese mismo momento, sintió desagrado al pensarlo. No entendía el porqué, pero sin duda estaba relacionado con sus recuerdos perdidos. Intentar resolver aquel rompecabezas solo le producía jaqueca, de modo que decidió concentrarse en recordar el tacto de la mano de Serena cuando la había ayudado a levantarse del balancín, su bella cara ovalada a la luz de la luna, sus ojos brillantes, sus labios húmedos y entreabiertos... Había deseado tanto besarla que le había dolido... y ese dolor nada había tenido que ver con sus heridas.

Se preguntaba cuál habría sido la reacción de ella si hubiera sabido lo que estaba pensando. ¿O se había dado cuenta? ¿Era por eso por lo que lo evitaba desde entonces?

Ella lo consideraba un extraño. Y eso era, en realidad. Incluso para sí mismo. ¿Qué podía ver una joven y atractiva abogada de un respetable pueblecito en un desastrado don nadie sin un centavo..., si es que eso era él? Y aunque estuviera interesada, Sam no estaba en situación de pretender otra cosa que una amistad pasajera. En realidad, quizá tuviera esposa e hijos en alguna parte..., aunque le resultaba difícil creerlo. Sencillamente, no se sentía casado.

Como pensar en Serena empezaba a resultarle tan incómodo como intentar recordar su pasado, apartó esos pensamientos y llevó la taza vacía al fregadero. Las horas que quedaban del día se extendían ante él, vacías y aburridas. Se sentía inquieto. Tal vez si salía y caminaba un rato por el pueblo se tropezara accidentalmente con alguna clave sobre su pasado. Algún indicio que hiciera afluir sus recuerdos: una imagen, un sonido, un olor, cualquier cosa. Y si no, al menos daría un paseo.

Desde la casa al centro de Edstown había tan solo un kilómetro y medio de distancia. Pasó la tarde explorando lentamente el pueblo.

Cruzó la tranquila zona residencial en la que se encontraba la casa Schaffer, dejó atrás un parque y se internó en el centro, con sus vetustos edificios de piedra y sus polvorientos escaparates. Saludó a

un par de personas a las que conocía del restaurante. Las aceras no estaban precisamente atestadas, pero tampoco vacías. Todo era encantador en el más puro estilo rural estadounidense, pero nada le resultaba ni remotamente familiar.

Mirando el toldo azul y blanco de una tienda para niños, luchó por encontrar un indicio sobre el lugar de dónde procedía. Miró el cielo de verano que se extendía sobre los edificios de una o dos plantas y mentalmente lo llenó de rascacielos. Era evidente que recordaba una gran ciudad. ¿Pero cuál? ¿Aquel destello de memoria era su hogar, o un lugar que había visitado?

Empezó a dolerle la cabeza, como siempre que intentaba forzar la memoria. Evitar el esfuerzo y concentrarse únicamente en el presente se había convertido en un mecanismo de autodefensa. Y así lo hizo, a pesar de que solo quedaban dos semanas del plazo que se había impuesto para confesar la verdad.

Al final de la calle, un curioso edificio de piedra albergaba una pastelería. Sam ya había reparado en ella antes, pero nunca había visto clientes en su interior. Sabía que muchos pequeños negocios cerraban al cabo de solo un par de años en funcionamiento. Era uno de esos datos inútiles que retenía, mientras que sus recuerdos vitales se habían borrado completamente... Estaba a punto de dar media vuelta cuando vio a un chico con la cara pegada al cristal de la tienda. El chico era flaco y probablemente no tendría más de diez u once años. Llevaba ropa descolorida y repasada. El pelo, rojo y enmarañado, le caía sobre la frente y las orejas, y sus zapatillas parecían listas para tirarlas a la basura. Sam casi podía ver la boca del chico llenándose de saliva mientras contemplaba los dulces multicolores del interior de la tienda. Sin pensarlo dos veces, le dijo:

—Tienen buena pinta, ¿verdad?

Sorprendido, el chico giró la cabeza. Al ver el feo moratón que cubría su pómulo izquierdo, Sam frunció el ceño. Al mismo tiempo, recordó que no debía hablar con niños desconocidos. Por muy inocuo

que hubiera sido su acercamiento, no quería que el jefe Meadows pensara que era un perverso, además de lo que ya sospechaba de él, fuere lo que fuere.

Al cabo de un momento, durante el cual pareció sopesar la idea de hablar con un extraño, el chico asintió y dijo:

—Sí, tienen muy buena pinta.

Sam miró el escaparate.

—Cuando era niño, me gustaba mucho el regaliz rojo —sus palabras le parecieron extrañamente genuinas.

Probablemente, eran ciertas.

—A mí también me gusta —dijo el niño—. Pero mis favoritas son esas piruletas de colores. Duran un montón.

Sam miró la piruleta, que era casi tan grande como la cabeza del chico, y se echó a reír.

—Seguro que hace falta un buen rato para acabar con una de esas.

Sintió la tentación de comprarle una. Marjorie había insistido en darle un pequeño anticipo sobre su sueldo. Pero seguramente el chico sabría que no debía aceptar regalos de desconocidos.

El chico suspiró y se apartó del escaparate.

—Tengo que irme. Mi, eh, padrastro me está esperando en la tienda de repuestos.

La tienda de repuestos estaba una calle más abajo. Sam la había visto durante su paseo. Eso explicaba porqué el chico estaba solo en las calles del centro.

—Ha sido agradable charlar contigo.

—Sí. Hasta luego, señor —el chico empezó a alejarse, pero de pronto se dio la vuelta—. ¿Cómo se llama?

—Ahora respondo al nombre de Sam.

El chico asintió, y no pareció encontrar nada extraño en sus palabras.

—Yo me llamo Zach.

—Encantado de conocerte.

—Adiós, Sam.

—Adiós, Zach.

Sam lo observó alejarse. Algo en él había removido su memoria. ¿Qué le hacía sospechar que el chico era infeliz, que no iba a regresar a un hogar alegre y acogedor? ¿Por qué pensaba que el moratón que tenía en la cara se lo había hecho una mano adulta? ¿Por qué casi podía sentir el impacto de esa mano sobre su propia cara?

—Eh, Sam, ¿qué tal?

Sam se giró. Con cierta sensación de fatalidad, dijo:

—Hola, jefe Meadows.

—Tiene mejor aspecto que la última vez.

—Gracias.

—¿Está dando una vuelta?

—Sí. Tienen ustedes una bonita ciudad.

Dan pareció tomarse su comentario como un cumplido personal.

—Gracias.

—¿Ha visto usted al chico con el que estaba hablando?

—Sí, lo he visto.

Por supuesto que lo había visto. Sam dudaba que nada de lo que ocurría en aquella ciudad escapara a la atención del jefe de policía.

—Dice que se llama Zach. ¿Lo conoce usted?

—De vista. No conozco a todos los niños de la ciudad, claro, pero a ese lo he visto un par de veces.

—¿Profesionalmente?

—¿Por qué lo pregunta?

—Tenía un golpe en la cara. Tal vez solo se haya caído de la bici, pero tenía un aspecto un poco sospechoso.

Dan frunció el ceño.

—Intentaré encontrar una excusa para ir a verlo más tarde.

—O sea, que hay algún problema.

—Digamos que no todos los adultos de Edstown son ciudadanos modelo.

—Parecía un chico simpático.

—Le echaré un vistazo —prometió Dan otra vez, y Sam comprendió que no quería que siguiera insistiendo—. ¿Qué tal van las cosas por el restaurante?

—Hay mucho jaleo. El negocio de Marjorie marcha muy bien.

—Sí. En el Café del Arco Iris se come muy bien. También va mucha gente a desayunar.

—Dígamelo a mí. No doy abasto para llenar las tazas de café.

Dan alzó la barbilla.

—Debo admitir que nunca lo hubiera tomado por un camarero.

Sam se encogió de hombros.

—También lavo los platos, si hace falta.

—¿Está contento con el trabajo?

—Por ahora, sí. Al menos, hasta que pague mis deudas y me recupere del todo.

Lo cual incluía recobrar la memoria.

—Como sabrá, no he dejado de buscar a los tipos que le dieron la paliza. Compruebo cualquier indicio por insignificante que sea, pero parece que sus agresores han desaparecido.

Sam se aclaró la garganta, sintiéndose culpable al pensar en el tiempo que Dan había perdido siguiendo aquella pista falsa. Cuando había inventado aquella historia guiado por un impulso, estaba demasiado aturdido por la medicación y los golpes como para pensar en las repercusiones que tendría. Aquello había sido increíblemente estúpido por su parte.

—Respecto a esos tipos, jefe... —empezó a decir, solo para ser interrumpido por la voz de una mujer.

—¡Dan! Aquí estás. Te he buscado por todo el pueblo.

Sam vio que el jefe de policía se azoraba, aunque solo un instante.

—Ah, Lindsey. ¿Qué pasa esta vez?

La menuda pelirroja observó a ambos hombres con sus curiosos y vivos ojos verdes, y luego se concentró en Sam.

—Usted debe de ser el hallazgo de Serena.

Él sonrió.

—Soy Sam Wallace.

—Lindsey Gray —le tendió la mano—. Quería hablar con usted, pero Serena no me ha dejado.

—Seguramente temía que lo mandaras otra vez al hospital con tanta pregunta —musitó Dan.

Lindsey le lanzó una mirada y volvió a dirigirse a Sam.

—Trabajo para el Evening Star. Me gustaría hablar con usted sobre lo que le ocurrió. Sobre la paliza, quiero decir. Lo que me han dicho acerca de usted es muy esquemático, y me gustaría saber más detalles. Esa clase de delitos no se dan mucho por aquí y..

—Preferiría no hacerlo.

Ella parpadeó al oír la firme respuesta de Sam.

—Comprendo que haya preguntas que prefiera no contestar, pero...

—Prefiero no ser entrevistado, y punto.

—Pero...

—En realidad, no tengo nada más que decirle —explicó él—. Recuerdo muy pocos detalles de la agresión, y el resto es parte de la investigación policial. Lo cual nos deja únicamente con mi vida privada, y dudo que resulte lo bastante interesante como para merecer un artículo.

—Eh, pero yo...

—Encantada de conocerla, señorita Gray. Venga al Café del Arco Iris alguna vez y la invitaré a un café. Jefe, ha sido un placer verlo, como siempre. Ah, y no olvide comprobar ese asunto del que le hablé antes, ¿de acuerdo?

—¿Está seguro de que no quiere que lo acerque a casa? —Dan parecía ansioso por encontrar una excusa para escapar de la reportera.

Lindsey protestó.

—Pero, Dan, tengo que hablar contigo.

Sam sonrió.

—Gracias por el ofrecimiento, pero me gusta hacer ejercicio. Y, además, no quiero que por mi culpa deje usted de responder a las preguntas de la señorita Gray.

Dan le lanzó una mirada que parecía prometer que se tomaría la revancha.

—Si cambia de opinión respecto a hablar conmigo... —empezó a decir Lindsey.

—No cambiaré —le aseguró él—. Pero decía en serio lo del café.

Sam oyó a su espalda el suspiro de fastidio de Lindsey y luego la oyó decirle a Dan:

—Ese hombre no me ha dejado acabar ni una sola frase.

—Ojalá me ensañara ese truco —oyó Sam que decía el jefe de policía—. ¿Qué es lo que quieres ahora, Lindsey?

Sam no oyó la respuesta de la reportera. Había decidido pararse un momento en la biblioteca y buscar algo sobre la amnesia. Ya era hora de que averiguara qué le pasaba y qué podía hacer al respecto..., aparte de mentirle a todo el mundo.

Capítulo 7

EL SÁBADO por la tarde, Walter llevó a Serena hasta Sam. Ella había soltado al perro y este se había dirigido directamente a la valla que había en la parte de atrás del jardín. Antes de que Serena pudiera detenerlo, se había escapado por un agujero de la cerca.

—Hijo de... —acabó de pronunciar el insulto en voz baja, respiró hondo y salió por la puerta trasera, dispuesta para la persecución—. Debería dejar que se perdiera, a ver si le gusta comer en los cubos de basura y esquivar camiones. Si lo encuentro, juro que lo voy a regalar. ¿Por qué tengo que cuidar de un perro que no es mío? Walter, mete tu esquelético trasero en el jardín antes de que...

—¿Su trasero te parece esquelético? —Sam salió de entre unos árboles situados junto a la carretera con el perro en brazos—. A mí me parece que está bastante gordo.

Serena se llevó una mano al corazón y lo observó.

—¿De dónde vienes?

—He bajado al lago. Me encontré a Walter cuando volvía.

—¿Has ido caminando hasta el lago?

—Serena, solo son un par de kilómetros.

Ni siquiera parecía fatigado, pensó ella. Sus magulladuras habían desaparecido y los cortes y arañados que habían desfigurado su cara estaban casi curados. En ese momento, le pareció increíblemente guapo. ¿Quién era aquel Adonis de pelo rubio y ojos azules que llevaba ropa de saldo y la miraba con una sonrisa que hizo que le diera un vuelco el corazón?

—Yo, en..., me alegro de que te hayas recuperado tan... tan bien.

—Mucho descanso, aire puro y la comida de tu madre. Eso es mejor que cualquier tratamiento que me hubieran dado en el hospital —Walter gimió y trató de lamerle la cara. Sam se echó a reír

—. Será mejor que lo llevemos a casa. Veré si puedo reparar la cerca para que no se escape otra vez.

Ella asintió y se encaminó hacia la hilera de vallas que marcaban la parte de atrás del vecindario. Había cinco casas en su calle, todas ellas con grandes jardines. La casa en la que Serena había pasado casi toda su vida estaba al final de la calle. Por encima de la valla podía verse el segundo piso. La ventana de la derecha era la de su dormitorio, todavía decorado con los muebles de caoba que había elegido en su diecisiete cumpleaños. Salvo los años que había pasado en la universidad, siempre había vivido en aquella casa.

Qué extraño debía de parecerle aquello a un hombre que iba de un lugar a otro cuando se le antojaba, sin quedarse en ninguna parte el tiempo suficiente para echar raíces.

Pero no envidiaba la vida de Sam. Seguía pensando que Kara estaba loca por haber dejado su hogar para embarcarse en una aventura con un hombre al que apenas conocía. Serena estaba muy contenta con su vida tal y como era. Si no fuera por el perro de Kara, pensó mirando al travieso animal.

—Es curioso este pueblo —musitó Sam mientras entraban en el jardín por la puerta trasera—. En un radio de seis kilómetros, hay bosques, barrios humildes, casas ricas, parques, un lago y una zona de negocios. Es como un microcosmos social. Como una maqueta.

—¿Nunca habías pasado una temporada en un pueblo?

Una expresión divertida cruzó la cara de Sam.

—Supongo que no.

—¿Cómo que supones? ¿Es que acaso no lo sabes?

Serena cerró la puerta y Sam dejó a Walter en el suelo. El perro correteó alrededor de sus pies un minuto y luego se dirigió al agujero por el que se había escapado. Sam lo agarró y lo puso en brazos de Serena.

—Será mejor que lo metas en casa mientras yo arreglo la valla, o se escapará otra vez.

—No tienes por qué hacerlo, ¿sabes?

—No tiene importancia —él se encogió de hombros—. Así haré algo útil. En realidad, ya me había ofrecido a hacer algo en el jardín o en la casa, pero tu madre insistió en que esperara hasta llevar una semana fuera del hospital. Mañana hace una semana.

A Serena la sorprendió otra vez su determinación de no causar molestias. Ni siquiera Dan podía acusarlo de aprovecharse de ellas. Sam trabajaba para pagarles todo los favores que le habían hecho. Marjorie decía que era uno de los mejores empleados que había tenido. Al pensar en sus manos cuidadas y elegantes, Serena se preguntó de nuevo qué clase de trabajo acostumbraba a hacer para ganarse la vida. Todavía le resultaba difícil de creer que se dedicara a un trabajo manual.

Cuando regresó, después de encerrar al perro, Sam había sacado algunas herramientas y unas cuantas tablas que estaban almacenadas en el garaje. Serena notó que manejaba el martillo con torpeza, lo que avivó sus sospechas de que no tenía experiencia trabajando con las manos. Sin embargo, Sam reparó la valla rápidamente. El martillo se le desvió una sola vez, golpeándole el pulgar. Sam masculló una maldición y enseguida se disculpó.

—¿Te has hecho daño? —le preguntó ella, reprimiendo una sonrisa.

—Sí. Pero si mi dedo es tan estúpido como para meterse debajo de un martillo, se merece que lo aplasten —respondió él, con una sonrisa forzada.

Como Serena sabía que no reaccionaba bien a las preguntas directas sobre su pasado, intentó deslizarse una disfrazada de comentario casual.

—Apuesto a que estudiaste Economía en la universidad.

Él se detuvo un instante y después volvió a su tarea.

—¿Por qué lo dices?

—Solo es una suposición. ¿Tengo razón?

—¿Qué te hace pensar que he ido a la universidad?

—Es evidente que eres un hombre educado. ¿Fuiste a la universidad en Texas?

—Fui a algunas clases aquí y allá. No aprendí nada especialmente útil..., como arreglar vallas, por ejemplo. Ahora mismo me vendrían bien unas clases sobre ese tema —comentó él, observando su dedo amoratado.

Era un maestro contestando preguntas sin decir nada.

—No te gusta hablar sobre ti, ¿verdad?

Sam observó la valla y se encogió de hombros sin mirarla a los ojos.

—No hay mucho de que hablar.

Se alejó y Serena lo siguió.

—Eso me resulta difícil de creer. Alguien que ha viajado tanto debe de tener muchas historias interesantes que contar.

—No especialmente —quitó un hierbajo de entre dos tablas de la valla y lo tiró al otro lado.

—¿Te has casado alguna vez?

—No. ¿Y tú?

—No.

Sam movió una tabla suelta y sacó un clavo del bolsillo de sus vaqueros.

—¿Por qué no?

—Porque no he conocido a nadie que... Espera un momento, era yo quien te estaba haciendo preguntas.

—Pensaba que ya las había contestado todas.

—Nada de eso. ¿No tienes planes a largo plazo? ¿Alguna meta para el futuro?

—Por el momento, mi única meta es acabar de reparar esta valla.

—No me refiero a eso y lo sabes.

Él se irguió y se apartó de la valla.

—Esa era la última tabla suelta. Creo que por ahora Walter no

volverá a escaparse.

—Estoy pensando en buscarle otro dueño a Walter. Yo no tengo tiempo para cuidarlo, y mi madre tampoco. Era el perro de Kara, nos lo dejó cuando se marchó con Pierce.

—Es un perro muy gracioso. No parece que dé problemas, aparte de su curiosidad por explorar, que yo le agradezco, por cierto. Si no hubiera sido por Walter, quién sabe cuánto tiempo habría estado tirado en esa cuneta.

—Sí, es un buen perro. ¿Quieres quedártelo?

Sam se echó a reír.

—No creo que mi vida le convenga.

—Te refieres a vivir en la carretera.

Él volvió a encogerse de hombros.

Serena dio media vuelta cuando él agarró las herramientas y se encaminó hacia el garaje.

—¿Ya estás pensando en marcharte?

—Eres tú quien dice que debería hacer planes para el futuro.

Eso no era precisamente a lo que ella se refería. Intentó convencerse de que le disgustaba pensar en la marcha de Sam porque odiaba ver que alguien con tantas capacidades desperdiciaba su vida. Aunque, en realidad, a ella poco le importaba. Como Walter, Sam tendía a romper su comfortable rutina. No tenía tiempo para ninguno de los dos.

—Bueno, ¿qué hace uno para divertirse en Edstown un sábado por la noche? —preguntó Sam, limpiándose las manos en los vaqueros.

—Irse a un sitio más grande —respondió ella—. Little Rock está solo a una hora y media de camino. La mayoría de la gente va allí a divertirse.

—¿Aquí no hay nada que hacer?

Ella vaciló.

—Normalmente hay un partido de fútbol en el parque. Un grupo

de chicos se reúne en la pizzería para ver la televisión en pantalla grande. Mi madre y sus amigas se juntan los sábados por la noche para jugar una partida de dominó. Algunos adolescentes bajan al lago en coche para beber unas cervezas y ligar hasta que Dan los echa de allí y los manda a casa...

—¿Tienes planes para esta noche?

—Tengo que revisar unos papeles.

—Eso no es diversión. ¿Por qué no hacemos algo tú y yo, juntos? ¿Qué prefieres, ver la televisión en la pizzería o bajar al lago?

Serena arqueó las cejas.

—¿Cómo?

—Yo prefiero lo segundo, naturalmente —añadió él—. Salvo eso de que Meadows nos mande a casa.

La idea de que Sam y ella ligaran en un coche, como un par de adolescentes con las hormonas revueltas, debería haberle parecido ridícula. Pero, en lugar de eso, encendió dentro de ella un calor que se reflejó en el rubor de sus mejillas.

—No digas tonterías.

—Seguramente podríamos hacer algo más interesante que revisar papeles, o ver la televisión en mi caso.

Aunque sabía que se estaba burlando de ella, Serena se sintió de pronto arrastrada por un extraño impulso.

—En realidad, sí. Te espero en mi coche a las siete. Y ven con apetito.

Él le sonrió con expresión inquisitiva.

—Eso suena interesante.

—No llegues tarde —añadió alegremente, aunque una parte de ella se preguntaba qué demonios estaba haciendo.

—Sí, señora.

Sam se estaba riendo cuando se separaron.

Serena, en cambio, se preguntaba si había perdido la razón.

A las siete, como habían acordado, Sam esperaba junto al coche

de Serena. Su limitado guardarropa no le permitía muchas opciones, pero llevaba unos téjanos limpios y una camisa vaquera. Daba por sentado que no irían a ningún lugar elegante, pues Serena sabía exactamente lo que había en su armario.

Ella apareció vestida con unos vaqueros y una fina blusa roja de estilo campesino. Era evidente que tenían por delante una velada sencilla. Aunque estaba intrigado, a Sam le daba igual lo que hubiera planeado. La idea de pasar la noche con ella era suficientemente seductora por sí sola.

En realidad, no pretendía más que pasar un par de horas en su compañía. Por muy atractiva que fuera, aquella mujer seguía estando fuera de su alcance.

—¿Adónde vamos? —le preguntó, más por distraerse que porque le importara.

—He decidido darte una sorpresa —dijo ella mientras abría la puerta del coche.

Él le dirigió una sonrisa maliciosa al deslizarse en el asiento del pasajero.

—Eso suena prometedor.

Ella suspiró y se abrochó el cinturón de seguridad.

—¿Vas a pasarte toda la noche lanzando insinuaciones?

Él se echó a reír.

—Eso resultaría muy pesado, ¿verdad?

—Más bien sí.

—Entonces, intentaré hacer solo una insinuación de vez en cuando.

—Te lo agradecería —dijo ella, y puso el coche en marcha.

Divertido por el tono irónico de Serena, él se colocó el cinturón de seguridad y se recostó en el asiento, dispuesto a dejarse llevar.

Serena atravesó el centro y pasó por debajo del viaducto hasta llegar a una parte del pueblo que Sam no conocía. Las casas no eran tan bonitas como las del barrio de Serena, y los jardines eran pequeños y ralos. Dejaron atrás un desguace y un almacén de

oportunidades. Después, Serena se metió en un aparcamiento lleno de camionetas, vehículos deportivos y coches antiguos. Sobre la puerta del edificio había un cartel que decía Gaylord's.

Sam ladeó la cabeza y observó el lugar.

— ¿Un bar de carretera?

Serena se encogió de hombros.

— Bar de carretera, taberna, garito... Llámalo como quieras. Pero la comida es buena.

— Nunca habría imaginado que pudiera gustarte un sitio como este.

— Muchas veces vengo aquí a buscar a Marvin, el redactor jefe del periódico. Si el sermón que le eché el otro día surte efecto, creo que tendré que buscarme otra excusa para seguir viniendo.

— Parece que esta noche yo soy tu excusa.

— Sí. Vamos.

Sam abrió la puerta del coche.

— Esa es la oferta más tentadora que me hacen desde hace muchos días.

El interior de Gaylord's era tal y como Sam había imaginado. Luces suaves, mesas unidas y atestadas de gente, una larga barra sobre la que los bebedores solitarios se inclinaban y entrechocaban las copas, música country y una decoración que parecía salida de una película de vaqueros.

Había estado en lugares como aquel otras veces, pensó Sam de repente... En muchos. Se sentía extrañamente a gusto allí, como no se sentía en el pulcro restaurante, ni en las calles del centro de Edstown.

— Eh, Serena, Marvin no ha venido por aquí esta noche.

Serena asintió, mirando al hombre corpulento que la había llamado desde detrás de la barra.

— No estoy buscando a Marvin, Chuck. He traído a un amigo para que pruebe tu comida.

La cara colorada de Chuck se iluminó con una amplia sonrisa.

—Os apetece cenar, ¿verdad? Buscad sitio y enseguida os mando a alguien.

—Estaremos en la zona de no fumadores.

Chuck se echó a reír.

—Allí os encontraremos.

Serena, seguida por Sam, cruzó el largo salón lleno de humo y se detuvo frente a una mesa apartada en un rincón.

—¿Esta es la zona de no fumadores? —preguntó Sam mientras apartaba la silla para que Serena se sentara.

—Esta mesa y la de al lado. He intentado convencer a Chuck para que la amplíe, pero se resiste a cualquier cambio.

El olor del tabaco y la cerveza los envolvía, agitando los recuerdos de Sam. Uno de los artículos que había leído en la biblioteca decía que el sentido del olfato era un poderoso estímulo para despertar la memoria. Y también lo era el sentido del gusto, descubrió Sam cuando tomó un sorbo de la cerveza que una camarera puso delante de él.

Había pedido cerveza porque Serena le había dicho que era lo que solían beber los parroquianos del Gaylord's, si bien ella pidió agua. El sabor de la cerveza no le despertó recuerdos concretos, sino un revoltijo de emociones confusas y desagradables. Aquel sabor le resultaba demasiado familiar y, por alguna razón, deprimente. Tuvo una vaga imagen de sí mismo sentado, solo, en una habitación en penumbra, bebiendo una lata de cerveza y mirando la televisión.

Dejó la jarra tan bruscamente que el líquido osciló peligrosamente sobre el borde. Sam intentó atrapar los detalles de aquel triste recuerdo. Cualquier detalle. Sintió que se estaba acercando..., pero en ese momento Serena dijo algo que lo devolvió súbitamente al presente.

—Sam, ¿le pasa algo a tu cerveza?

Él se concentró en su cara. Serena parecía preocupada. Se preguntó cuánto tiempo llevaba mirando fijamente la jarra de

cerveza.

—No, está bien. Pero creo que no me gusta mucho la cerveza — dijo, apartando la jarra.

—A mí tampoco. Pero pensaba que a casi todos los hombres les gustaba.

—Eso te pasa por pensar tanto —bromeó él, arrumbando al fondo de su mente el vago recuerdo. Tal vez volviera a recuperarlo más tarde—. Entonces, ¿me recomiendas el mojo?

—Sí. Los bocadillos de cangrejo y de carne también están ricos.

—¿Por qué no pides por mí, ya que conoces tan bien la carta?

Mientras Serena le decía lo que querían a un muchacho cuyo rostro guardaba un fuerte parecido con el del hombre de la barra, Sam miró a los demás clientes. Todos ellos vestían de manera informal, con vaqueros, pantalones cortos y camisetas. La mayoría eran hombres cubiertos con gorras de béisbol que no se habían molestado en quitarse al entrar. También había unas cuantas mujeres. Sam observó varios brazos tatuados, pero, en general, la clientela parecía tranquila. Tal vez porque todavía era pronto y el verdadero bullicio no había empezado aún, pensó justo cuando entraba un ruidoso grupo formado por tres mujeres y dos hombres.

Un hombre al que Sam conocía por ser un cliente habitual del restaurante, se acercó a la mesa y le dio una palmada en el hombro.

—Eh, Sam, ¿qué pasa? ¿Serena te está enseñando los sitios de juerga de Edstown?

—Hola, Bill. Sam me preguntó qué podía hacerse aquí un sábado por la noche —respondió Serena con una sonrisa—. Así que se lo estoy enseñando.

—Pues esto es todo lo que hay —le dijo Bill a Sam con una sonrisa—. A no ser que quieras irte con los chicos a la pizzería, a ver la televisión.

—También me han dicho que en el lago hay acción los sábados por la noche.

Bill se rió y volvió a darle una palmada en el hombro.

—Sí, es cierto. Yo llevaba allí a mis novias cuando iba al instituto. No sabes cuántas veces llamó el viejo jefe Ferrell a los cristales empañados de mi coche para obligarnos a marcharnos.

—Esa es una tradición de Edstown que Sam se perderá. Al menos, por esta noche —dijo Serena con tono remilgado.

Bill se rió y le dio otra palmada a Sam.

—No se puede culpar a uno por intentarlo, ¿verdad, chico? Sobre todo, con una chica tan guapa como Serena.

Antes de que Sam pudiera responder, ella dijo con tono áspero:

—Creo que tu mujer se está aburriendo, Bill. Será mejor que vuelvas con ella... antes de que metas más la pata.

Bill asintió alegremente.

—He captado el mensaje, Serena. Quieres que desaparezca y que os deje cenar. Te veré en el restaurante, Sam. Mantén el café caliente para mí.

—Lo haré —contestó Sam, frotándose el hombro. El hombre se alejó tambaleándose y se detuvo a charlar en otra mesa—. Un tipo agradable, aunque podía no dar tan fuerte.

Serena le sonrió.

—¿Más magulladuras?

—Probablemente. Pero al menos la intención era amistosa, en este caso.

La sonrisa de Serena se desvaneció.

—¿Crees que los tipos que te golpearon aparecerán algún día? Sintiendo culpable, él desvió la mirada.

—No lo creo.

—Dijiste que viajabas en su vehículo. Seguramente sabrás sus nombres, o algo que pueda llevar a la policía hasta ellos.

—Yo no viajaba con ellos. Simplemente acepté que me llevaran. No sé nada de esos tipos —estaba realmente cansado de mentir.

Sobre todo, de mentirle a Serena. Pero aquel no era el momento,

ni el lugar, para contarle la verdad.

Se sintió aliviado cuando el camarero interrumpió la conversación y puso frente a ellos un par de cuencos de mojo. El sabroso y denso guiso tenía marisco y verduras, servidos sobre un lecho de arroz cocido.

—Vaya, qué bueno —musitó Sam.

Serena observaba atentamente su reacción.

—¿No está demasiado picante?

Sam sonrió.

—¿Picante? Señorita, he probado chiles al lado de los cuales esto parecería un... helado —arrastró las últimas palabras.

Se dio cuenta de lo fácil que le había resultado recordar el chile. Casi podía olerlo... Pero no podía recordar dónde lo había comido, ni con quién.

—Los texanos siempre fanfarroneando con su chile.

Texano. Serena parecía convencida de que ese era su origen. Tal vez tuviera razón. Desde luego, no iba a discutir con ella. Pasó los siguientes minutos concentrado en su plato, escuchando la música e intentando capturar aquel evasivo destello de su memoria. Pero no lo consiguió.

El joven camarero recogió sus cuencos vacíos y los sustituyó por un plato de cangrejos de río en salsa para Sam y otro de gambas al ajillo para Serena. La comida era picante, pero también deliciosa. Se tomaron su tiempo para saborearla.

A medida que la noche avanzaba, el bar se iba llenando de clientes que se apiñaban en la barra, a la espera de una mesa. El alcohol fluía libremente, y tanto la música como la multitud parecían sonar cada vez más alto. Las risas se hicieron frecuentes, desde la ronca carcajada a la temblorosa risita. Aunque se sentía cómodo allí, Sam seguía pensando que Serena estaba fuera de su ambiente: ella parecía del tipo de gente que iría a un salón de té o a un restaurante francés.

Era casi imposible mantener una conversación en un tono normal. Sam y Serena hicieron un par de intentos, pero casi todo el tiempo estuvieron concentrados en la cena. Casi habían acabado cuando Chuck se acercó a su mesa. Su voz retumbante se impuso fácilmente sobre el bullicio.

—¿Qué tal la comida?

Sam dejó el tenedor sobre el plato vacío.

—Excelente. He disfrutado de cada bocado.

—¿No estaba demasiado picante?

—Lo justo —le aseguró Sam.

Chuck sonrió con aprobación y le dio una palmada en el hombro.

—Me gusta tu amigo, Serena. Vuelve a traerlo, ¿quieres?

—La próxima vez, traeré la armadura —musitó Sam frotándose el hombro cuando Chuck se alejó hacia otra mesa.

—Lo siento —Serena se inclinó hacia él—. No te oigo.

—No importa. ¿Quieres algo de postre?

—No, estoy llena.

—Yo también —le hizo una seña al camarero para que les llevara la cuenta.

—Esta noche invito yo —dijo Serena.

—No, nada de eso —Sam esperaba que su tono firme dejara claro que no quería discutir sobre el asunto.

Pero debería haber sabido que no sería así.

—Yo soy quien te ha traído aquí —dijo ella—. Y yo pagaré la cuenta.

Sam ya había aceptado suficiente caridad. Era hora de afirmar su independencia. Le habían pagado después de su turno aquel día; podía pagar aquella cena y dedicar el resto de su sueldo a pagar sus deudas.

—Pagaré yo.

Esa vez, su determinación pareció impresionar a Serena.

—Al menos, deja que yo pague lo mío —dijo ella.

Él esbozó una sonrisa paciente y dijo en tono tranquilo:

—Serena, yo no pierdo los nervios con frecuencia. Ni siquiera me acuerdo de la última vez que lo hice. Pero me estás sacando de quicio. Esta noche me gustaría invitarte a cenar.

Ella cedió con un gruñido.

—Maldito ego masculino.

—Exactamente.

—Pero no creas que pagar la cena te da a derecho a un paseíto por el lago.

Él se echó a reír.

—Como dijo Bill, no puedes reprocharme que lo intente.

Sam pagó al camarero, sintiéndose extrañamente satisfecho de sí mismo. Dejó una propina sobre la mesa y acompañó a Serena fuera del restaurante, esquivando a clientes borrachos y parándose un par de veces para saludar a conocidos, la mayoría de ellos de Serena, aunque también algunos que conocían a Sam del restaurante. Cuando por fin salieron al exterior, les costó un momento acostumbrarse a la relativa quietud del aparcamiento. Mientras se dirigían al coche, Sam le preguntó:

—Así que ¿esto es lo que sueles hacer los sábados por la noche?

—No —contestó ella de mala gana, abriendo la puerta del coche—. Hacía meses que no me tomaba una noche libre para dar una vuelta y no hacer nada productivo. Normalmente estoy en reuniones, bien con clientes, bien con empleados del periódico. O intentando ponerme al día de los detalles del negocio mientras trato de ocuparme de mi trabajo como abogada, o viceversa. O contestando un correo electrónico o mensajes telefónicos, o investigando, o escribiendo informes, o ideando la manera de hacer más rentable el periódico...

—Me hago una idea —él se deslizó en el asiento del pasajero y se abrochó el cinturón de seguridad—. Ya sabes lo que dicen sobre trabajar y no divertirse.

Ella puso en marcha el motor y respondió:

—Sí, que al final te pasa factura.

Aquella no era la voz de una mujer enteramente feliz con su vida, pensó Sam, observando su perfil mientras ella sacaba el coche del aparcamiento. Serena trabajaba, se encargaba de todo con eficiencia, pero en su vida había un vacío que no había sido capaz de llenar. Esa sensación le era tan familiar a Sam como el olor de la cerveza y el tabaco. E igualmente evasiva. La reconocía, pero no sabía por qué. Si seguía así, se volvería loco... Si es que no lo estaba ya.

Capítulo 8

DE CAMINO a casa, Serena tuvo que echarse al arcén para dejar paso a un camión de bomberos. Sam y ella miraron el vehículo pasar a toda velocidad, con las luces y las sirenas encendidas.

—Espero que no sea nada serio —murmuró ella.

—Sirenas... Un sonido que no se oye muy a menudo por aquí —comentó Sam.

—A mí no me oirás quejarme por eso.

—¿No añoras la vida ajetreada de una gran ciudad?

—Eso se lo dejo a mi hermana. Mi vida está aquí.

—Tu madre está preocupada por ti, ¿sabes?

Ella le lanzó una mirada, preguntándose qué le habría dicho la charlatana de su madre.

—¿En qué sentido?

—Teme que te estés metiendo en un atolladero. Demasiado trabajo y poca diversión. Dice que por aquí hay muy poca gente soltera de tu edad, y la preocupa tu vida social.

—Lo que más la preocupa es no tener nietos —respondió Serena secamente—. De su grupo de dominó, ella es la única que no es abuela, como le gusta recordarme cada domingo por la mañana.

Sam se echó a reír.

—¿Y no piensas quitarle esa preocupación? —bromeó él.

—Para eso hacen falta dos —respondió ella, encogiéndose de hombros—. Todavía no he encontrado a nadie con quien quiera mezclar mis genes. Y además, no sé si sería una buena madre. Ya tengo suficientes problemas con el perro de Kara.

Él volvió a reírse.

—Te infravaloras.

Serena no quería seguir hablando de ese tema, y mucho menos

con Sam.

—¿Sabes?, a lo mejor me apetece un postre. ¿Qué te parece un helado?

—Un helado... —repitió él en tono indiferente, como si nunca hubiera oído aquella expresión—. Me parece estupendo.

Ella giró hacia la izquierda y se dirigió a la heladería de Patty.

—¿Cuál es tu sabor preferido?

—Es... ¡Uh!, hace tanto tiempo que no me como un helado que no lo recuerdo. ¿Cuál es el tuyo?

—Cereza. A veces pido uva. Mamá siempre pide naranja. Kara solía probar uno diferente cada vez, sabores exóticos como sangre de tigre, brisa del océano o pastel de bodas.

—¿A tu hermana siempre le ha gustado la aventura?

Serena arrugó la nariz.

—Ojalá su gusto por la aventura se hubiera limitado a los helados.

—No creo que realmente desees que se hubiera quedado aquí, siendo infeliz, solo porque se sentía obligada a encargarse del periódico para complacer a tu madre y a ti.

Serena sintió que se ponía a la defensiva otra vez, como siempre hacía cuando hablaban de Kara. Ojalá pudiera hacerle entender a Sam que, si estaba enfadada con su hermana, era porque estaba sinceramente preocupada. Kara estaba destinada, al menos en su opinión, a acabar con el corazón roto, sin un centavo y desilusionada... Lo había visto demasiadas veces en su trabajo como abogada: mujeres despojadas de su confianza, de su dignidad, de sus ahorros, todo ello por haber confiado en el hombre equivocado. Por lo que a ella concernía, Kara sencillamente no conocía a Pierce lo bastante como para saber que no la estaba utilizando.

Además, pensó con una punzada de tristeza mientras aparcaba frente a la heladería, echaba mucho de menos a su hermana.

—Hoy tomaré cereza —dijo—. ¿Tú que vas a tomar?

Sam observó el rótulo luminoso en el que aparecía la lista de sabores.

— ¿Chicle? —aventuró.

Ella se encogió de hombros.

— Me da la impresión de que ese sabor es tan dulce como para provocarle un coma a cualquier que tenga más de doce años.

— Creo que tomaré el de uva.

— Bien, una elección segura.

— Así soy yo —dijo él con una sonrisa—. Un tipo soso y cabal.

Era una suerte que no estuviera comiendo nada en ese momento, pensó Serena. Si no, se habría atragantado.

Había varias mesas de picnic dispuestas para los clientes, sombreadas con parasoles multicolores por el día y decoradas con sartas de luces de colores por la noche. Tras el mostrador metálico, una chica adolescente tomó los pedidos a través de una ventanilla y luego derramó cuidadosamente el helado espumoso en cucuruchos de papel en forma de cono; vertió sobre él el sirope de los sabores que habían pedido. Se llevaron los helados a la única mesa vacía. Las demás estaban ocupadas por familias con niños pequeños.

— En fin, vaya contraste con nuestra primera parada de esta noche —comentó Sam, mirando su helado de uva como si no estuviera seguro de por dónde empezar a comérselo.

— Eh, tú querías conocer el ambiente nocturno de Edstown.

Sam probó un poco de helado.

— No está mal. Demasiado dulce, quizá.

— Extremadamente dulce —dijo Serena, quitándose con la lengua un poco de sirope de cereza que se le había quedado en el labio inferior—. ¿Nunca habías probado un helado de estos?

— Claro. Bueno, creo que debo de haberlos probado, ¿no?

Ella lo observó un momento.

— Algunas veces dices unas cosas muy raras.

— ¿Tú crees?

—Y luego haces eso.

Imitando al niño de la mesa de al lado, él chupó el sirope que había quedado en el borde del cucurucho.

—¿Qué es lo que hago?

—Evitar mis preguntas con otra pregunta o con un comentario ingenioso.

—¿De veras?

Ella suspiro y dio un mordisco al helado.

—¡Serena, hola! —Lindsey Gray, enarbolando un cucurucho de color verde, se sentó en el banco junto a Serena y saludó con la cabeza a su acompañante—. Señor Wallace.

—Señorita Gray —respondió él, muy serio—, es un placer verla otra vez.

—Resulta un poco ridículo comportarse de esa forma tan estirada cuando se tiene un cucurucho de helado en la mano —dijo Serena, entornando los ojos—. Tutearos, ¿de acuerdo? Sam, esta es Lindsey.

Sam esbozó una sonrisa.

—Me parece que la señorita Gray todavía está enfadada conmigo por rechazar una entrevista.

—Yo no estoy enfadada, Sam —contestó ella—. Aún quiero hacerte la entrevista, pero no te guardo rencor.

—Me alegro de oírlo.

Serena miró a su empleada.

—¿Qué tal van las cosas por el periódico?

—Bueno...

—No importa —adivinando la respuesta, Serena sacudió la cabeza—. Creo que no quiero saberlo.

—Realmente vas a tener que hacer algo con Marvin, ¿sabes? El periódico no podrá seguir así mucho tiempo.

—Sí, tendré que hacer algo muy pronto. Riley y tú intentad aguantar, ¿vale?

—Yo lo intento. Y también Riley, a su modo. Pero realmente

necesitamos un redactor en el que podamos confiar.

—Volveré a hablar con Marvin.

—Eso no servirá de nada. Afróntalo, Serena, las cosas no van a mejorar. Marvin necesita tratamiento, no sermones.

Serena tiró los restos derretidos de su helado en una papelería cercana, se limpió las manos con una servilleta de papel y después se frotó las sienes.

—Lo sé. Pero no puedo forzarlo a pedir ayuda.

—Y eres demasiado blanda para despedirlo porque no quieres que acabe en un asilo o algo así —Lindsey le lanzó a Sam una mirada llena de ironía—. ¿Puedes creerlo? Una abogada compasiva. Apuesto a que no sabías que existía semejante criatura, ¿hmm?

—Con eso podrías hacer un titular —dijo Sam.

—No es noticia. Todo el mundo sabe que Serena no es tan dura como aparenta.

Incómoda por la dirección que estaba tomando la conversación, Serena cambió de tema.

—Un camión de bomberos nos adelantó cuando veníamos para acá. Parecía que iba a una emergencia.

—Sí, lo sé. Riley ha llamado para decirme que iba a ir él. La vieja vaquería de la calle Locust se ha incendiado.

—Ese edificio lleva abandonado varios años. Qué alivio. Pensaba que estaba ardiendo alguna casa.

—Mañana podrás leerlo todo en el Evening Star. Aparecerá en primera plana, justo encima de una foto de la ganadora del campeonato de dominó de esta noche —le dijo secamente Lindsey a Sam—. Como ves, por aquí no hay grandes noticias que cubrir. Por eso estoy tan interesada en un forastero al que dieron una paliza y abandonaron medio muerta en una cuneta.

—Lindsey —incluso procediendo de la irreverente reportera, a Serena aquel comentario le pareció demasiado crudo.

Sam pareció encontrarlo más divertido que ofensivo.

—Lamento haber arruinado tu oportunidad de conseguir un gran titular.

Lindsey se encogió de hombros.

—No es que tenga mucha competencia. Hago todos los titulares que quiero.

—¿Y por qué no buscas tus historias en un mercado más grande, en algún sitio donde las partidas de dominó no sean noticia de primera página?

Serena miró a Sam.

—Por favor, no intentes privarme de mi única reportera fiable. Convince a Lindsey para que se vaya y cerraré el periódico ahora mismo.

—Sabes que no voy a ir a ninguna parte —contestó Lindsey. Mirando a Sam, añadió—: Antes trabajaba en Little Rock, pero me mudé aquí hace un par de años. Mi padre está enfermo y mi hermano es militar, así que no viene por casa muy a menudo. Me quedaré mientras mi padre me necesite.

Por muy diferentes que fueran Lindsey y Serena en muchos sentidos, ambas habían antepuesto sus obligaciones familiares a sus propios deseos. Serena se preguntó si Sam lo había notado... y, considerando su defensa de Kara, qué le parecería. Aunque, naturalmente, a ella no le importaba lo que él pensara.

Lindsey se acabó su helado y tiró el cucurucho vacío a la papelera.

—Creo que me pasaré por la vaquería a ver si ocurre algo interesante. Hasta luego, chicos.

—Todavía no te has pasado por el restaurante para que te invite a un café —le recordó Sam cuando la joven se levantó.

Ella esbozó una sonrisa.

—Puede que lo haga pronto.

Serena se dio cuenta de que había puesto mala cara e inmediatamente relajó su expresión. No era asunto suyo que Sam quisiera flirtear con Lindsey, o viceversa. Solo le parecía mal porque

apenas conocían a aquel hombre. Sam era un vagabundo, según su propia confesión, aunque fuera también innegablemente guapo y encantador. Serena odiaría ver que su reportera estrella lo dejaba todo por un hombre sin futuro. Con su padre enfermo y el periódico yéndose a pique, Lindsey podía ser vulnerable. Sobre todo, si Serena tenía razón respecto a su amor no correspondido por Dan. No quería que Lindsey resultara herida. Esa era la única razón por la que la preocupaba que Sam flirteara con ella, se dijo a sí misma.

Estaba cabizbaja cuando aparcó en el garaje poco rato después. Su madre aún no había llegado a casa. Solo eran las diez y la partida de dominó a menudo se prolongaba hasta las once. Serena solía burlarse de su madre por aquella vida social tan excitante.

Después de esa noche, Sam probablemente pensaría que ella era una de las mujeres menores de sesenta años más aburridas que había conocido nunca.

—Me lo he pasado muy bien esta noche— dijo él.

—Estoy segura de que has pasado noches más divertidas.

—No últimamente —él abrió la puerta del coche.

Serena podía haber entrado directamente a su casa desde el garaje, pero en lugar de eso se encontró siguiendo a Sam por el sendero que, pasando junto al balancín y la rosaleta, llevaba hasta la casa de invitados.

—Mamá y yo solemos ir a la iglesia los domingos por la mañana. No sé si te interesa, pero serás bienvenido si quieres acompañarnos.

—Tu madre ya me ha invitado. Pero que creo que paso.

A ella no la sorprendió.

—Claro. Bueno, entonces, ya nos veremos por ahí.

—Por supuesto. Gracias por acompañarme esta noche. Ha sido muy agradable.

—Para mí también —admitió ella. Por alguna razón, no quería que la velada acabara.

Una polilla salió de entre las sombras y se enredó en el pelo de

Serena. Sam estiró una mano y la liberó suavemente, dejando que volara hacia la luz más cercana. Aquel gesto los acercó un poco más, y él no se apartó inmediatamente. Acarició el pelo de Serena.

—Me gusta tu pelo. Es suave y natural.

Estaba flirteando con ella. Y Serena no podía dejarse llevar, por las mismas razones que había argumentado pensando en Lindsey: no podía confiar en aquel hombre. Pero era muy agradable estar a la luz de la luna con él, sintiendo el olor de las rosas en el aire nocturno y sus dedos acariciándole las mejillas. Incluso una mujer sensata y práctica como ella era capaz de percibir el romanticismo de la situación.

Si aquello había sido una auténtica cita, un beso de buenas noches sería lo apropiado. Un suave beso en los labios o uno más profundo... Ninguno de los dos estaría fuera de lugar. En caso de que aquello hubiera sido una auténtica cita.

Serena se dio cuenta de que Sam le estaba mirando la boca, como si pensara lo mismo que ella. La idea de que él podía estar pensando en besarla hizo que los labios le temblaran como si ya la hubiera besado. Había una cierta fascinación en besar a un desconocido, un tentador elemento de riesgo por saber tan poco de él, por no tener la certeza de que fuera de fiar.

Serena sintió que se inclinaba hacia él y que Sam se movía hacia ella.

Ella puso una mano sobre su pecho para apartarlo. Kara era la aventurera de la familia, no ella. El único capricho que Serena se permitía era un helado de cereza de vez en cuando.

—Esto no es buena idea.

—No —musitó él—. Probablemente, no —pero no se apartó..., ni tampoco lo hizo Serena.

—Solo hemos compartido una cena y un helado.

—Sí. Solo una cena amistosa —los labios de Sam se curvaron en una media sonrisa que los hizo aún más apetitosos.

Sam percibió el deseo en los ojos de Serena y se inclinó hacia ella. Y esa vez, ella no lo apartó.

No fue un beso largo, pero sí poderoso. Serena vislumbró lo que podía suceder entre ellos si no tenía cuidado. Le temblaban las manos cuando él la soltó, y no consiguió contestar cuando Sam musitó:

— Buenas noches, Serena.

Sin decir una palabra, ella dio media vuelta y corrió hacia la casa. Ya no le importaba que Sam se riera de su retirada. Necesitaba alejarse de él.

Mientras se encerraba en casa, pensó que, después de todo, podría resolver un poco de papeleo aquella noche. No creía que pudiera conciliar el sueño, de todas formas.

Sam estaba de pie en el dormitorio en penumbra de la casa de invitados, mirando la luz que brillaba en una de las ventanas del piso superior de la casa principal. La habitación de Serena, pensó. Era más de media noche y todavía estaba despierta. Su madre había vuelto a casa una hora antes, y, al no ver otra luz, Sam pensó que ya se habría acostado. Pero Serena todavía estaba despierta. ¿Trabajando? ¿O, como él, recordando el rato que habían pasado juntos, el beso que habían compartido en la rosaleta?

Serena había hecho bien en huir. A Sam le gustaba pensar que habría podido detenerse si ella no lo hubiera hecho, pero no tenía garantías en ese sentido. A fin de cuentas, se había pasado toda la noche deseando besarla. Y ella también había pensado en besarlo. Él lo había visto en sus ojos.

¿Pero qué habría pasado después?

El domingo por la tarde llamaron a la puerta y, al abrirla, Sam se encontró al jefe de policía.

— ¿Qué he hecho?

Dan sonrió secamente.

— ¿Respuesta automática o mala conciencia?

—Lo primero. Creo que, por el momento, no he quebrantado ninguna ley.

—Entonces, supongo que no hay razón para que te arreste. ¿Qué tal si nos vamos a pescar?

—¿A pescar? —Sam arqueó las cejas—. Estás de broma, ¿no?

—No. Tengo la tarde libre y me apetece ir a pescar. Pensé que tal vez te gustaría acompañarme.

—¿Por qué yo?

Dan sonrió.

—Porque toda la gente a la que se lo he pedido estaba ocupada.

Sam se echó a reír y asintió.

—Ahora lo entiendo.

—Bueno, ¿quieres venir?

—Claro. Pero no tengo equipo de pesca.

—No te preocupes. ¿Tienes una gorra?

—Ni siquiera eso.

—Yo llevo una de sobra en la camioneta. Vamos.

Media hora después, Sam se encontraba en una barca de pesca junto al jefe de policía, con una gorra prestada en la cabeza y, guardada en el bolsillo de la camisa, una licencia de pesca comprada en una tienda de cebos. Ya había pescado antes, pensó mientras lanzaba la caña hacia una poza de aspecto prometedor. Ir en un bote con otro hombre, escuchando el sonido del agua que lamía los flancos de la barca, aspirando el suave olor a cieno del agua del lago y el humo ligero de los gases del motor fuera de borda... Casi podía ver al hombre que solía sentarse al otro lado de la barca: pelo castaño, piel bronceada, alguien a quien conocía bien. Como a un hermano.

¿Era su hermano?, ¿un amigo de toda la vida?, ¿o solo una invención de su errática imaginación?

—Has lanzado muy bien el sedal —observó Dan—. ¿Vas a pescar a menudo?

—Solo de vez en cuando. ¿Y tú?

—Siempre que puedo.

—Apuesto a que estás muy ocupado con tu trabajo. Estás siempre disponible, ¿verdad?

—Casi siempre —Dan miró con fastidio el busca que llevaba sujeto al cinturón—. Sí, el trabajo me ocupa mucho tiempo, aunque por aquí no hay muchos crímenes. Hace cuatro años que no se comete un asesinato, y aquello fue un caso de malos tratos fuera del casco urbano. Pero los sábados por la noche suele haber peleas y robos. Por desgracia, los tiempos en que podían dejarse las puertas abiertas ya han pasado, incluso en los pueblecitos como este.

—¿Has arrestado a alguien por los robos de la semana pasada?

—No —gruñó Dan—. Estoy seguro de que esos tres o cuatro robos son obra de la misma gente, pero no he encontrado ninguna pista. Todavía. Pero lo haré.

—¿Qué hay del niño que conocí el otro día, el que tenía un golpe en la cara?

—Zach Hinson —Dan frunció el ceño—. Fui a verlo esa misma tarde. Su madre me juró que se había caído del patinete. Su novio me contó la misma historia.

—¿Y el chico?

Dan se encogió de hombros y recogió sedal.

—No la negó.

—¿Tú los crees?

Dan lo miró a los ojos.

—No.

Sam suspiró.

—Pero no puedes hacer nada sin pruebas.

—Absolutamente nada.

Sam recordó los inquietantes asomos de recuerdos que había experimentado mientras hablaba con Zach. Tenía la sensación de identificarse con aquel chico asustado y probablemente maltratado. Lo asombraba que los escasos recuerdos que había recuperado

fueran tan esquemáticos e inconexos. Una bofetada siendo niño. Una cena en un restaurante elegante. Beber cerveza en un bar lleno de humo. Pescar con un amigo. Aquellas vagas imágenes eran tan poco reales para él como las que veía en la televisión o en las películas. ¿Eran solo eso? ¿Cómo podía notar la diferencia entre imaginación y realidad, sin ningún punto de referencia para distinguir las?

Dan pareció creer que el silencio de Sam implicaba una crítica.

—No le estoy volviendo la espalda al chico, Sam. Voy a vigilarlo. En cuanto tenga una sola prueba de que su madre o su padrastro lo maltratan, actuaré inmediatamente.

—Estoy seguro de que lo harás. Pero me pone enfermo pensar que alguien pueda pegar a un niño.

—Sí, desde luego. Pero sin pruebas no puedo hacer nada. Tal vez sirva de algo que haya ido a hablar con ellos. Creo que les dejé claro que pensaba vigilarlos.

—A veces eso basta —dijo Sam—. Al menos, debería bastar... —se interrumpió al notar un ligero tirón en el sedal. Lo tensó rápidamente y masculló una maldición—. Lo he perdido.

Dan apartó la mirada de su sedal y abrió la pequeña nevera que había llevado consigo.

—¿Tienes sed?

La idea de beber cerveza todavía le producía una desagradable punzada en el estómago.

—¿Qué tienes?

—Coca-cola y mosto.

Aliviado, Sam aceptó un mosto. Su dulce sabor le recordó el helado que se había comido con Serena la noche anterior. Justo entonces, Dan pescó una perca de buen tamaño, lo que los mantuvo entretenidos unos minutos. Después, volvieron a quedar en silencio mientras esperaban que los peces picaran.

Sam fue el primero en romper el silencio.

—Creo que ayer tuviste jaleo. ¿Un incendio en la calle Locust?

—Sí. Ardió una antigua vaquería. El fuego amenazó con incendiar dos casas cercanas, pero los bomberos consiguieron controlarlo a tiempo. ¿Cómo lo sabes?

—Serena y yo nos encontramos a Lindsey. Ella nos lo contó. Cuando se fue, dijo que iba para allá.

Como Sam había notado antes, Dan se azoró visiblemente al oír el nombre de la reportera.

—Sí, apareció por allí. Estuvo estorbando, haciendo preguntas a todo el mundo. Quería saber qué hacíamos y por qué. El jefe de bomberos estuvo a punto de estranglarla con la manguera.

—Pensaba que era el otro reportero el que cubría la noticia.

—Sí, Riley también estaba allí, observando tranquilamente y sin entrometerse, como debería haber hecho Lindsey.

—Lindsey parece muy... entregada a su trabajo.

—Es como una astilla en el dedo —respondió Dan bruscamente—. Su hermano era mi mejor amigo cuando íbamos a la escuela, y Lindsey siempre ha sido una buena chica, pero cuando se mete en el papel de reportera, es como un perro con un hueso fresco.

—¿Piensas en ella como en una niña? —Sam se imaginó a la atractiva pelirroja, recordando sus suaves curvas y sus ojos inteligentes.

Quizá fuera joven, pero no era una niña.

—Es la costumbre —admitió Dan—. Como te decía, era la hermana pequeña de mi mejor amigo. Es bastante más joven que yo. Supongo que a veces todavía pienso en ella como en una cría.

Sam pensó que Lindsey no cejaría en su empeño. Parecía decidida a que la tomaran en serio.

—El jefe de bomberos cree que el incendio fue provocado —comentó Dan, mirando el agua.

—¿Provocado?

—Sí. Los indicios son muy claros.

—¿Para cobrar un seguro?

—No. El edificio llevaba años abandonado y el propietario había dejado de pagar el seguro.

—Tal vez fuera un accidente. Quizás alguien encendió una fogata que se le fue de las manos.

—Quizás. Pero parece que fue provocado.

—Espero que no... ¡Eh! —notó otro tirón en el sedal y alzó la caña para afianzar el anzuelo.

El sedal se tensó cuando el pez se alejó del bote a toda velocidad.

—Parece que has pescado uno grande.

—Es un luchador, eso seguro.

Dan se preparó para observar el combate, pero enseguida lo distrajo un tirón en su propio sedal. Dejaron de hablar durante un rato. El resto de la tarde pasó rápidamente. Sam se alegró de que todo el mundo hubiera estado ocupado cuando al jefe de policía le habían dado ganas de pescar. Aquello era mucho mejor que estar encerrado en la pequeña casa de invitados pensando en Serena.

El viernes siguiente, Sam estaba trabajando en el jardín cuando Serena llegó a casa. Acababa de cortar la hierba y estaba pasando una lijadora mecánica por la cerca. Todavía hacía mucho calor, a pesar de que el sol empezaba a hundirse en el horizonte. La camiseta, empapada en sudor, se le pegaba a la piel. Unos días antes se había quitado el vendaje de la muñeca, y sus brazos tenían un aspecto fuerte y musculoso. Bajo la gorra que protegía su cara del sol de la tarde, el pelo le colgaba, húmedo, alrededor de la cara. Tenía un tiznajo en la mejilla.

Serena sintió que se le quedaba la garganta seca.

Al ver que ella lo estaba mirando, apagó la ruidosa máquina. Ella sintió la necesidad de llenar el repentino silencio.

—Hola.

Sam se pasó el dorso de la mano por la frente.

—Hola. ¿Qué tal el día?

—Largo. El jardín tiene un aspecto excelente. Has trabajado duro.

Él se encogió de hombros.

—Marjorie me dijo que no estaba satisfecha con el jardinero que contrató la última vez, así que le dije que yo me ocuparía hasta que encontrara a otro.

—No tienes por qué hacerlo, ¿sabes?

—Ya hemos tenido esta conversación antes —se echó la lijadora al hombro—. Guardaré esto en el garaje.

Como era evidente que no tenía sentido intentar convencerlo de que no hacía falta que pagara sus deudas inmediatamente, Serena cambió de tema y lo siguió al garaje. No habían tenido muchas ocasiones de hablar durante los días anteriores. Ella había estado muy ocupada con su trabajo o, al menos, eso era lo que se había dicho mientras intentaba evitar a Sam.

—Esa es la gorra que te regaló Dan cuando fuisteis a pescar el domingo, ¿no?

—Sí. Insistió en que me la quedara.

—La verdad es que me sorprendió mucho que te invitara a pescar.

—A mí también —Sam colocó la lijadora en su funda.

—Creo que empiezas a caerle bien.

—Bueno, yo no diría tanto.

—¿No crees que Dan y tú podríais haceros amigos?

—Desde luego, no me gustaría tener al jefe de policía por enemigo.

Estaba siendo incluso menos comunicativo de lo habitual. Tal vez estaba cansado, o quizá quería asegurarse de que el beso del sábado por la noche no volvería a repetirse. Aquello era muy sensato por su parte, desde luego. Para él tenía que ser tan evidente como para ella que sería un error mantener una relación, aunque fuera pasajera. Podían ser amigos, naturalmente..., pero nada más.

—Creo que será mejor que entre —dijo ella, dando un paso hacia atrás—. Tengo cosas que...

Sus palabras acabaron en un gemido cuando resbaló sobre un

tornillo tirado en el suelo de cemento y se torció el tobillo. Hubiera podido recuperar el equilibrio si no hubiera llevado una falda tan ajustada. Creyó que iba a caerse..., pero Sam la sujetó justo a tiempo.

—¿Estás bien? —preguntó él, agarrándola por los antebrazos.

—Sí... —ella hizo una mueca; se sentía increíblemente estúpida—.

Qué torpe soy.

—Ese clavo debió de caérseme antes —dijo él, disculpándose—.

Ha sido un descuido por mi parte. Podrías haberte hecho daño.

—No te preocupes. Debería haber mirado por dónde pisaba.

—¿Puedes apoyar el tobillo?

Los dos miraron hacia abajo mientras ella lo intentaba. El tobillo le dolía un poco, pero podía apoyarlo sin problemas.

—Estoy bien, de veras. Casi me caigo de mis propios zapatos.

Él esbozó una sonrisa.

—Las mujeres y sus tacones altos.

—Estos no son tan altos —protestó ella, mirando hacia abajo otra vez—. Solo un par de centímetros.

Cuando volvió a mirar hacia arriba, le pareció que Sam estaba muy cerca de ella.

—Un par de centímetros para que tengas la altura adecuada —musitó él.

—¿Adecuada para qué? —preguntó ingenuamente. La sonrisa de Sam era una respuesta en sí misma—. Ah, bueno —ella tragó saliva, intentando en vano hallar una respuesta más inteligente—. Creo que deberíamos...

—¿Sí? —sus ojos azules brillaron.

Serena siempre había creído que el azul era un color frío, pero en ese momento, comprendió que podía ser muy cálido.

—Eh... —¿qué era lo que iba a decir?—. No deberíamos...

—No —murmuró él—. No deberíamos. Pero me va a costar un gran esfuerzo.

—A mí también —admitió ella.

Él seguía sujetándola por los brazos, aunque Serena ya había recuperado el equilibrio. Ella le puso las manos sobre el pecho y sintió el calor de su piel a través de la camiseta húmeda. Solo tenían que moverse unos centímetros y sus bocas quedarían unidas. Se quedaron allí, inmóviles, durante unos segundos interminables, pero ninguno se apartó.

Serena sabía que debía retroceder y sabía que Sam la soltaría inmediatamente si lo hacía. Pero tenía tan pocas ganas de dar ese paso atrás como miedo tenía de moverse hacia él.

Kara era la aventurera de la familia, se dijo, al igual que había hecho cuando se habían besado la primera vez. Kara era la que había salido en pos del hombre al que quería. Kara era la que...

—Al diablo con eso —musitó, poniéndose de puntillas para besar a Sam.

Parecía que Kara no era la única Schaffer que, de vez en cuando, sentía deseos de arriesgarse.

Capítulo 9

BESAR a Serena era tal y como Sam lo recordaba... o incluso mejor. Mientras saboreaba su boca cálida, húmeda y suave, recordó vagamente otros besos. Ni nombres, ni caras, solo nebulosas impresiones. No sabía si otros besos le habían acelerado el pulso, o si le habían hecho sentir un escalofrío en la espalda, o que le temblaran las manos. Así había sido la primera vez que la había besado, aunque aquel beso había durado apenas un instante. O aún no se había recuperado del todo de sus heridas..., o entre ellos existía una poderosa atracción.

Serena lo había sorprendido al tomar la iniciativa y continuó sorprendiéndolo con su respuesta. Sus labios se abrieron para permitir que él saboreara su boca. Su sabor lo intoxicaba. Era peligroso. Un poco más, y Sam olvidaría todas las buenas razones por las que no debían besarse.

El beso parecía haber minado igualmente el buen juicio de Serena. Esta deslizó las manos hasta el cuello de Sam y se apretó contra él. La impresión de su contacto hizo que Sam recuperara de repente el sentido común.

Estaba sudoroso, sucio y despeinado después de todo un día de trabajo. Serena tenía el aspecto de una joven y exitosa abogada, con su traje chaqueta y sus relucientes zapatos negros, el pelo recogido hacia atrás y dos pequeños brillantes en las orejas. Cualquiera que los viera se daría cuenta a primera vista de que eran una pareja desigual.

Sam alzó la cabeza. Serena tenía los ojos entrecerrados, las mejillas sonrojadas y los labios húmedos y colorados. Le costó un gran esfuerzo de voluntad soltarla y retroceder.

—No deberíamos hacer esto —dijo, como si su conversación no se

hubiera interrumpido.

Serena recuperó el equilibrio. Parpadeó un par de veces, tomó aire, temblorosa, estiró los hombros y alzó la barbilla.

—Tienes razón —dijo, con voz firme—. No deberíamos hacerlo.

—Así es —Sam se alegraba de que ella estuviera de acuerdo...

O, al menos, debía alegrarse. Ya tenía suficientes problemas. Una vez que recuperara la memoria... bueno, quién sabía. Tal vez entonces las cosas serían diferentes. O tal vez ella lo odiaría por haberle mentado.

—Necesito una ducha —dijo él, dándose la vuelta. «Una ducha fría», añadió para sí.

—Entonces, nos veremos luego.

—Sí, claro. Luego —él se dirigió a la salida del garaje con paso decidido.

No pudo evitar mirar hacia atrás al salir. Sin darse cuenta de que la estaba mirando, Serena se apoyó contra la pared, abanicándose con una mano. Sam sintió una punzada de placer al comprobar que el beso la había dejado tan temblorosa como a él.

El miércoles cuatro de julio, el Café del Arco Iris estaba cerrado. Casi todas las oficinas del centro habían cerrado por la fiesta del Día de la Independencia, de modo que el restaurante apenas habría hecho negocio, de todas formas. Marjorie le dijo a Sam que los cuatro de julio siempre se celebraba una gran fiesta en el campo de fútbol del instituto.

—Es estupendo. Hay barbacoa y muchos entretenimientos. Y por la noche hay fuegos artificiales.

Lo invitó a asistir a la celebración con Serena y con ella. Él aceptó, a falta de una excusa para declinar la invitación.

A las siete, cargados con sus sillas plegables, atravesaron las puertas del estadio de fútbol junto con una muchedumbre. O Edstown estaba más poblado de lo que Sam creía o la gente de toda la región acudía a la fiesta del Día de la Independencia.

El aire llevó hasta ellos el olor a carne asada de las grandes barbacoas situadas al fondo del campo de fútbol. Ya empezaban a formarse colas para las hamburguesas, los perritos calientes, la ensalada de patata y el cerdo frío con judías que proporcionaban algunos comerciantes locales. En otra mesa había grandes rodajas de sandía para el postre y cubos de hielo con latas frías.

—¿Todo esto es gratis? —le preguntó Sam a Serena, alzando la voz sobre el sonido de un cuarteto de gospel que cantaba en un escenario móvil en el centro del parque.

Serena asintió. Tenía un aspecto fresco y limpio con sus pantalones cortos y su camiseta, a pesar de que todavía hacía un calor sofocante.

—Sí. Esta es la fiesta más importante del pueblo. Casi todos los comerciantes locales contribuyen, y luego nosotros publicamos sus nombres en el Evening Star para darles las gracias. Es una buena forma de hacer publicidad y, al mismo tiempo, de prestar un servicio a la comunidad.

Marjorie, tan bien conjuntada como siempre con una túnica de punto de colores vivos y unos pantalones anchos a juego, estaba observando a la multitud. Su mirada se posó en un entoldado levantado no muy lejos de la comida y del escenario. A Sam le pareció que bajo el toldo había un montón de señoras con el pelo plateado y unos cuantos hombres igualmente maduros.

—Que os lo paséis bien —dijo Marjorie alegremente, dirigiéndose hacia el toldo—. Luego nos vemos.

—¿Nos dejas? —preguntó Sam, alzando una ceja.

—Supongo que no querréis cargar toda la tarde con un vejestorio como yo. Seguro que encontraréis gente joven como vosotros. Vamos, chicos, divertíos. Serena, preséntales a Sam a tus amigos.

Serena entornó los ojos.

—Sí, madre.

Antes de que Sam pudiera decir nada, Marjorie se marchó.

—Me hace esto todo los años —dijo Serena con un suspiro—. Me deja plantada en cuanto llegamos aquí. Dice que no quiere estorbarme, pero la verdad es que le gusta pasarse la tarde cotilleando con sus amigas. Hablan y se ríen de todo el mundo. Son peores que una pandilla de adolescentes.

—¿Y no comen? No parece que tengan mucha prisa por ponerse a la cola.

—No hace falta que se pongan a la cola. Se quedan ahí sentadas, en sus tumbonas, a la sombra del toldo, y algunos adolescentes muy bien educados, animados por sus madres, les llevan la comida para que las ancianitas no tengan que hacer cola con este calor.

Sam se echó a reír.

—Como si Marjorie Schaffer no fuera perfectamente capaz de sostener un plato de comida.

—Igual que casi todas sus amigas. Pero se aprovechan de su edad. Les encanta que las traten con tanta deferencia.

Sam miró las colas y preguntó:

—¿Y cuántos años tiene uno que tener para disfrutar de ese privilegio?

—Muchos más de los que tenemos nosotros —replicó Serena con una sonrisa—. Dejemos las sillas en alguna parte y pongámonos a la cola.

Serena se había mostrado un poco distante con él cuando habían salido de casa, un rato antes. Sam no sabía si se debía a que estaban en público o a la forma deliberadamente amistosa en que él la trataba. Pero, al fin, parecía que empezaba a relajarse... y Sam se sintió aliviado. Ambos habían tenido mucho tiempo para pensar en los besos que habían compartido. Sam estaba seguro de que Serena había llegado a la misma conclusión que él: aquello había sido un error. Él no deseaba que nada enturbiara la cómoda amistad que había empezado a formarse entre ellos.

Necesitaba a los pocos amigos que había hecho en Edstown. Al

menos, hasta que recordara si tenía otros en algún lugar.

Mientras hacían cola, Sam observó distraídamente a la multitud. Reconoció a varias personas a las que había visto en el restaurante, y a la bibliotecaria a la que había conocido mientras buscaba artículos sobre la amnesia y navegaba por Internet en busca de algún indicio sobre su identidad. Sam la saludó con la mano y ella le respondió de la misma forma. Dan Meadows y un par de oficiales se paseaban entre la muchedumbre, vigilando.

Serena y él casi habían llegado a las mesas cuando Sam vio a un hombre solo que paseaba por el otro extremo del campo de fútbol. Algo en él le pareció extraño. Tal vez su forma de vestir: chinos negros, camisa de algodón perfectamente planchada, mocasines negros y ostentosas gafas de sol. Parecía fuera de lugar entre aquella multitud desarreglada y reunida al calor del verano. Mientras todo el mundo se apiñaba, aquel hombre caminaba solo. Parecía no conocer a nadie.

Debía de ser uno de aquellos forasteros que acudían a la fiesta, pensó Sam. Quizá con la esperanza de conocer a alguna mujer. Si así era, no parecía que fuera a tener éxito. Con su aspecto relamido, difícilmente podría trabar amistades casuales.

Sam perdió el interés por el hombre y se volvió para saludar a un cliente habitual del restaurante, y luego para tomar el plato que le ofrecía uno de los camareros.

Se acercaron a las sillas que habían llevado consigo y pronto se encontraron rodeados por los amigos de Serena. Casi todos eran parejas casadas, algunos con niños pequeños. Solo había unos pocos solteros, entre ellos Lindsey Gray. Serena le presentó a todo el mundo con aire desenfadado, dejando claro que Sam y ella solo eran conocidos. Sam se dio cuenta de que sus amigos los miraban con curiosidad, como si se preguntaran qué había realmente entre ellos.

Sam podía haberles dicho que solo se habían dado un par de besos. Besos espectaculares, ciertamente..., pero solo eso. Tal vez

hubiera pensado en volver a besarla... De acuerdo, lo había pensado... Pero tenía suficiente fuerza de voluntad como para resistirse. Al menos, eso esperaba.

El cuarteto de gospel fue sustituido en el escenario por un grupo de niñas que bailaban claqué vestidas con trajes azules, rojos y plateados. Una de las bailarinas era la hija de una de las parejas sentadas junto a ellos, y todos se volvieron para mirarla. A Sam, la representación le pareció divertida y encantadora.

—Son espantosas, ¿verdad? —comentó un hombre flaco, con el pelo grasiento y extraños ojos grises, que se acercó a ellos.

—Nuestra hija baila en ese grupo —dijo la madre, indignada, acercándose a su marido.

El recién llegado respondió con una sonrisa desvergonzada.

—Y son todas preciosas y encantadoras. Pero no saben bailar.

—Solo tienen cuatro o cinco años —insistió la madre—. Mejorarán con la práctica.

—Esa de la derecha es tu niña, ¿no, Claudia? —preguntó el hombre, mirando hacia el escenario.

Claudia sonrió.

—Sí, esa es nuestra Stephanie.

—Ha heredado de su padre su absoluta falta de ritmo. Lo siento, Joe, pero bailando eres un desastre. Te he visto en Gaylord's.

Joe se rió de mala gana.

—Tienes razón, Riley, no sé bailar. Confiaba en que las lecciones de baile ayudarían a Stephanie a superar sus limitaciones hereditarias.

—Eso es muy improbable —anunció Riley, sentándose en la hierba no lejos de la silla de Sam—. Stephanie tiene la hermosa cara de su madre y la inveterada torpeza de su padre.

Claudia no sabía si sentirse halagada por el cumplido o insultada por las repetidas andanadas contra el talento de su hija.

Riley volvió su atención hacia otro lado.

—Usted debe de ser el hombre del que me ha hablado Lindsey. Sam, ¿no?

—Sí. Y usted es Riley, el reportero.

—Bingo —Riley lo observó fijamente—. ¿Cómo es que no ha respondido a las preguntas de Lindsey? ¿Trata de ocultar algo?

—¿Y tú tratas de molestar a todo el mundo? —le preguntó Serena, irritada.

Él se echó a reír.

—Solo quería animar un poco la tarde.

El grupo de danza acabó su número y Sam se unió a los demás en un aplauso entusiasta.

—¿Te gustan los niños, Sam? —le preguntó Lindsey, con una gran rodaja de sandía en las manos.

Él se encogió de hombros.

—Claro.

—¿No tienes hijos?

Sam esperaba sinceramente que no hubiera ningún niño en algún lugar llorando por su papá. Ya se sentía bastante mal al pensar que tal vez hubiera algunos adultos preocupados por él. Pero se dijo que estaba recobrando lentamente la memoria. Solo había recordado algunos detalles inconexos, pero estaba seguro de que pronto lo recordaría todo.

Solo quedaban un par de días para que se cumpliera el plazo de tres semanas que se había impuesto. Si para entonces no había recuperado la memoria, se lo diría a alguien. Tal vez, se dijo.

—Sam, te he preguntado si tienes hijos insistió Lindsey.

—Ah... Eh, no. No tengo hijos.

A Lindsey le encantaría saber la verdad sobre él. Sam ya podía imaginarse los titulares que escribiría: Un desconocido se aprovecha de la generosidad de nuestros vecinos.

No, no podía dejar que Lindsey se enterara. Aún no. Y, si tenía suerte, tal vez nunca.

Decidió ponerle fin a la conversación. Recogió su plato de papel, su servilleta, los cubiertos de plástico y la lata de bebida vacía, y luego se inclinó para recoger también los de Serena.

—Voy a tirar todo esto. Hay unos contenedores al otro lado del escenario.

—Yo puedo llevar lo mío —dijo ella automáticamente.

—No hace falta. Yo voy a ir, de todas formas.

Ella cedió porque le pareció absurdo seguir discutiendo.

Sam acababa de tirar el último plato de papel en el cubo de basura cuando vio al hombre en el que había reparado antes. Estaba de pie, de espaldas a él, y parecía escudriñar la multitud reunida al otro lado del campo de fútbol. Aunque el sol empezaba a ocultarse, todavía llevaba puestas las gafas de sol. Al parecer, seguía completamente solo.

—Parece que a ese tipo le cuesta relacionarse —masculló para sí.

Aunque el desconocido estaba demasiado lejos para oírlo, al instante se giró y miró a Sam. Tal vez hubiera tenido la sensación de estar siendo observado. Miró directamente a Sam... y se quedó inmóvil. Sam notó que se ponía rígido y pensó que, tras las gafas de sol, sus ojos tendrían una expresión de asombro. ¿Quién demonios era aquel tipo?

—Perdona, Sam, ¿me dejas?

Joe, el amigo de Serena, marido de Claudia y padre de Stephanie, estaba tras él, con las manos llenas de platos y servilletas usados.

—Perdona, Joe. Oye, ¿conoces a ese tipo de ahí? —Sam se giró para indicárselo, pero no lo encontró. Había desaparecido entre la multitud—. No importa, ya se ha ido.

—Dímelo si vuelves a verlo. Yo llevo toda la vida en Edstown. Conozco a casi todo el mundo.

Pero Sam tenía la desagradable sensación de que Joe no conocería a aquel hombre.

¿Quién era? ¿Y por qué lo había mirado como si lo sorprendiera

encontrarlo allí? Sam no recordaba haberlo visto desde que estaba en Edstown. Al recordar cómo lo había encontrado Serena, pensó que tal vez fuera alguien a quien no deseaba recordar. Tal vez aquel tipo se había sorprendido al verlo porque no esperaba encontrarlo vivo.

O tal vez Sam se estaba dejando arrastrar por su imaginación. Sacudió la cabeza y volvió para unirse a los demás.

Serena y sus amigos se pasaron la hora siguiente riendo y charlando. Alguien sacó un juego de Trivial de bolsillo y se pasaron un rato leyendo preguntas y dando respuestas. Riley resultó ser un auténtico as del Trivial. Los demás lo llamaban «la fuente de oscuros conocimientos».

A Sam le resultaba frustrante recordar la respuesta a muchas de aquellas insignificantes preguntas y, en cambio, no poder recordar nada concreto sobre su propio pasado.

Aunque el grupo intentaba que se integrara, él se contentó casi todo el tiempo con mirar y escuchar, pues no compartía su historia común, ni sus bromas particulares. Tenía la sensación de haber vivido aquello antes. Le resultaba agradablemente familiar la sensación de estar sentado con un grupo de amigos. Cerró los ojos un momento y casi consiguió escuchar sus voces. Hombres y mujeres intercambiando chistes, acabando las frases de los demás... ¿Gente a la que conocía? ¿A la que había imaginado o visto en televisión? ¿Quiénes eran?

—Sam, ¿estás bien?

Abrió los ojos y vio a Serena inclinada hacia su silla. Era casi de noche y los focos del estadio se habían encendido. Serena parecía preocupada.

—Sí, estoy bien —dijo él—. Solo estaba disfrutando de la noche.

—Tenías el ceño fruncido, como si intentaras recordar algo de vital importancia.

Él no supo qué contestar.

—¿De veras?

Debería haber recordado que a Serena la molestaba que respondiera a sus comentarios con preguntas evasivas. Ella suspiró.

—¿Quieres comer algo?

Él sacudió la cabeza.

—Ya he comido demasiado. Los fuegos artificiales empezarán pronto, ¿verdad?

—Dentro de cinco o diez minutos, creo. Apagarán las luces justo antes de que empiecen.

Diez minutos después, los focos se apagaron, dejando el estadio en sombras, salvo por las luces de seguridad que lucían en uno de sus extremos. Empezó a sonar música patriótica a través de unos altavoces cascados, y la multitud pareció estremecerse de expectación. A su alrededor había un denso olor al repelente contra insectos que la gente había estado pulverizando desde la puesta de sol. Todavía olía a sandía, a brasas y a sudor rancio. Olía a cuatro de julio, pensó Sam, y luego se preguntó cómo lo sabía.

Los fuegos empezaron con una estruendosa erupción de luz y color. La gente gritó, extasiada. Sam recordaba los fuegos artificiales. Le gustaban. Pero, más que aquellas explosiones de intrincado dibujo, le gustaba contemplar la cara de Serena. Los fuegos se reflejaban en sus grandes ojos e iluminaban su fina piel. La primera vez que la había visto, había pensado que era muy guapa. Al conocerla mejor, se había dado cuenta de que era realmente bella.

Los fuegos artificiales acabaron con una traca final mientras sonaba el himno nacional. La gente aplaudió puesta en pie y después empezó a recoger sus pertenencias y a dirigirse hacia las salidas. Marjorie se reunió con ellos. Parecía haberse divertido muchísimo.

—¿Os lo habéis pasado bien, chicos?

—Sí —dijo Sam—. ¿Y usted?

—Oh, yo me lo he pasado en grande. Serena, ¿sabes que la nieta de Virginia, Melinda, va a divorciarse?

Serena se dirigió a la salida más cercana.

—Puedes contarme los últimos cotilleos de camino a casa, si quieres.

Caminaban por el aparcamiento en sombras cuando una voz familiar llamó la atención de Sam.

—Lo siento —decía el chico—. No quería hacerlo... Ha sido un accidente.

—Serás bastardo... Has derramado el mosto encima de mi tumbona. La mancha no se quitará nunca. Deberías haberte sentado en el suelo, pero, claro, tu madre dijo que tenías que sentarte en una silla, como los demás. Y mira lo que has hecho.

—Ha sido un accidente, Delbert —insistió el chico, asustado—. Alguien ha empujado el respaldo de la silla y se me ha derramado el zumo.

Sam reconoció la voz de Zach, el niño pelirrojo al que había visto junto al escaparate de la pastelería. Se giró justo a tiempo de ver cómo un hombre de barriga prominente y pelo ralo recogido en una desgredada coleta le daba al niño un empujón que estuvo a punto de tirar a este al suelo.

—¿Cuántas veces te he dicho que tengas cuidado con mis cosas? —bramó el hombre—. Vas a pagarme esta silla, ¿me oyes? Aunque sea a golpes.

Junto a ellos había una mujer, con el pelo teñido de rubio y la ropa muy ajustada, que se restregaba nerviosamente las manos.

—Ha dicho que ha sido un accidente, Delbert.

—Cállate. No es tu silla la que ha manchado. Ya te dije que este inútil no necesitaba silla, pero dejé que me convencieras y mira lo que ha pasado.

—Pero...

El hombre le tiró a la mujer la silla plegada y tapizada de tela verde. Ella consiguió agarrarla antes de que la golpeará.

—Ponía en la parte de atrás de la camioneta y métete dentro —le ordenó—. Yo me encargaré de tu chico, ya que tú no lo haces.

—¿Podemos irnos a casa? —preguntó Zach lastimosamente, viendo que Sam los estaba mirando—. Todo el mundo nos está mirando. Limpiaré la silla cuando llegemos, de verdad.

—Me importa un bledo que nos estén mirando —gruñó Delbert, amagando con pegar al chico—. Tú no mandas aquí, maldito...

Sam asió su mano en el aire.

—Será mejor que no lo haga —dijo fríamente.

Estaba tan furioso que no se paró a pensar que no sería oponente para aquel hombre, que le sacaba varios centímetros de altura y quizá cincuenta kilos de peso.

No estaba dispuesto a quedarse mirando mientras aquel tipejo pegaba a un niño indefenso, aunque por ello acabara otra vez en el hospital.

Capítulo 10

DELBERT, que no había oído acercarse a Sam, se giró bruscamente.

—¿Quién demonios eres tú? —preguntó. Aunque las bebidas alcohólicas estaban prohibidas en la fiesta, el aliento de aquel hombre hacía evidente que había encontrado una manera de saltarse la prohibición.

—Me llamo Sam. Y creo que será mejor que te calmes antes de hacer algo de lo que te arrepientas.

—Tú eres quien va arrepentirse si no te largas —Delbert se giró y dio a Zach un empujón que estuvo a punto de derribarlo—. Métete en la maldita camioneta.

Sam apretó los dientes. Lanzó una dura mirada a la rubia oxigenada.

—¿Qué clase de madre deja que peguen a su hijo?

Ella se sonrojó y miró a Delbert con temor.

—Será mejor que nos vayamos, ¿vale? No queremos problemas.

—Sí. Acabaremos esto en casa —la amenaza de Delbert hizo que el niño y la mujer se estremecieran.

Sam se colocó entre Delbert y la destartada camioneta.

—Ponle la mano encima al niño esta noche, o cualquier otro día, y me aseguraré que nunca vuelvas a acercarte a él.

Sabía que era una imprudencia interferir en un asunto doméstico que, legalmente, no le incumbía, pero no soportaba la idea de que nadie se preocupara por el bienestar del chico. Alguien tenía que cuidar de Zach... y parecía que no iba a ser su madre quien lo hiciera.

Delbert dio otro paso adelante, hasta que su tripa quedó a pocos centímetros del cinturón de Sam.

—No sé quién eres —dijo en voz baja—, pero te estás buscando

un enemigo que no te conviene.

—Lo mismo digo —respondió Sam suavemente.

—¿Qué pasa aquí? —Dan Meadows surgió de entre las sombras.

Serena y Marjorie estaban tras él. Sam supuso que eran ellas quienes lo habían avisado.

Delbert miró a Dan con desprecio.

—¿Es amigo suyo, jefe? —pronunció la palabra «jefe» con tono de sorna.

—Sí, lo conozco. ¿Cuál es el problema?

—Tiene que enseñar a su amigo a no molestar a la gente que no conoce. Estábamos tan tranquilos cuando este tipo se metió con nosotros.

Dan miró al pequeño Zach, y Sam supuso que el jefe imaginaba qué había causado la discusión.

—Oh, dudo que Sam se haya metido con vosotros. Seguramente quería presentarse. Es nuevo en la ciudad, ¿verdad, Sam?

Este asintió.

Delbert señaló a Sam con el dedo.

—Aléjate de mí y de los míos —masculló.

—Esta es una ciudad pequeña —respondió Sam tranquilamente—. Seguro que volveremos a vernos.

Delbert lanzó a Dan una mirada furiosa y pasó al lado de Sam.

—Rita, Zach, entrad en la camioneta.

—Durante las próximas semanas voy a estar por vuestro barrio —dijo Dan—. Seguramente me pasaré alguna vez a decirle hola a mi amigo Zach.

En otras palabras, estaría pendiente de cualquier golpe o señal de abuso que presentara el chico. Pero a Sam no lo satisfizo aquella amenaza velada.

—¿Eso es todo lo que va a hacer? —le preguntó a Dan cuando la camioneta de Delbert se alejó.

—Es lo único que puedo hacer —le recordó Dan—. No lo has visto

pegar al chico, ¿no?

—Lo empujó. Dos veces. Estuvo a punto de tirarlo al suelo. Iba a pegarle cuando yo lo detuve.

Dan miró a Serena y a Marjorie.

—¿Vosotras habéis visto a Delbert empujar al chico?

Serena sacudió la cabeza.

—Yo estaba abriendo la puerta del coche. No me di cuenta de que Sam no estaba detrás de mí hasta que oí la voz de Delbert. Entonces vi lo que ocurría y corrí a buscarte.

—Yo tampoco lo he visto —admitió Marjorie, pero luego su cara se iluminó—. Pero diré que sí, si eso le sirve de ayuda a Zach.

Dan dio un respingo.

—Eh, no, no podemos hacer eso —se volvió otra vez hacia Sam—. Mira, sé que estás preocupado por el chico. Yo también lo estoy. Volveré a hablar con Rita, aunque Dios sabe que le tiene tanto miedo a Delbert que no hará nada que pueda molestarlo.

—Entonces, ¿por qué vive con él? No están casados, ¿no?

—No. Por eso los casos como este son tan frustrantes. Algunas mujeres tienen más miedo de quedarse solas que de ser maltratadas. O temen cortar la relación por miedo a las represalias. Ese es el momento más peligroso de una relación de malos tratos: cuando la víctima intenta romper.

—Pero...

Dan levantó una mano.

—Hablaré con el departamento de Servicios Sociales, les preguntaré si pueden pasarse por la casa otra vez, ¿de acuerdo? Ya han intervenido antes, aunque no hicieron gran cosa. Tienen demasiado trabajo y poca gente, y deben dedicarse a los casos más críticos. Pero mandarán a alguien para que hable con Delbert, Rita y Zach. Yo me pasaré por allí a menudo durante las próximas semanas. Por ahora, eso es lo único que puedo hacer. Y tú también —añadió en tono de advertencia—. A menos que quieras acabar otra vez en el

hospital.

Sam frunció el ceño.

—En otras palabras, hasta que el chico no tenga unos cuantos huesos rotos, una conmoción o unos cuantos puntos, Delbert estará a salvo.

—Haré todo lo que pueda por evitar que lleguemos a ese extremo. Pero, mientras tanto, tú mantente apartado de esto, ¿me oyes? Solo empeorarás las cosas si vuelves a enfrentarte a Delbert.

Sam no dijo nada. Sabía que Dan hacía lo que podía, pero era terriblemente frustrante saber que ocurría algo y no poder hacer nada.

Serena y Sam se quedaron en el garaje después de que Marjorie entrara en la casa. El trayecto había sido un poco tenso. Marjorie había intentado llenar el silencio contándoles los chismorreos más jugosos. Pero ni Sam ni Serena habían hecho ningún comentario.

Después de que su madre se disculpara con la excusa de que estaba cansada, Serena se volvió hacia Sam.

—Dime una cosa, ¿quieres que vuelvan a darte una paliza?

—Claro que no.

—Delbert Farley es el hombre más mezquino, repugnante y agresivo de esta ciudad. Ha estado en la cárcel varias veces. Dos de mis clientes han interpuesto denuncias contra él y..

—Delbert Farley maltrata a ese niño —la interrumpió Sam, cruzando los brazos sobre el pecho—. El pobre crío está aterrorizado y es evidente que tiene razones para estarlo.

—Estoy segura de que tus intenciones son buenas, ¿pero es que no entiendes que es peligroso inmiscuirse en asuntos domésticos? Podrías haber resultado herido. ¿Y si te hubiera golpeado en las costillas? ¿O si te hubieras caído y te hubiera golpeado en la cabeza?

—¿Qué querías que hiciera, Serena? —le preguntó él—. ¿Quedarme mirando mientras pegaba al chico?

—No, claro que no. Podías haber hecho lo que nosotras: buscar a

Dan y dejar que fuera él quien manejara la situación.

—Para cuando hubiera conseguido encontrar a Dan, Farley ya habría pegado al chico y se habría largado.

—Ocuparse de esa clase de cosas es asunto de Dan.

—Es asunto de cualquiera —dijo Sam—. Cuando los padres no protegen a sus hijos, alguien tiene que intervenir. Si nadie lo hace, los niños están solos, completamente indefensos, abandonados. No confían en nadie porque no saben en quién pueden confiar.

Serena se quedó asombrada por la amargura de sus palabras. ¿Estaba describiendo su propia infancia? ¿Por eso le costaba tanto hablar de su pasado? ¿Era esa la razón de que no tuviera familia a la que recurrir?

—Sam...

Él apretó la mandíbula.

—Es que me puse furioso cuando vi a este tipo empujando a Zach.

Serena pensó de repente que lo estaba criticando por hacer algo valiente y bienintencionado. Aunque sus hematomas todavía no se habían borrado del todo y la cicatriz de los puntos seguía fresca sobre su frente, Sam se había arriesgado para proteger a un niño al que ni siquiera conocía.

—Lo siento —dijo ella, levantando ambas manos en señal de disculpa—. Has hecho lo correcto, claro que sí. Pero me dio miedo que Delbert te hiciera daño.

Él pareció relajarse un poco. Descruzó los brazos y alargó una mano para tocarle la cara.

—¿Estabas preocupada por mí?

Cuando Serena se había girado y había visto a Sam frente a Delbert Farley, casi se le había parado el corazón. Todo el mundo sabía que era mejor evitar a Delbert, sobre todo cuando estaba bebido. Era ruin e impredecible, rápido con los puños e indiferente con las consecuencias.

—Puedo cuidar de mí mismo, ¿sabes? —dijo Sam.

—No lo dudo —contestó ella, aunque todavía recordaba el aspecto que tenía cuando lo encontró en la cuneta—. Pero todavía no estás totalmente recuperado, aunque finjas que ya no te duele nada.

Sam estaba muy cerca de ella y seguía acariciando su mejilla. Serena lo miró a los ojos y casi olvidó lo que la preocupaba. Era extraño que empezara a pensar en el garaje como en un sitio romántico.

Sam parecía saber lo que estaba pensando. Miró a su alrededor y después volvió a mirarla a ella con una ligera sonrisa.

—Será mejor que dejemos de vernos aquí.

Su respuesta rompió el hechizo en el que Serena había estado a punto de caer.

—Tienes razón.

—Salvo por el incidente con Farley, me he divertido mucho en la fiesta. Gracias por presentarme a tus amigos.

—Me alegro de que te lo hayas pasado bien. Y siempre hay sitio para un amigo más.

—Sí. Bueno... —le acarició la mejilla—. Buenas noches, amiga.

Ella procuró mantener la sonrisa.

—Buenas noches, Sam.

Él apartó la mano, pero se quedó mirando su boca. Ninguno de los dos dio un paso. De repente, los dos dejaron de sonreír.

—Serena —dijo él con voz ronca.

—¿Qué? —musitó ella.

—Será mejor que te vayas. Ahora.

—Lo sé —pero no se movió.

Sam le puso las manos sobre los hombros y le hizo girarse hacia la salida.

—Vete.

Ella no pudo resistirse a mirarlo por encima del hombro. Sus ojos se encontraron... y Sam suspiró.

—En fin —murmuró—, yo lo he intentado.

Un momento después, Serena estaba en sus brazos. Los fuegos de artificio que habían contemplado en la fiesta del Día de la Independencia no eran nada en comparación con los que explotaron en su interior cuando Sam la apretó contra su cuerpo duro y fibroso y le acarició la boca con la lengua.

Serena había intentado convencerse de que su hermana era la aventurera de la familia. Pero, cada vez que Sam la besaba, ella reaccionaba con un entusiasmo que desmentía aquella convicción.

Nunca había reaccionado así con otros hombres. Siempre se habíapreciado de ser práctica y racional, incluso en el amor. Ella no se dejaba guiar por el instinto, ni por las hormonas. Sin embargo, allí estaba, besando a un hombre que apelaba directamente a sus instintos y a sus hormonas. Un hombre contra el que su lado racional seguía advirtiéndola.

Sam la había agarrado de las nalgas y la apretaba contra su pelvis. ¿Recordó entonces Serena que aquello era una imprudencia? No, sino que se entregó aún más a su abrazo. Y cuando Sam la aplastó contra la pared mientras seguía devorando su boca, ¿lo apartó y le dijo que no quería seguir adelante? No, sino que se apretó más fuerte contra su cuerpo.

Fue Sam quien interrumpió el beso, jadeando. Pero no la soltó inmediatamente, sino que apoyó su frente contra la de Serena mientras intentaba recuperar el aliento.

—Hay algo en ti —dijo él al cabo de un momento— que me hace olvidar la promesa que me hice a mí mismo. Algo que destruye completamente mi voluntad.

—Créeme —musitó ella después de humedecerse los labios—, conozco esa sensación.

—Tengo que contarte algo —dijo él, alzando la cabeza—. Pronto. Pero no aquí —añadió él, mirando a su alrededor—. Ni esta noche. Es tarde y seguramente estarás cansada.

Aquel no era el momento para hablar de algo importante. Ella apenas podía pronunciar palabra, y mucho menos pensar con claridad suficiente para concentrarse en una conversación. Pero tenía curiosidad.

—¿Qué tienes que contarme?

Él pareció a punto de responder, pero luego se detuvo y sacudió la cabeza.

—En otro momento.

Ella observó su cara. Sam volvía a tener aquella mirada perdida. En él había una tristeza que Serena no alcanzaba a entender y que no sabía cómo aliviar.

Recordó algo que LuWanda, la enfermera del hospital, le había dicho: «¿Te has fijado en su mirada? Algo trágico le ha ocurrido, tal vez la muerte de alguien a quien quería, o algo así de terrible. Está huyendo de una desgracia, o de recuerdos trágicos. Me apuesto el sueldo de una semana».

Quizás era de esa tragedia de lo que quería hablarle Sam. Pero no esa noche.

Al darse cuenta de que todavía estaba en sus brazos, Serena se apartó suavemente de él.

—Habla mañana —dijo.

Mientras tanto, ella intentaría reconstruir sus precarias defensas.

Sam se metió las manos en los bolsillos y no intentó detenerla cuando ella se dio la vuelta y se dirigió a la salida.

Al día siguiente, en el restaurante, todo el mundo comentaba que habían robado en la pastelería. Todo había ocurrido entre la media noche y las tres de la mañana, según oyó Sam.

—¡Adónde vamos a ir a parar! —le dijo Justine—. Cada vez que me doy la vuelta, me entero de que ha habido otro delito. A ti puedo decírtelo, la gente empieza a preguntarse qué hace Dan Meadows para ganarse el sueldo. He oído que el alcalde ha tenido una larga charla con él esta mañana.

A Sam le disgustaba pensar que su historia se contaba entre la lista de crímenes sin resolver del afable jefe de policía. Serena no era la única a la que le debía una disculpa.

—Estoy seguro de que el jefe Meadows resolverá pronto esos casos. Parece que se toma sus responsabilidades muy en serio.

—Eh, a mí Dan me cae bien... Igual que a todo el mundo —dijo Justine—. Solo queremos que mantenga los pies en el suelo.

Aquella tarde, Dan entró en el restaurante justo cuando Marjorie colgaba el cartel de «Cerrado» en la ventana.

—Eh, Dan —lo saludó Sam—, ¿quieres una taza de té, o un café?

—Un té frío, por favor. Fuera hace un calor de mil demonios — Dan miró a Marjorie—. ¿Te importa si Sam y yo charlamos unos minutos? No tardaremos mucho.

—Adelante —contestó Marjorie con una sonrisa—. Sam ya ha acabado por hoy. ¿Te apetece un trozo de tarta para acompañar el té?

—No, gracias —Dan hizo una mueca mientras se palmeaba el estómago—. Últimamente me aprietan un poco los pantalones. Creo que es hora de prescindir de los dulces, o acabaré con una barriga como la de mi padre.

—Tu padre no está gordo... Solo robusto —dijo Marjorie amablemente.

Dan se echó a reír.

—Bueno, entonces me gustaría ser un poco menos robusto que mi padre. Sam —añadió cuando este apareció con dos vasos de té—, vamos a tomarnos el té ahí atrás, ¿quieres?

Era evidente que Dan quería hablar con él en privado. Sam sospechaba que no iba a invitarlo a pescar. Se preguntó qué habría descubierto Dan desde la última vez que habían hablado. ¿Sabría más de él que el propio Sam?

—¿Qué pasa, jefe? —le preguntó cuando se sentaron en una mesa relativamente aislada.

Dan tomó un sorbo de té y dejó el vaso sobre la mesa.

—Cuando fuimos a pescar me llamabas Dan.

—Entonces no estabas de servicio. Pero tengo la sensación de que ahora sí lo estás.

Dan hizo una mueca.

—Me temo que sí. Supongo que has oído lo de la pastelería.

—Sí, claro. Todo el mundo hablaba de ello esta mañana. ¿Por qué?

—He recibido una llamada anónima diciendo que alguien te vio rondando por la calle Mayor sobre las dos de la mañana. A esa hora, más o menos, fue cuando robaron la tienda.

Sam frunció el ceño y sacudió la cabeza.

—Tu informante se equivoca. A las dos, yo estaba en la cama. No me moví de la casa de invitados hasta que Marjorie me trajo al trabajo esta mañana.

—Supongo que no hay nadie que pueda confirmarlo.

—Estaba en la cama, solo —dijo Sam—. Vamos, Dan, ¿de qué va todo esto? Tú sabes que yo no he robado en la pastelería.

Dan se pasó una mano por el pelo castaño.

—La verdad es que sí. Pero si recibo una llamada como esa, tengo que asegurarme.

—¿La persona que te llamó dijo mi nombre?

—En realidad te llamó «ese forastero que se está aprovechando de las Schaffer».

Sam frunció el ceño y dejó escapar una maldición. Dan se encogió de hombros, disculpándose.

—Tú me lo has preguntado.

—¿Quién demonios...? —por alguna razón, Sam pensó en el desconocido de extraño aspecto que había visto en la fiesta del Día de la Independencia—. Oh, diablos.

—Probablemente fuera Delbert Farley, o uno de sus amigos —dijo Dan—. Fuera quien fuese, llamó desde un teléfono público y se negó a dar su nombre.

—¿Crees que fue Farley quien robó en la pastelería y que ahora

intenta culparme a mí?

—Me he dejado caer por su casa esta mañana. Rita y él juran que no salieron en toda la noche. Si fue Delbert quien me llamó, puede que oyera lo del robo y decidiera causarte problemas por haberte enfrentado a él.

—¿Y qué vas a hacer ahora? ¿Arrestarme?

—No, no haré eso solo por haber recibido una llamada anónima. Confía un poco en mí, ¿quieres, Sam?

Sam volvió a sentirse culpable. Dan había sido sincero, y él le había mentado desde el principio.

Justo en ese momento sonó el teléfono móvil de Dan. El jefe de policía contestó, dijo unas pocas palabras y apartó su vaso de té.

—Tengo que irme. Pensé que debía advertirte de que alguien intenta causarte problemas.

Era extraño. Sam se consideraba a sí mismo un tipo decente, a pesar de no recordar su pasado. Pero tres semanas antes alguien le había dado una paliza. Y ahora, alguien intentaba que fuera arrestado.

—Hasta luego, Sam —dijo Dan por encima del hombro mientras salía.

—Sí, hasta luego —Sam lo miró marcharse.

Había estado a punto de contárselo todo. Y tenía que hacerlo..., pero tal vez se lo contara primero a Serena.

Sam le dijo a Marjorie que volviera a casa sin él, que tenía que hacer unas cosas en el centro y que regresaría a pie.

Su primera parada después de dejar el restaurante fue la biblioteca. Saludó a la bibliotecaria con la cabeza, pero no se detuvo a charlar con ella, sino que se dirigió directamente hacia los ordenadores. Pasó las siguientes dos horas buscando en Internet cualquier información sobre una persona desaparecida que encajara, aunque fuera a grandes rasgos, con su descripción. Se concentró en la zona de Texas y después expandió su búsqueda, pero no encontró

nada.

Sus pesquisas sobre la amnesia no resultaron mucho más productivas. No encontró nada nuevo. Solo los mismos datos que ya había leído otras veces. La verdadera amnesia era muy rara, poco conocida y carecía de tratamiento eficaz. La prognosis parecía ser diferente en cada caso. Algunos pacientes se recuperaban casi milagrosamente. Otros, tan solo de manera parcial. Y algunos nunca recuperaban sus recuerdos.

En todos los artículos que había leído, los pacientes con amnesia total eran considerados rarezas médicas. «Prodigios», pensó sombríamente. La palabra no aparecía en ninguno de los artículos, pero muy bien podría haber aparecido. En cuanto se corriera la voz de que padecía amnesia, sería «ese tarado que no sabe su nombre», además del «forastero que se está aprovechando de las Schaffer».

Cuando salió de la biblioteca, no se sentía con ánimos de regresar a la casa de invitados. Pasó el resto de la tarde caminando por las calles del centro, con las manos en los bolsillos y los ojos protegidos por la gorra que Dan le había regalado. Mientras paseaba, intentaba inútilmente rescatar algún recuerdo. No podía concentrarse en nada. Solo pensaba en el lío en que se había metido por culpa de su orgullo y su obstinación.

Serena nunca volvería a confiar en él, se dijo sombríamente. ¿Y por qué iba a hacerlo, si solo le había contado mentiras?

Tal vez debería irse de Edstown. Podría encontrar trabajo en algún otro sitio mientras recuperaba la memoria. Así, al menos, no heriría a nadie más con sus mentiras. Y no se arriesgaría a ir a la cárcel, pensó mientras miraba la pastelería del final de la calle. El escaparate estaba roto y la fachada, festoneada con la cinta amarilla de la policía.

Aquello tenía que ser obra de chicos jóvenes, pensó, sacudiendo la cabeza. ¿Quién, si no, habría entrado de noche en una pastelería para llevarse el poco dinero que había en la caja? Ni siquiera Farley sería tan estúpido como para hacer aquello solo para culpar a Sam.

Perdido en sus pensamientos, se dio la vuelta para seguir caminando en otra dirección. Tenía que contarle la verdad a Serena. No le apetecía, pero si iba a quedarse allí, debía hacerlo.

Miró a su alrededor. No había muchas personas en la calle a esas horas de la tarde, pero había una a la que no se alegró de ver. Vestido con una camisa de faena de color azul, Delbert Farley lo miraba desde el otro lado de la calle. Al recordar la llamada anónima que había recibido el jefe de policía, Sam se puso furioso. Si Farley era el responsable, debía decirle que su truco no había funcionado... y que no volviera a intentarlo.

Acababa de pisar la calzada para cruzar al otro lado cuando llamó su atención el repentino bramido de un motor. De pronto, un enorme todoterreno negro se dirigió directamente hacia él. A toda velocidad.

Sam saltó por encima de la raya amarilla del centro de la calle. Pero el todoterreno giró y volvió a dirigirse hacia él para embestirlo.

Sam hizo un intento desesperado de saltar hacia la acera.

Capítulo 11

SERENA sabía lo de la llamada anónima que había recibido Dan. Los rumores se extendían pronto por Edstown, sobre todo entre la pequeña comunidad de abogados. Alguien se lo dijo a alguien que se lo dijo a alguien que conocía a Serena. Y esta comprendió que, quienquiera que hubiera hecho la llamada, había querido que la noticia se extendiera. Alguien quería proyectar sospechas sobre Sam, y ella creía saber quién era.

El jueves por la tarde, cuando llegó después del trabajo, ni Sam ni su madre estaban en casa. Su madre le había dejado una nota en la puerta del frigorífico diciendo que había ido al cine con unas amigas. Pero no mencionaba el paradero de Sam.

Tal vez estuviera con Dan, pensó Serena mientras sacaba a Walter al jardín trasero. Aunque había oído que Dan no se había tomado en serio la llamada anónima, Serena suponía que el jefe de policía tendría que hacer algunas comprobaciones. Quizá se hubiera llevado a Sam para interrogarlo.

El teléfono sonó. Serena lo descolgó, cerrando la puerta de la cocina con la esperanza de que las reparaciones que Sam había hecho en la cerca impidieran que Walter se escapara.

—¿Sí?

—Oh, Serena, hola. Parece que estabas esperando una llamada — el tono de Kara era un poco tenso, probablemente porque sabía que Serena no había aprobado su decisión de marcharse de Edstown con su novio.

—No —dijo Serena, igualmente tensa—. No estaba esperando ninguna llamada. Pero estaba al lado del teléfono. Supongo que llamas para hablar con mamá, pero ahora mismo no está en casa.

—Ah. Bueno... ¿y qué tal estás tú?

—Bien, gracias. ¿Y tú?

—Bien. Gracias por preguntar.

Aquello era ridículo. Antaño habían estado muy unidas, pero en ese momento hablaban como simples conocidas. Al recordar las críticas de Sam, Serena decidió demostrar que no era mezquina ni egoísta aunque pensara que Kara había tomado la decisión equivocada.

—¿Qué tal está Pierce?

—Muy bien —Kara pareció animarse de repente—. Su música está atrayendo la atención de mucha gente. Uno de los clientes habituales del bar conoce a un tipo que es muy amigo de un agente muy importante. El cliente del bar va a llevar a su amigo a escuchar a Pierce y tal vez el amigo convenza al agente para que lo represente.

¿Se daba cuenta Kara de lo improbable que sonaba todo aquello? Las probabilidades que tenía Pierce de ser descubierto por el amigo de un amigo de un agente eran seguramente menores que sus probabilidades de ser secuestrado por unos marcianos. Pero Serena estaba decidida a ser amable.

—Eso es fantástico. Seguro que cualquier día lo oiré por la radio.

—Vamos, tú no crees eso —replicó Kara con cierta amargura—. Pero ya lo verás, Pierce lo conseguirá. Solo necesita un golpe de suerte.

—Espero que le llegue pronto. Por el bien de los dos.

—Gracias, pero mientras tanto, somos muy felices juntos. Y ahora —añadió antes de que Serena hiciera otro comentario optimista—, cuéntame algo de ese tipo que vive en la casa de invitados. Parece que a mamá le cae muy bien, pero no me ha contado mucho.

—Eso es porque casi no sabemos nada de él —respondió Serena, otra vez tensa—. Casi nunca habla de sí mismo.

—Reconozco que me sorprendió saber que habías permitido que un vagabundo sin hogar viviera en la casa de invitados. Parece una decisión ilógica por tu parte.

Aquello era una pulla deliberada, pero Serena se negó a contestarla. Estaba más ofendida por la descripción que Kara había hecho de Sam que por su crítica a su acostumbrada cautela.

—Sam es muy agradable. Trabaja mucho. Es amable, tranquilo y considerado, y le gusta ayudar en lo que puede. A los clientes del restaurante les cae muy bien. Incluso a Dan le cae bien, y ya sabes lo desconfiado que es con los forasteros.

—Dios mío —dijo Kara, irónica—, hasta parece que te gusta a ti.

—Sí, me gusta bastante —a Serena le costó mucho esfuerzo mantener un tono neutro.

—Mamá dice que es joven y guapo. ¿Es verdad?

—Acaba de cumplir treinta y uno.

—¿Y es guapo?

Era guapísimo, en realidad, pero Serena no tenía intención de decirlo en ese momento.

—Supongo que es atractivo.

—Mamá dice que parece un modelo o algo así. Rubio, ojos azules, una sonrisa que mata...

¿Exagera?

—¿Por qué no vienes y lo ves con tus propios ojos? —preguntó Serena—. A mamá le encantaría verte... y, por cierto, en el periódico hay unas cuantas cosas que requieren tu atención.

Kara dejó escapar un profundo suspiro.

—Le he prometido a mamá que iré a casa en cuanto pueda. Respecto al periódico, lo siento, pero ya no soy responsable. Lo dejé. Lamento que tú hayas tenido que hacerte cargo de todo, pero ya te dije que lo vendieras.

—Sabes lo que piensa mamá al respecto.

—Ya sé que no quiere venderlo, pero se hará a la idea. Mamá no quiere que seas infeliz, ni siquiera para conservar el periódico familiar.

—Lo que mamá quiere es que vuelvas a casa y dejes de

desperdiciar tu educación y tu experiencia sirviendo bebidas en un bar.

—No. Eso es lo que quieres tú —replicó Kara, irritada—. Mamá solo quiere que sea feliz. Y lo soy.

—Solo espero que no dejes de serlo.

—No te preocupes por eso. Pierce y yo estamos hechos el uno para el otro. Solo siento que tú no tengas a nadie que te haga tan feliz como yo me siento.

Serena decidió que sería mejor morderse la lengua y no responder. Al cabo de un momento, Kara volvió a suspirar.

—No importa. Puede que nunca entiendas lo que es querer tanto a alguien que estás dispuesta a sacrificarlo todo. Supongo que tú no estás programada para eso.

A Serena le dolió que su hermana la comparara con una computadora. Ella era muy capaz de enamorarse. Pero quería hacerlo a su manera, sensatamente. La pasión era una cosa, pero... ¿sacrificarlo todo por un hombre? Eso era algo que ella no pensaba hacer.

Aunque, naturalmente, no había previsto que se enamoraría de un misterioso vagabundo. Cada segundo que pasaba le resultaba más difícil convencerse de que no había hecho precisamente eso. ¿Cómo podía seguir criticando a Kara cuando ella mantenía una relación con un hombre que podía volver todo su mundo del revés?

—Dile a mamá que he llamado y que hablaré con ella más tarde, ¿quieres? Y Serena... De veras lamento los problemas que te he causado. Pero eso es lo único que lamento de la decisión que he tomado. Lamentaría mucho más no haber elegido el amor.

—Bueno... Cuídate, Kara.

Apenas había colgado cuando oyó que alguien llamaba a la puerta de la cocina. Sam, pensó, y el pulso se le aceleró de repente.

Lanzó un pequeño gemido de sorpresa cuando abrió la puerta y lo vio.

—¿Qué te ha pasado ahora?

Sam había esperado que Serena reaccionara dramáticamente al verlo con aquel aspecto. Tenía un profundo arañazo en la barbilla y un nuevo golpe en la mandíbula. La rodilla derecha, arañada y sangrante, se le veía a través de un desgarrón de los pantalones. Había pensado en limpiarse antes de ver a Serena, pero temía que alguien la llamara antes de que él mismo pudiera contarle lo que le había ocurrido. Quería ser el primero en decírselo.

—He sufrido un pequeño accidente, pero estoy bien, ¿de acuerdo?

—Pues no lo parece —ella lo tomó del brazo y lo ayudó a entrar—. ¿Qué ha pasado? ¿Te has caído?

—Digamos que tuve un encuentro íntimo con la acera. ¿Está tu madre en casa?

—No, ha salido con unas amigas. ¿Has venido andando hasta aquí? ¿Así? —ella lo hizo sentarse en una silla, junto a la mesa.

Él sacudió la cabeza y estiró la pierna herida.

—Red Tucker salía de la oficina de seguros que hay junto a la pastelería justo cuando ocurrió el... eh, accidente, y me ha traído hasta aquí.

—Debería haberte llevado directamente al hospital. Voy por las llaves del coche y..

—No —él la detuvo, asiéndola por la muñeca—. No quiero ir al hospital.

—Pero el doctor Frank debería...

—Nada de doctores. Solo tengo un par de arañazos, Serena. Nada que amenace mi vida, de veras.

Ella no pareció darse por satisfecha, pero se quedó quieta. El tono de Sam parecía haberla convencido de que no iba a cambiar de idea.

—Al menos, deja que te limpie las heridas y te ponga un poco de antiséptico —él asintió—. Traeré el botiquín. Tú no te muevas.

—No voy a ir a ninguna parte —Sam reprimió un gemido de dolor al mover la pierna derecha para adoptar una postura más

cómoda.

Serena no tardó mucho tiempo. Cuando regresó, llevaba un botiquín en una mano y un par de pantalones cortos de color azul marino en la otra.

—Quítate los pantalones.

Él no pudo evitar sonreír. Antes de que pudiera decir la primera respuesta que se le vino a la cabeza, ella levantó un dedo.

—Ni se te ocurra decirlo.

Sam adoptó inmediatamente una expresión inocente.

—¿Qué?

—Lo que ibas a decir —ella dejó los pantalones cortos sobre la mesa—. Eran de mi padre. Puedes ponértelos mientras te curo la rodilla.

Sam se levantó, apoyándose cuidadosamente en la pierna izquierda, se quitó los zapatos y se echó mano a los botones de los vaqueros. Serena se dio la vuelta.

—No necesitas ayuda, ¿verdad? —le preguntó, sin volverse.

—Si te digo que sí, ¿me ayudarás? —contestó él, quitándose con mucho cuidado el pantalón.

—Solo si me convences de que realmente lo necesitas.

Él se rió. Un momento después, estaba decentemente cubierto con su camiseta manchada, los pantalones cortos prestados y unos calcetines blancos de deporte. Volvió a sentarse en la silla, mirándose la rodilla. No tenía tan mal aspecto, se dijo. En comparación con la paliza que le habían dado, aquello era un simple arañazo.

A juzgar por su cara, Serena no pensaba lo mismo.

—Debes de haberte dado un buen golpe —musitó, arrodillándose junto a la silla con una botella de agua oxigenada en la mano—. Limpiaré la herida antes de nada.

—Soy perfectamente capaz de hacerlo yo mismo, ¿sabes?

—Solo quiero asegurarme que no se te infecta —Serena vertió cuidadosamente el agua oxigenada sobre la herida.

Cuando le pareció que estaba limpia, extendió con suavidad una fina capa de pomada sobre la piel desgarrada. Tenía la cabeza agachada y a Sam le costó un gran esfuerzo no extender la mano para acariciar su sedoso pelo.

No había erotismo en la forma en que Serena lo tocaba, pero Sam se excitó de todas formas.

«Mal momento, chico», se dijo, recordando que todavía tenía que contarle lo que había sucedido. No le apetecía hacerlo. Tenía la impresión de que Serena no se lo tomaría bien. Pero, si no se lo contaba él, se enteraría de todas formas.

Serena le cubrió la rodilla con gasa y esparadrapo.

—Creo que con esto es suficiente —dijo, mirando el vendaje con el ceño fruncido—. Mañana te dolerá.

—No te preocupes. Ya estoy acostumbrado.

Ella lo agarró por la mandíbula y le hizo girar la cabeza para ver mejor la herida del mentón.

—Esta no tiene tan mala pinta —murmuró—. Seguramente ni siquiera habrá que cubrirla.

—Bien, porque no pienso llevar un esparadrapo en la barbilla.

Ella lo miró a los ojos un momento.

—Hoy estás un poquito tozudo, ¿no? —parecía un poco más relajada, una vez que sabía que no estaba gravemente herido.

Cuando se inclinó para limpiarle la herida, su cara quedó muy cerca de la de Sam. Si se movía unos centímetros, sus bocas quedarían unidas. Él solo tenía que alzar un poco las manos para tomarla en sus brazos. Sam cerró los puños para intentar mantener las manos quietas.

Después de curarle la herida del mentón, Serena observó el arañazo que tenía en la mejilla.

—De verdad, Sam, empiezas a parecer una de esas colchas hechas con retales de colores. Tienes moratones de media docena de tonos distintos.

Él se encogió de hombros.

—Parece que últimamente atraigo los accidentes.

—¿Cómo demonios te has caído? —le preguntó ella mientras le pasaba un algodón por la mejilla—. ¿Había una baldosa rota en la acera, o qué?

Él apartó la mirada del amplio escote de la camiseta de Serena.

—Esto no va a gustarte.

Ella se quedó parada y frunció el ceño.

—¿Qué quieres decir?

—Un imbécil con un todoterreno casi me atropella en la calle Mayor. Tuve que saltar para quitarme de en medio... y caí mal.

—¿Casi te atropellan? —Serena abrió mucho los ojos y sus mejillas empezaron a perder su color—. ¿Pero cómo? ¿El conductor se saltó un semáforo en rojo o algo así? ¿No te vio?, ¿o no lo viste tú?

—No lo sé. Juraría que cuando empecé a cruzar la calle no venía ningún coche, pero de pronto apareció un enorme todoterreno que venía directo hacia mí.

—¿Se acercó mucho?

Él hizo una mueca.

—Demasiado.

Serena le puso una mano sobre el hombro.

—¿Quién conducía? Espero que le dijeras algo a ese idiota.

—Es que... no se paró.

Ella empezó a ponerse colorada de rabia.

—¿No se paró? ¿Quieres decir que estuvo a punto de atropellarte y que siguió conduciendo como si tal cosa?

—Sí, eso es, más o menos.

—¿Existe la posibilidad de que no te viera?

Sam sacudió la cabeza.

—Me vio.

—¿Qué clase de canalla hace una cosa así? ¿Y dices que Red Tucker lo vio todo?

—Sí. Al parecer, salía de la oficina de seguros justo en ese momento.

—Red es el mejor mecánico de por aquí. Conoce los coches de todo el mundo. ¿Reconoció el todoterreno?

—Dice que nunca lo había visto.

—¿Has hablado con Dan? Debería saber que hay un loco suelto por ahí.

—No he hablado con él. Pero seguro que se enterará, de todas formas —añadió Sam con resignación.

—Bien.

—Serena..., hay otra cosa que debes saber —dijo de mala gana. Ella ladeó la cabeza, como si se preparaba para otro susto.

—¿Qué es?

—Red Tucker tiene la, eh, absurda idea de que intentaron atropellarme adrede, y supongo que se lo dirá a todo el mundo.

—¿Qué?

Serena le apretó tan fuerte el hombro que le clavó las uñas. Sam reprimió un gemido. Sacudiendo la cabeza, intentó continuar con voz tranquila.

—Es una idea absurda, por supuesto. Intenté convencerlo de que estaba en un error, pero no quiso escucharme. Dijo que el todoterreno estuvo aparcado hasta que yo empecé a cruzar la calle, y que justo en ese momento se puso en marcha y fue directo hacia mí. Cuando intenté esquivarlo, pareció seguirme.

—Ay, Dios mío —Serena se había puesto pálida otra vez.

Sam la agarró impulsivamente y la hizo sentarse en su regazo. Sorprendida, ella no tuvo tiempo de resistirse, pero intentó no apoyarse en su rodilla herida.

—Serena, escúchame.—Está claro que Red tiene mucha imaginación y cierta tendencia a dramatizar. Interpretó lo que vio de manera que le sirviera para contar una buena historia, eso es todo.

—Red es un poco exagerado, pero no suele mentir —arguyó ella

—. Si dice que el conductor fue derecho hacia ti, debes creerlo. Podrían haberte matado.

Sam notó que Serena temblaba y comprendió que estaba pensando en la terrible escena que él mismo había imaginado mientras volvía a casa. Para distraerla, le acarició suavemente el pelo.

—Empieza a gustarme que te preocupes por mí —musitó—. Aunque te enfades un poco.

—¿Enfadarme? —ella frunció el ceño—. Yo no estoy enfadada. Solo...

Fuera cual fuera la excusa que iba a darle, murió en sus labios cuando Sam la besó.

Serena se abandonó a aquel beso, pensando que Sam podría haber muerto aquella tarde. No podía soportar la idea de perderlo después de haberlo besado.

Sabía que él se marcharía pronto, sabía que solo estaba allí de paso, sabía que no tenían futuro juntos... y había intentado convencerse de que estaba preparada para afrontarlo. Pero su reacción ante lo que acababa de contarle la convenció de que no lo estaba. Y eso la aterrorizaba.

Su boca era tan cálida... Sus brazos eran sólidos y fuertes cuando la estrechaban, y la hacían sentirse segura y protegida.

Apoyó las manos sobre el pecho de Sam y sintió la fuerza de sus músculos bajo la fina tela de la camiseta. A pesar de las malas experiencias que había sufrido durante las semanas anteriores, Sam sabía cuidar de sí mismo. Había permitido que Serena revoloteara a su alrededor, pero también habría estado perfectamente solo. Tal vez incluso lo habría preferido.

Serena se apartó lentamente de él y lo miró con ojos llenos de preocupación. ¿Por qué le resultaba tan difícil resistirse a sus besos, a pesar de seguir repitiéndose que debía resistirse a ellos?

—No te preocupes, Serena —dijo él, acariciándole la mejilla—. Estoy seguro de que solo ha sido un extraño accidente.

—En realidad, no es eso lo que me preocupa ahora mismo — musitó ella, consciente de que estaba sentada sobre los muslos de Sam.

Él miró hacia abajo.

—Eh. Bueno, esto solo ha sido un beso.

—Creo que últimamente hay algo más entre nosotros.

—Lo sé —él le pasó un dedo por el labio inferior—. Pero yo no me he quejado, ¿no?

Ella lo miró con severidad.

—No tengo por costumbre tener aventuras pasajeras, Sam.

—Yo no he dicho eso.

—No quiero que te hagas una idea equivocada de mí solo por unos cuantos besos impulsivos.

Él volvió a acariciarle el labio inferior.

—Esos besos me han dado algunas ideas, pero no precisamente esas a las que te refieres.

Ella lo miró fijamente.

—Estoy hablando en serio.

Sam le dirigió una amplia sonrisa que casi la dejó sin aliento.

—Lo siento, pero tu tono de abogada implacable no puede intimidarme si estás sentada sobre mis rodillas con los brazos alrededor de mi cuello. Y vuelvo a decir que no me quejo.

Serena sintió que se ponía colorada. En lo que se refería a Sam, parecía que estaba perdiendo el juicio. Se levantó y él no hizo ningún esfuerzo por detenerla.

Ella se atusó el pelo, respiró hondo y trató de recordar cómo había empezado todo. Ah, sí. Sam acababa de contarle que alguien había estado a punto de atropellarlo.

—Creo que deberías llamar a Dan.

—¿Porqué?

—¿Cómo que por qué? ¡Porque alguien ha intentado atropellarte! Aunque haya sido un accidente, el conductor se largó sin siquiera

asegurarse de que estabas bien. Dan debe saberlo.

—Estoy seguro de que se pondrá en contacto conmigo muy pronto —contestó Sam. De repente, parecía cansado—. Los rumores corren muy deprisa en este pueblo. Alguien se lo contará.

Ella lo observó con desaprobación.

—Parece que no te lo tomas muy en serio.

Él suspiró y se levantó de la silla, apoyándose cautelosamente sobre la pierna derecha.

—¿Qué quieres que haga, Serena? No me han atropellado y no puedo identificar el coche. No puedo hacer nada más.

—Así que ¿vas a olvidarlo sin más?

—Sí, eso es lo que voy a hacer.

—¿Y si alguien intentaba matarte? Tal vez la misma persona que intentó implicarte en el robo de la pastelería...

Él hizo una mueca.

—Ya te has enterado, ¿no?

—Sí, me he enterado. Tienes suerte de que Dan no te haya metido en la cárcel.

—Me dijo que no me detendría basándose solo en una llamada anónima.

—Entonces, tienes suerte de que sea tan razonable. Alguien quiere causarte problemas, Sam. Y yo no quiero encogerme de hombros y olvidarme de todo como si fuera una simple coincidencia.

—Hablaré con Dan.

Serena tuvo la impresión de que intentaba apaciguarla. Pero, al menos, Dan sabría lo que había ocurrido. O lo que había estado a punto de ocurrir.

Sam le puso una mano sobre el hombro.

—Hablaré con Dan —repitió con tono más sincero.

A ella se le ocurrió otra posibilidad.

—¿Es posible que el conductor del todoterreno fuera uno de los hombres que te pegaron y te dejaron en la cuneta? Tal vez intentan

deshacerse de ti para evitar que los identifiques, o algo así.

Un músculo se tensó en la mandíbula de Sam, y Serena comprendió que ya se le había ocurrido esa posibilidad. Pero él solo dijo:

—Es muy improbable.

Serena frunció el ceño.

—Otra vez intentas zanjar la cuestión. Eso significa que no quieres contestar a mis preguntas. ¿Qué es exactamente lo que me ocultas, Sam Wallace?

Capítulo 12

AQUEL era el momento que Sam había estado temiendo desde que abrió los ojos en la habitación del hospital y vio un muro en blanco donde debería haber estado su pasado. Una y otra vez, había intentado figurarse ese momento. Y siempre imaginaba que se sentía como un idiota y que todo el mundo lo trataba como a un monstruo. Todo el mundo, excepto Serena. En su imaginación, ella siempre estaba tan furiosa que ni siquiera le hablaba.

Serena lo miraba con extrañeza, esperando una respuesta. Él se aclaró la garganta y procuró encontrar las palabras adecuadas para decirle que había besado a un hombre que ni siquiera recordaba su nombre. Por alguna razón, aquellas palabras no se le ocurrieron inmediatamente.

De pronto, oyó que alguien arañaba la puerta de la cocina tras él.

—¿Qué demonios...?

—Es Walter —Serena lo observó con el ceño fruncido—. ¿Esperabas otro todo terreno?

Él se volvió hacia la puerta.

—Voy a dejarlo pasar.

Ella cruzó los brazos y lo miró mientras él se acercaba a la puerta. Sam no la cerró inmediatamente después de que Walter entrara, sino que se quedó mirando la oscuridad, como si estuviera tentado de salir. Quizá estuviera mejor allí afuera. Sin identidad, sin pasado, sin futuro... Solo una figura solitaria entre las sombras.

Serena interrumpió sus melancólicos pensamientos.

—¿Ibas a decirme algo?

No podía hacerlo. No podía explicarle qué le ocurría, ni por qué le había mentado desde el principio. ¿Cómo podía justificar una decisión que incluso a él le parecía completamente irracional?

Acababa de averiguar algo poco halagüeño sobre sí mismo. A veces, podía ser un cobarde. En ese momento, por ejemplo.

—La verdad es que estoy un poco cansado —dijo sin mirarla—. He tenido... un día realmente agotador.

—Puedes sentarte mientras me lo cuentas. Hasta puedo hacerte algo de comer. No podemos seguir demorando esto, Sam.

Él recordó que todavía quedaba un día para que se cumpliera el plazo de tres semanas que se había impuesto. Era posible que, de alguna manera, consiguiera recomponer los fragmentos de memoria que había recuperado durante los días anteriores. Le sería mucho más fácil hablarle de su amnesia a Serena después de haberse recuperado. Así tendría algo más que contarle.

—Habla pronto —le aseguró, dirigiéndose hacia la puerta.

Ella lo asió por el brazo.

—¡Maldita sea, Sam! Me merezco una explicación.

Ese era el único argumento que él no podía refutar. Ella tenía toda la razón. Se merecía una explicación.

Sam cerró la puerta. Ella siguió agarrándolo del brazo.

—Si estás huyendo de algo, tal vez yo pueda ayudarte. Podemos hablar con Dan. Si alguien de tu pasado intenta hacerte daño...

Él cubrió la mano de Serena con la suya.

—Siempre estás ofreciéndome ayuda —musitó, observando sus ojos llenos de preocupación—. Nunca he conocido a nadie como tú. Eso creo, al menos.

Azorada por el cumplido, ella sacudió la cabeza.

—No tiene importancia...

—No, lo digo en serio. No sé qué habría hecho sin Marjorie y sin ti. No tenía a donde ir, ni nadie a quien recurrir, ni dinero... Ni siquiera una camisa. No hay mucha gente dispuesta a acoger a un desconocido como si fuera de la familia.

Ella se sonrojó.

—Ya te lo dije, fue idea de mi madre.

—Tal vez. Pero tú te sentaste a mi lado en el hospital. Y fuiste tú quien me compró ropa cuando no tenía ninguna.

Ella miró sus manos unidas sobre el brazo de Sam.

—Sí, bueno, pero ¿ibas a decirme algo?

—Intento decirte cuánto te respeto —insistió él, sin dejarse azorar por la incomodidad de Serena y la suya propia. Necesitaba decirle aquello y necesitaba que ella lo escuchara antes de que, como era probable, dejara de dirigirle la palabra—. Quiero que sepas cuánto admiro tu generosidad y tu amabilidad, tu eficiencia y tu sentido de la responsabilidad hacia tu familia y tus amigos. Te has hecho cargo de responsabilidades que nunca quisiste para no hacer daño a tu madre y permitir que tu hermana corra tras sus sueños, incluso aunque no apruebes sus decisiones. Sufres por la suerte de un empleado al que sabes que tienes que despedir, y te las arreglas para seguir trabajando como abogada, con mucho éxito, según he oído. Te has hecho cargo de un chucho y de un desconocido apaleado... y ninguno de nosotros te ha demostrado apropiadamente su gratitud.

Ella suspiró.

—¿Intentas que me sienta incómoda?

—Intento darte las gracias.

—De nada. Y, por cierto, creo que ya has demostrado tu gratitud... con, eh, todas las cosas que has hecho para ayudarnos —añadió rápidamente—. No me arrepiento de haberte traído a casa.

Él le puso una mano en la nuca y la atrajo hacia sí.

—Solo uno más —musitó contra sus labios.

Y luego la besó, saboreando su calor y su tersura, mientras se decía a sí mismo que aquella sería, probablemente, la última vez.

Al menos, no había pasado nada más. Aunque en su imaginación le había hecho el amor muchas veces, había conseguido contenerse cuando estaba con ella. Confiaba en que Serena podría perdonarle unos cuantos besos, pero algo más sería impensable en aquellas

circunstancias.

Ella estuvo a punto de quebrantar su precaria fuerza de voluntad cuando deslizó los brazos alrededor de su cuello y abrió los labios. Sam no pudo resistirse a profundizar su beso, a deslizar sus manos por los costados de Serena y a sentir sus esbeltas curvas bajo sus palmas. «Una última vez».

Sam no quería que el beso acabara. Había sido completamente sincero con Serena: la consideraba una mujer muy especial. La clase de mujer que un hombre querría conservar en su vida, pensó. Si alguna vez tenía una vida. Un hogar. Un nombre.

Si la hubiera conocido antes de perder la memoria, ¿las cosas habrían sido distintas entre ellos? ¿Habría sido libre para conquistarla? ¿Habría querido hacerlo?

Se dio cuenta de que ella estaba observando su cara con expresión seria.

—Otra vez tienes esa mirada —musitó, poniéndole una mano helada sobre la mejilla herida.

—¿Qué mirada?

—La que me rompe el corazón —dijo ella, y luego apartó los ojos, como si las palabras se le hubieran escapado sin querer—. ¿Qué es lo que querías decirme, Sam? —le preguntó, desasiéndose de su abrazo—. ¿Es algo relacionado con tu pasado?

Él respiró hondo.

—Yo no tengo pasado.

Ella pareció desconcertada.

—No te comprendo.

—¿Recuerdas cuando me desperté en el hospital y me hablaste?

—Sí, claro.

—Yo también. Pero ese es el primer recuerdo que tengo. Todo lo demás se ha borrado.

—Sí, ya nos dijiste que no recordabas casi nada de la paliza. El doctor Frank dijo que era normal después de recibir un golpe en la

cabeza.

—No lo entiendes. No tengo recuerdos de antes de despertarme en el hospital. Ninguno.

Ella sacudió la cabeza, frunciendo el ceño.

—No te entiendo... Espera un momento, ¿estás diciendo que tienes amnesia?

—Ese es el término técnico. No recuerdo nada de antes de despertarme.

Ella puso una mano sobre la encimera, como sin necesitara apoyo.

—Pero sabes tu nombre. Y tu fecha de nacimiento.

—Me lo inventé todo. Pensaba que recuperaría la memoria, y quería que me dejaran en paz mientras tanto. Temía que, si decía la verdad, nadie me creería. O que me tratarían como a una especie de curiosidad médica.

—Te lo inventaste... —repitió ella—. ¿Te inventaste tu nombre?

—Sam fue el primer nombre que se me vino a la cabeza. Me costó un poco más pensar en un apellido.

Ella lo miraba como si le hubiera salido una segunda cabeza sobre los hombros. Sam cruzó los brazos sobre el pecho. Se sentía avergonzado y culpable.

—No puedo creerlo —dijo ella al cabo de un momento—. Es demasiado... —parecía no encontrar la palabra que buscaba.

—Te dije que era difícil de creer —musitó él, preguntándose qué haría para convencerla si ella pensaba que toda la historia era mentira.

—¿Quieres decir que te despertaste en el hospital y que no recordabas quién eras ni qué hacías aquí? ¿Y que no has recuperado la memoria en estas tres semanas?

—Mañana hará tres semanas. Y he tenido algunos destellos de memoria durante este tiempo, pero nada concreto. Imágenes, algunos sueños que parecían reales, pero ningún nombre, ni ningún lugar.

—No puedo creerlo —dijo ella otra vez.

—No puedo demostrártelo, claro, pero es la verdad.

—Creo que necesito sentarme —se sentó en una silla y apoyó los codos sobre la mesa, con expresión de asombro.

Sam se sentó en una silla frente a ella. Serena parecía necesitar unos minutos para digerir la noticia, de modo que guardó silencio.

—Si tienes amnesia, ¿por qué no se lo dijiste a nadie? ¿Por qué intentaste evitar que alguien averiguara la verdad?

—Mira, sé que es absurdo —él sacudió la cabeza—. Solo puedo decir que estaba herido y confundido. Demonios, estaba muy asustado. Y tomé la decisión equivocada. No sabía cómo reaccionaría la gente si decía la verdad. Y creo que odiaba admitir que... bueno, que tenía daños cerebrales.

Vio que Serena daba un respingo al oír aquella expresión. Una reacción comprensible, se dijo. ¿No era eso justamente lo que había esperado?

—Has dicho que has recordado algunas cosas. ¿Cuáles?

—Recuerdo que me pegaban cuando era niño. No recuerdo a mis padres, ni nada sobre ellos, pero sé que me pegaban.

—Me lo imaginaba —musitó Serena—. Defendiste con tanto ardor a Zach que me dio la impresión de que tu reacción se debía a algo más que al impulso natural de proteger a un niño.

—Me identifiqué fuertemente con Zach —admitió él—. Pero no sé lo que me ocurrió. Esos recuerdos no están claros. Como te decía, puede que ni siquiera sean reales.

—¿Has recordado algo más? ¿Algo de tu edad adulta?

—Imágenes inconexas. Estar sentado en un restaurante. Pescar con un amigo. Conducir un coche potente. Montar a caballo. Sentarme delante de un ordenador. Solo destellos de acontecimientos que, en realidad, no sé si he vivido o solo imaginado.

Ella se frotó las sienes, como si empezara a dolerle la cabeza.

—En algún lugar alguien debe de estar muy preocupado por ti. Tu

familia, tus amigos... —tragó saliva—. Tu mujer, tal vez.

Él se miró la mano izquierda.

—No llevo anillo de casado.

—No todos los hombres casados lo llevan.

—No. Pero no creo que esté casado, Serena. Si lo estuviera, seguramente lo sabría, de algún modo.

—Pero si ni siquiera sabes tu nombre —le recordó ella.

—Pero creo que lo sabría, si estuviera casado —repitió, intentando parecer convencido.

Ella cruzó los dedos sobre la mesa y lo miró fijamente.

—Debe de haber alguien buscándote.

—He pasado algún tiempo en la biblioteca, buscando en Internet anuncios sobre personas desaparecidas que se ajustaran a mi descripción. He mirado en la lista de personas desaparecidas de la policía. No he encontrado nada.

Ella arqueó las cejas.

—¿Sabías cómo hacer todas esas cosas?

—Sí. Me senté frente al ordenador y sencillamente empecé a buscar. Estoy seguro de que he pasado mucho tiempo frente a un teclado. Pero no sé por qué.

—Así que te inventaste toda esa historia de que eras un aventurero en busca de trabajo...

Él se encogió de hombros.

—En aquel momento, me pareció verosímil.

Ella gimió y se cubrió los ojos con las manos un instante.

—Ay, Dios mío. También te inventaste la historia sobre los dos tipos que te robaron.

—Parecía ajustarse a la forma en que me encontraste, sin carné, ni cartera —ella volvió a gemir—. Sí, ya sé que no fue una decisión muy brillante —dijo él con un suspiro—. Cuando se me aclaró la mente lo suficiente para darme cuenta de lo estúpido e irresponsable que había sido, me pareció demasiado tarde para contar la verdad.

—Dan va a matarte.

Sam no podía fingir que estaba sorprendido por una predicción tan pesimista. Se parecía mucho a lo que él creía. La próxima vez que Dan lo invitara a pescar, seguramente lo usaría de cebo para los peces.

—Tenemos que contárselo, claro.

Él se rascó la nuca.

—Supongo que tienes razón.

—Nada de suposiciones. Debemos contárselo, Sam, ¿es que no lo entiendes? Alguien trató de matarte hace tres semanas. Podría haber sido la misma persona que intentó atropellarte esta tarde. Tu vida puede estar aún en peligro.

Sam había pasado demasiadas noches sin dormir, intentando averiguar quién podría haberle golpeado hasta casi matarlo, y por qué. Todavía no tenía ni el más leve indicio. En cuanto a lo que había ocurrido esa tarde..., en fin, prefería considerarlo un accidente, pero en el fondo de su cabeza quedaba un poso de duda. Le habría gustado saber si el conductor se parecía al relamido forastero al que había visto en la fiesta del Día de la Independencia.

—Mañana hablaré con Dan —prometió.

—Es mejor que lo hagas esta misma noche.

—Puedo esperar hasta mañana, en horario de oficina.

—¿Y mientras tanto? ¿Y si alguien viene por ti esta noche?

—Te estás dejando llevar por tu imaginación —dijo él—. Hablaré con Dan mañana a primera hora, ¿de acuerdo? De todas maneras, él no puede hacer mucho al respecto.

—Puede difundir tu descripción y cotejar tus huellas dactilares. Contactar con los medios, tal vez.

Sam hizo una mueca al pensar en que su fotografía apareciera en los periódicos sobre un titular que dijera Amnésico.

—También debes ir a ver al doctor Frank —continuó Serena—. Querrá que te examine a un especialista. Él no es neurólogo.

Probablemente te enviará a Little Rock. No creo que el hospital del pueblo tenga el equipamiento, ni el personal necesario para tratar un caso así.

—¿Un caso así? —repitió él.

—Amnesia total —dijo ella—. Tiene que ser muy rara. Probablemente el doctor Frank nunca habrá visto un caso que...

—Te agradecería que dejaras de referirte a mí como a un caso —dijo él, irritado.

Serena se mordió el labio.

—Lo siento, yo...

—Olvidalo —se levantó, sobreponiéndose a una punzada de dolor en la rodilla—. Soy yo quien te debe una disculpa. A ti y a tu madre. Las dos os merecíais que os dijera la verdad, y lo único que he hecho ha sido aprovecharme de vuestra generosidad. Me marcharé mañana... y, pase lo que pase, me aseguraré de pagaros todo lo que os debo en cuanto me sea posible.

Serena entornó los ojos.

—¿Quieres dejar de comportarte como un idiota orgulloso? No vas a marcharte hasta que sepamos que tienes un sitio al que ir. Y tú no te has aprovechado de nosotras. Te has ganado de sobra tu sueldo en el restaurante, y la casa y el jardín no tenían tan buen aspecto desde que papá murió.

No parecía furiosa, pensó Sam con cierta sorpresa. Exasperada, quizá. Pero no tan enfadada como esperaba. Tal vez porque no había tenido tiempo suficiente para pensar en lo que Sam había hecho.

—Vuelve a sentarte —le ordenó ella, poniéndose en pie—. Prepararé algo de cena.

—No es...

—Tengo hambre —dijo—. Y seguro que tú también. Y tenemos que seguir hablando.

Él se sentó lentamente.

—Supongo que no querrás volver a sentarte en mis rodillas

mientras hablamos.

Era una broma estúpida e inoportuna. La mirada que Serena le lanzó lo hizo hundirse en la silla, diciéndose a sí mismo que era mejor cerrar el pico.

O Sam tenía más hambre de lo que decía, o había usado la comida para evitar la conversación durante la cena. Serena sospechaba que era lo último. Pero ella tampoco dijo casi nada. Realmente, no sabía qué decir.

Todavía intentaba aceptar el hecho de que Sam, o como se llamara, tenía amnesia. Verla a ella junto a la cama del hospital era su primer recuerdo. Todo lo que le había contado desde entonces había sido pura invención.

Podía estar casado. Podía haber estado traicionando a otra mujer cada vez que la había besado. Serena debía sentirse aliviada por que no hubieran llegado más lejos. Pero, cosa rara, no era alivio lo que sentía.

Un niño maltratado. Un hombre evidentemente bien educado, familiarizado con los ordenadores y, sin embargo, capaz de servir mesas en el restaurante de un pueblecito. Un hombre encontrado, inconsciente, en una cuneta. Un hombre con un corazón tierno, sentido del humor, maneras suaves y un sentido de la autosuficiencia hipertrofiado. ¿Quién era Sam?

—Has dicho que has tenido sueños —dijo, cuando pareció que él acababa de dar cuenta de la comida que tenía en el plato—. ¿Cómo eran?

Sam dejó a un lado su tenedor.

—Caras. Voces. Nada concreto.

—¿Siempre las mismas o diferentes?

—Algunas veces, las mismas. Otras, diferentes.

—¿Eran sueños agradables?

—En su mayor parte, sí. La gente se reía, hablaba, jugaba...

—Eso parece agradable.

—Sí.

Serena notó que se frotaba la pierna mientras hablaba. Parecía que las heridas que acaba de hacerse empezaban a molestarlo.

—¿Quieres algo para el dolor?

—No, estoy bien.

Ella lo conocía lo bastante como para saber que era mejor no discutir.

—¿Y los sueños que no eran agradables?

Sam hizo una mueca. Serena había tocado un tema delicado.

—En esos, la gente no se ríe.

Parecía no querer hablar de ello.

—Tiene que haber algún indicio en alguna parte sobre lo que te ocurrió —musitó ella—. Dan dijo que había revisado cuidadosamente la cuneta donde te encontré, pero tal vez se le pasó algo.

Sam sacudió la cabeza.

—Ya he mirado. Eso era lo que estaba haciendo la última vez que Walter se escapó.

—Averiguaremos quién eres —repitió ella—. Con la ayuda de Dan y del doctor Frank, encontraremos la respuesta a tus preguntas.

Él desvió la mirada, pero Serena reconoció la expresión de sus ojos. Ya sabía por qué su mirada parecía perdida. En realidad, estaba perdido.

Se le encogió el corazón al pensar en lo que había sufrido. Ya era bastante malo que le hubieran dado una paliza, pero despertarse confuso y herido, rodeado por desconocidos y sin recuerdos, debía haber sido terrible.

Serena todavía estaba desconcertada por el hecho de que él hubiera preferido ocultar su amnesia a pedir ayuda, ¿pero quién sabía cómo hubiera reaccionado ella en las mismas circunstancias? Al igual que a Sam, le disgustaba depender de los demás, odiaba estar enferma y a merced de los médicos. Prefería resolver sus

propios problemas, cuidar de sí misma... y de su familia, también. ¿Era enteramente inconcebible que hubiera reaccionado como Sam?

De acuerdo, tal vez no hubiera manejado la situación igual que él. Pero podía entender cómo se sentía.

—Hay tarta en el frigorífico —dijo ella, decidiendo que necesitaban hablar de otra cosa—. ¿Quieres un poco?

—No, gracias —miró hacia la puerta—. Creo que voy a darme un baño caliente para relajarme un poco.

—¿Estás seguro de que no quieres un calmante?

—Tengo aspirinas en la casa de invitados. Me tomaré un par antes de acostarme.

Ella lo siguió hasta la puerta.

—Si necesitas cualquier cosa durante la noche, avísame, ¿de acuerdo?

—¿Cualquier cosa?

Su media sonrisa era la que normalmente precedía a un beso. Serena sintió que le flaqueaban las rodillas.

—Ya sabes lo que quiero decir.

Él dio un suspiro exagerado.

—Sí, eso me temo. Hasta mañana, Serena.

—Iremos a ver a Dan a primera hora.

—¿Iremos?

—Es muy posible que necesites un abogado.

Él se rió secamente.

—O quizá sea Dan quien lo necesite..., después de estrangularme.

—Esa es otra posibilidad.

—Buenas noches, Serena.

—Buenas noches..., Sam.

A él no le pasó desapercibido su titubeo antes de pronunciar el nombre. Se encogió de hombros como si se disculpara y salió. Serena cerró la puerta tras él, dando un suspiro. Y después apoyó la frente en la madera. Le dolía la cabeza.

Había creído que el hombre del que Kara se había enamorado no merecía la pena porque era demasiado joven e inmaduro. Pero, al menos, Pierce sabía quién era y de dónde procedía.

Kara podía ser la hermana aventurera, pero Serena parecía ser la que se encaminaba al desastre.

Capítulo 13

LAS CADENAS que sujetaban el balancín de la rosaleta chirriaron cuando Sam se sentó. Aparte de los grillos, las ranas y los pájaros nocturnos del bosque que había tras la casa, el chirrido de las cadenas era el único sonido que perturbaba la quietud de la noche. Sam se sorprendió intentando escuchar bramido de motores de coche, pitidos de sirenas, gritos..., incluso disparos. ¿Qué clase de vida había llevado para que esos sonidos le parecieran parte inseparable de la noche?

Cerró los ojos y disfrutó del silencio. ¿Era posible que alguna vez hubiera preferido aquellos sonidos a esa paz? Si así era, ¿cómo era posible que un golpe en la cabeza hubiera cambiado su carácter de forma tan radical?

Lo había despertado un sueño perturbador, y había salido a aclararse la mente con el aire fresco. No había sido uno de aquellos sueños llenos de risas y sensaciones cálidas. Había sido un sueño que ya había tenido antes, y que siempre lo dejaba vacío y deprimido.

¿Quién era la mujer que gritaba en su sueño? Casi podía verla: joven, guapa y con la piel delicada. Pero tenía la cara colorada e hinchada por el llanto, y una expresión triste. Y aunque no podía recordar quién era, ni cuál era su relación con ella, de alguna manera sabía que era real... y que era él quien la hacía llorar.

¿Alguien que lo había querido? Sam había intentado concentrarse en lo que sentía por ella en los sueños, pero solo había logrado identificar una vaga sensación de afecto y compasión. Y de culpa. Casi no tenía dudas de que él era el causante de la tristeza de aquella mujer.

¿Quién era ella? ¿Y quién era él?

— ¿Te duele algo?

La voz de Serena le hizo abrir los ojos. No la había oído acercarse, tan perdido estaba en sus pensamientos. Ella estaba de pie frente al balancín, bañada por el resplandor de la luna de verano. Tenía el pelo suelto y la cara sin rastro de maquillaje. Llevaba una camiseta ajustada y unos pantalones cortos. Formaba parte del entorno, como las rosas y los pájaros nocturnos, una parte vital de la quietud y el encanto. Él era el extraño allí.

Sam recordó Brigadoon, la ciudad mágica suspendida en el tiempo de la que sus habitantes no podían salir. Al principio, había temido estar atrapado allí. Pero ya solo temía el momento inevitable en que tendría que marcharse.

—Sam, ¿estás bien?

Él intentó sonreír.

—Sí, pero no puedo dormir. Espero no haberte despertado.

—No, ya estaba despierta. Mi abuela solía llamar «noches de lechuza» a aquellas en que no se pueden cerrar los ojos.

—Sí. Supongo que tengo una «noche de lechuza».

—Yo también. Parece que no puedo dejar de pensar.

—¿Y en qué pensabas?

—En ti —dijo ella después de un instante de duda.

Él se levantó y el balancín osciló a su espalda. Había salido con los pantalones cortos de gimnasia y una camiseta. No tenía bolsillos donde esconder las manos. Cruzó los brazos sobre el pecho y se agarró los codos para mantener las manos ocupadas.

—¿Se te ha ocurrido alguna teoría nueva?

—No he estado pensando en eso.

—¿No? —él observó su cara.

—He estado pensando en lo mucho que nos hemos divertido teniéndote aquí —dijo ella en voz baja—. En que te has convertido en parte de nuestras vidas, y de nuestra ciudad, en muy poco tiempo. Ha pasado menos de un mes y, sin embargo, parece que lleves aquí mucho tiempo.

Sam pensó en las personas que había conocido en Edstown. Ya casi no podía salir sin encontrarse con algún conocido. Menos de un mes... Sí, resultaba difícil de creer.

—Cuando averigües quién eres, cuando recuperes la memoria, probablemente volverás a tu antigua vida —suspiró ligeramente—. Así debe ser, claro, pero...

—¿«Pero»?

—Yo... Nosotras te echaremos de menos —musitó Serena.

Él tragó saliva.

—Como tú dices, solo llevo aquí tres semanas.

Ella se encogió de hombros.

—En tres semanas pueden pasar muchas cosas.

Sam estaba de acuerdo. Muchas cosas podían ocurrir en tres semanas. Las vidas podían cambiar; los amigos, llegar y marcharse; dos personas podían enamorarse.

¿De dónde había salido esa idea? Él no era un tipo romántico... Al menos, eso creía. No creía en el amor a primera vista, ni en los flechazos, ni en tonterías semejantes... Al menos, eso pensaba. Y, desde luego, no quería ser responsable de poner en la cara de Serena una expresión como la que había visto en los ojos de la mujer de sus sueños.

—Será mejor que te vayas a dormir —dijo él, mirando hacia la casa—. Mañana será un día muy largo.

—Mañana podría ser nuestro último día.

Sam sabía que eso podía ser verdad. Era posible que alguien quisiera encerrarlo al día siguiente: Dan en una celda; o el doctor Frank en un psiquiátrico, pensó con humor.

—Sí, bueno...

Sus ojos se encontraron. Los de Serena estaban llenos de emociones que Sam no alcanzaba a interpretar.

No debería haberla mirado. Intentaba contener su libido, recordándose las razones por las que debía mantener las distancias.

Pero al ver los ojos de Serena brillando en la oscuridad, sus labios ligeramente entreabiertos... Demonios, él no era de piedra.

Sam no supo cuál de los dos se movió primero. Tal vez ambos a la vez: él abrió los brazos y ella se precipitó en ellos. Tal vez fue una fuerza que ninguno de los dos pudo resistir la que juntó sus bocas. Cuando el besó acabó, Sam había olvidado todas sus razones para resistirse... y tenía la impresión de que, en ese momento, él no era el único que sufría de amnesia.

Estaban a medio camino de la casa de invitados cuando Sam recobró el sentido común.

—Serena, esto no es una buena idea.

—No —dijo ella, pero no dejó de andar.

—No quiero que ninguno de los dos tenga remordimientos.

Ella puso la mano en el picaporte y lo miró por encima del hombro.

—Todo el mundo tiene remordimientos. Pero hay que aprender a vivir con ellos.

No era lo más tranquilizador que podía haber dicho. Ni, ciertamente, lo más poético. Pero Sam suponía que era tan buen argumento como otro cualquiera.

Serena abrió la puerta y él la siguió.

Serena no actuaba guiada exactamente por un impulso. En algún momento, durante las horas en que había intentado conciliar el sueño, se había dado cuenta de que no quería que lo suyo con Sam acabara así: que él simplemente se fuera en busca de su pasado, dejándola atrás. Serena quería que se llevara con él unos cuantos recuerdos... y quería también guardar algunos que rememorar en el futuro.

Ya antes había pensado que pocos hombres como Sam pasarían por Edstown. Recordó algo que Kara le había dicho durante su conversación por teléfono: «Más me habría arrepentido si no hubiera elegido el amor».

A pesar de la cautela casi obsesiva de Serena, Kara no era la única que podía asumir riesgos de vez en cuando.

Solo había unos pocos pasos entre el pequeño cuarto de estar y el igualmente pequeño dormitorio. La cama de matrimonio, deshecha, ocupaba casi todo el espacio. Serena se detuvo junto a ella y se volvió para mirar a Sam. La lámpara que había sobre la mesilla de noche estaba encendida, pero su luz era tan tenue que apenas se notaba. Sam tenía la cara parcialmente en sombras, lo que le daba un aspecto misterioso y enigmático.

Serena debería estar nerviosa. Al menos, debería tener alguna duda o algún remordimiento. Pero no era así. Fuera lo que fuera lo que pasara al día siguiente, cuando se supiera la verdad sobre el estado de Sam, siempre tendría aquella noche.

Él dio un paso hacia ella, y Serena sintió su aliento como una suave brisa de verano sobre la piel.

—Acaba de ocurrírseme —susurró él— que olvidaste comprar una cosa. Claro, tú no sabías que íbamos a necesitar protección, pero sería conveniente que...

Ella sacó una mano del bolsillo de su pantalón corto y la luz tenue iluminó el reluciente envoltorio de plástico que tenía en la mano.

Sam la miró a los ojos. Serena no pudo interpretar del todo su expresión, pero en su voz había aprobación cuando dijo:

—Nada, nada.

Ella arrojó los envoltorios sobre la cama.

—Pensaba que a estas alturas ya sabrías que no me gusta arriesgarme.

Él extendió las manos para asirla por las caderas, estrechándola suavemente contra él.

—¿Y esto no lo consideras un riesgo?

Ella deslizó los brazos alrededor de su cuello.

—Lo considero un lapso temporal del entendimiento —contestó—. Todo el mundo los tiene de vez en cuando.

—Pues hagamos que merezca la pena —musitó él, y la besó.

Mientras se tumbaban en la cama, Serena comprendió qué la había llevado a tomar aquella decisión. Era ese aire de profunda soledad que emanaba de Sam, la tristeza de sus ojos azules, que había hecho pensar a LuWanda que debía haber sobrevivido a alguna tragedia. Al mirar por la ventana de su habitación, Serena lo había visto sentado, solo, en el balancín, y su corazón se había contraído al verlo tan cabizbajo. Esa noche, Sam necesitaba a alguien. La necesitaba a ella.

Fuera lo que fuera lo que ocurriera al día siguiente, tal vez le resultara más fácil afrontarlo después de esa noche. Así sabría que, al menos, no estaba solo.

Serena no había sido prudente al enamorarse de un desconocido, pero de eso tendría que preocuparse más tarde. En ese momento, tenía cosas más importantes en que pensar.

Se quitaron rápidamente la poca ropa que llevaban. Sam parecía comprender que Serena necesitaba su tiempo, y se mostró relativamente paciente mientras ella exploraba su cuerpo. Ella besó con suavidad sus cicatrices y arañazos, pasó los dedos ligeramente sobre el vendaje de su rodilla, compadeciéndose de cada herida que había sufrido. Y luego se deleitó en la fuerza de sus músculos. Sam podía estar un poco magullado y confuso, pero sin duda era fuerte, un hombre vibrante en la flor de la vida... y Serena era lo bastante mujer como para apreciarlo.

Sam había agotado su paciencia y la besó con ansiedad. Hizo que Serena se tumbara de espaldas para poder explorar su cuerpo. Lo recorrió con manos y labios, deteniéndose aquí y allá y arrancándole deliciosos gemidos de placer. Al parecer, había cosas que no había olvidado en absoluto...

Le besó los pechos, el vientre, los muslos, las rodillas... y finalmente la besó con una intimidad que la dejó sin aliento. Cuando por fin volvió a besarla en la boca, Serena tenía los miembros flojos,

la piel erizada y la respiración entrecortada. Un fuego ardía muy dentro de ella; su calor era casi insoportable.

Intentó ayudarlo a ponerse el preservativo, pero le temblaban las manos. Eso la sorprendió. Raramente se dejaba arrastrar por la emoción.

Sus ojos se encontraron cuando Sam se colocó sobre ella. Serena reprimió un súbito ataque de nervios y escudriñó su cara, intentando adivinar sus pensamientos. En muchos sentidos, todavía era un extraño para ella. Sabía tan poco de él..., tan pocos datos concretos. Ni siquiera conocía su nombre. Y, sin embargo, en muchos sentidos, sentía que lo conocía muy bien. Y los rasgos que había observado en él durante las tres semanas anteriores, eran admirables.

Serena no podía creer que Sam no fuera un hombre que mereciera su respeto... y su amor. Si él era libre para aceptarlo... En fin, de eso tendría que preocuparse más tarde.

Susurrando su nombre, Sam la abrazó más fuerte y la besó mientras sus cuerpos se unían con una suave embestida. Ella se arqueó para unirse a él, sofocando un grito de placer.

Ya no pensaba en quién era o de dónde venía. Esa noche era solo Sam, el hombre que había entrado en su vida de forma tan dramática, tan inesperada, y que sin ningún esfuerzo le había hecho comprender todo lo que anhelaba. Era extraño. No había sido consciente de que su vida era incompleta hasta que lo había conocido.

Pero, incluso mientras era arrastrada por aquel torbellino de placer, en el fondo de su mente sentía el miedo a que, después de su marcha, no fuera capaz de llenar el vacío que dejaría.

El sueño había sido distinto esta vez. Aparecía la misma mujer, pero no lloraba. Estaba riéndose, al igual que la gente que la rodeaba.

Hombres y mujeres más o menos de la misma edad, cuyas caras Sam conocía, aunque no sabía su identidad. Reían y hablaban, reunidos alrededor de una mesa... ¿Jugando a las cartas, quizá? Casi

podía oír sus voces, recordar sus nombres. ¿Alguien había dicho el nombre de Michael? ¿Alguien había dicho «Kelly»?

Uno de ellos, un hombre, le hablaba en el sueño. Sam casi lo reconocía. ¿Era el mismo hombre al que había imaginado al otro lado de la barca de pesca? Delgado, con la piel morena, el pelo castaño, los ojos azules... Shane. Su nombre era Shane. Sam casi podía oírle hablar con su voz lenta y grave, llamándolo por su nombre. El nombre de Sam... No, un momento, no era Sam. Era...

—¿Sam?

La voz de una mujer perturbó su sueño, haciéndole fruncir el ceño mientras intentaba aferrarse a las imágenes.

—¿Sam?

Él abrió los ojos, parpadeando en la oscuridad. Su cabeza estaba llena de ecos de voces distintas.

—¿Qué?

Serena estaba inclinada sobre él, cubriéndose los pechos con la sábana.

—Estabas soñando.

—Lo sé —se pasó una mano por los ojos cansados.

—No sabía si debía despertarte, pero parecías... agitado.

—Estoy bien.

—Estabas diciendo algo. Parecía... —ella vaciló y luego musitó—. Jane. Creo que decías el nombre de Jane. ¿Recuerdas... recuerdas quién es?

—No era Jane. Era Shane —todavía podía ver la cara de aquel hombre—. Shane.

—¿Un hombre? —Serena parecía aliviada y aturdida—. ¿Recuerdas a un hombre llamado Shane?

—Más o menos. No lo sé con certeza, pero creo que es un amigo. Tal vez... un hermano.

—¿Un hermano? —ella se sentó—. Sam, eso podría ser muy importante. ¿Recuerdas algo más? ¿Su apellido? ¿El tuyo?

Él sacudió la cabeza. Sus pensamientos empezaban a aclararse y las imágenes se desvanecían rápidamente.

—No eran recuerdos claros. Solo destellos, como siempre. Y en cuanto a ese Shane, no sé quién es. Seguramente, un hermano. Lo digo porque tengo la impresión de que es alguien que forma parte de mi vida desde hace mucho tiempo.

—Un amigo o un hermano. Ahora sabes que en alguna parte hay gente que se preocupa por ti, que te echa de menos, y que seguramente te estará buscando. Tiene que haber alguna forma de encontrarlos.

La risa de Sam le sonó hueca incluso a él.

—Parece que estás deseando librarte de mí.

—Tú sabes que no —dijo ella con suavidad—. Pero pensaba que estabas deseando encontrar la respuesta a tus preguntas.

Él le acarició el pelo enmarañado, apartándoselo de la cara.

—Me gusta mucho ser Sam Wallace —musitó—. No sé si quiero volver a ser el de antes.

Ella apoyó una mano sobre su pecho, justo encima de su corazón.

—No sé lo que te pasó, ni cómo acabaste aquí, pero sí sé una cosa. Sea cual sea tu nombre, eres un buen hombre. Un hombre sincero, con buen corazón y un profundo sentido del honor. Has sufrido, pero ahora eres más fuerte. Recuerdas a tus amigos, lo que significa que sabes dar tu amistad. No creo que tengas nada que temer de tu pasado.

Serena, naturalmente, no sabía nada de la mujer que lloraba, a la que sin duda él había hecho sufrir. Pero su confianza en él lo conmovió.

—Espero que tengas razón —dijo.

—La tengo —afirmó ella con una convicción que Sam envidió—. No creo que la amnesia haya trastornado toda tu personalidad.

Tal vez no. Pero ciertamente había cambiado sus circunstancias. Estaba seguro de que la vida de Sam Wallace era muy diferente a su

vida anterior. Para empezar, su vida anterior no incluía a Serena. ¿Cómo podía haber sido mejor?

Pensar en volver a vivir sin ella lo deprimía. Estiró los brazos y la estrechó contra su cuerpo, recordándose que al menos tenían aún el resto de la noche. No quería perder ni un minuto.

Ella soltó la sábana para abrazarlo y se aferró a él como si estuviera pensando lo mismo. Cuando sus bocas se encontraron, Sam comprendió que sería feliz si pudiera quedarse justo donde estaba. Sin pasado. Sin futuro. Sin dudas, ni incertidumbres. Allí. No podía imaginarse otro lugar mejor, pasara lo que pasara al día siguiente.

Antes de que Serena se deslizara fuera de la cama al amanecer, Sam la convenció para retrasar su visita al despacho de Dan hasta después de su turno en el restaurante. Le aseguró que Marjorie lo necesitaba ese día y que la gran confesión podía esperar unas cuantas horas.

Serena le hizo prometer que no le contaría nada a Marjorie hasta que el doctor Frank le hubiera hecho un chequeo en profundidad.

—Mamá te tiene mucho cariño —le explicó ella—. Se pondrá enferma de preocupación si no le aseguramos que estás bien, aparte de la pérdida de memoria.

Aunque Sam todavía se sentía culpable por haber mentado, a Serena no le costó mucho convencerlo. Aún no estaba preparado para afrontar la desilusión que sin duda vería en la expresión de Marjorie.

Le dijo a Serena que se encontrarían en la comisaría después de que el restaurante cerrara, la besó en la puerta de la casa de invitados y luego la miró correr hacia la casa principal, donde ella esperaba poder deslizarse en su cuarto sin que su madre notara que había pasado la noche fuera. El cielo acababa de empezar a iluminarse por el Este. Sam había dormido muy poco, pero ciertamente no lo lamentaba. Se sentía totalmente revitalizado por las horas que había pasado en brazos de Serena.

A la hora del desayuno, hubo más gente en el restaurante de la que esperaba. Durante la noche había habido otro incendio. Esa vez, una casa vacía que se alquilaba. A los vecinos de Edstown los preocupaba que hubiera un pirómano suelto por la zona. Justine se pasó la mañana quejándose ante todo aquel que quisiera escucharla del estado de deterioro de la sociedad.

Cuando llegó la hora de la comida, las noticias de otro crimen se habían extendido por la ciudad. Durante la noche se había producido un robo en otro negocio. Una casa de empeño, esa vez. El robo no había sido descubierto hasta que el dueño había abierto la tienda, justo antes de las diez. Las armas, las joyas y el dinero habían desaparecido. El local tenía un rudimentario sistema de seguridad que había sido desconectado.

—Le dije a Hermann hace mucho tiempo que su sistema de seguridad estaba obsoleto —le dijo a Sam uno de los clientes—. Los delincuentes de hoy en día son muy listos. No se les puede engañar con una par de alambres y una sirena.

—Un pirómano y un ladrón —dijo Justine cuando Sam y ella se cruzaron en la cocina—. El mundo se va a ir al infierno como sigamos así.

Y ella estaba encantada por el jaleo que se había organizado, pensó Sam con una sonrisa.

Los habitantes de ciudades pequeñas tenían su propia forma de divertirse, y el chismorreó era uno de sus placeres favoritos.

Una hora antes del cierre, dos agentes de policía uniformados entraron en el restaurante y pidieron hablar con Sam.

Consciente de que todo el mundo lo estaba mirando, Sam le dio las gracias a Justine por avisarlo y se acercó a los policías, que lo esperaban junto a la puerta.

—¿Puedo hacer algo por ustedes, agentes?

—¿Es usted Sam Wallace? —preguntó el más alto de los dos.

Él no sabía muy bien cómo responder, de modo que se limitó a

asentir con la cabeza.

—Por favor, acompáñenos a la comisaría. El jefe Meadows quiere hablar con usted.

Sam frunció el ceño y miró a los dos agentes.

—¿Puedo preguntar por qué?

Los policías intercambiaron una mirada y luego uno de ellos contestó:

—El jefe quiere hacerle algunas preguntas sobre un delito que se cometió anoche.

—¿El incendio o el robo? —preguntó Sam con resignación. Al parecer, el acusador anónimo había hecho de las suyas otra vez. Aquello era justo lo que necesitaba ese día.

—Por favor, acompáñenos, señor Wallace.

—¿Estoy detenido?

—No, señor. El jefe simplemente quiere hacerle unas preguntas. Nos envía para escoltarle porque sabe que no tiene medio de transporte.

—¿Hay algún problema, Sam? —Marjorie se acercó con expresión preocupada.

—Parece que voy a tener que tomarme el resto del día libre, Marjorie —le dijo él—. No hay de qué preocuparse. Dan solo quiere hacerme unas preguntas.

—¿Ha encontrado a los hombres que te atacaron?

Sam lanzó una mirada a los policías.

—No lo sé. Supongo que me lo explicará todo cuando llegue allí. Ha mandado a estos dos caballeros para que me lleven.

La respuesta pareció satisfacerla de momento.

—Llámame si necesitas que te lleve a casa o cualquier otra cosa —dijo ella—. Espero que Dan tenga buenas noticias para ti.

—Eh, gracias —Sam se volvió hacia la salida—. ¿Nos vamos, agentes?

Uno de ellos abrió la puerta y salió. El otro siguió a Sam de cerca.

Este no recordaba si alguna vez había sido detenido, pero tenía la impresión de que se parecía mucho a aquello. La comisaría estaba situada en la parte nueva de la ciudad, a varios kilómetros del restaurante. Hicieron el trayecto en silencio. Al llegar, Sam fue conducido directamente al despacho de Dan, donde este lo esperaba sentado tras un escritorio de roble.

—No está mal la comisaría, para una ciudad tan pequeña — comentó Sam al entrar.

La sonrisa de Dan no se extendió a sus ojos. Indicó a Sam que tomara asiento en una de las dos sillas que había frente al escritorio.

—Fue construida hace solo dos años. La antigua se estaba cayendo a pedazos.

Sam miró a los dos agentes que lo habían escoltado.

—Gracias por mandar el coche. Muy amable de tu parte.

Dan miró a sus subordinados y estos se marcharon sin hacer ningún comentario, dejando la puerta abierta tras ellos.

—Muy bien entrenados, para ser de una ciudad tan pequeña — comentó Sam.

Dan percibió su leve tono de sarcasmo. Miró a Sam, pero solo dijo:

—Uno de ellos es mi primo. El otro es el sobrino del alcalde. Puedes guardarte las bromas sobre nepotismo para después.

Sam se inclinó hacia delante y miró al jefe de policía directamente a los ojos.

—¿Qué ocurre, Dan?

Este se recostó en la silla, rascándose la nuca.

—Supongo que habrás oído que hemos tenido una noche movidita.

—Un incendio provocado y un robo en una casa de empeño. Sí, lo he oído. Déjame adivinar... Has recibido otra llamada anónima.

—Esta vez no —Dan abrió el cajón inferior del escritorio—. Esta vez, me temo que tenemos pruebas.

—¿De qué estás hablando?

Dan dejó una bolsa de plástico sobre el escritorio y le preguntó:

—¿Esto te resulta familiar?

La bolsa contenía la gorra que Dan le había regalado.

—¿De dónde la has sacado?

—Fue encontrada bajo el mostrador de la tienda de empeño esta mañana, junto a un par de cosas que al parecer el ladrón perdió al salir.

Sam sacudió la cabeza.

—No, de ninguna manera. Yo no estuve allí, Dan.

El jefe se limitó a mirarlo con expresión impenetrable.

—Supongo que no creerás que tengo algo que ver con el robo.

—Seré sincero contigo, Sam. No estoy seguro de lo que creo respecto a ti en este momento. Hay demasiadas cosas que no encajan. Has sido relacionado con dos robos. Naturalmente, la llamada anónima parecía sospechosa, pero ahora... Bueno, esta es la gorra que te di.

—Sí, es mi gorra —admitió Sam—, pero no la llevaba ayer por la noche.

—¿Cuándo la viste por última vez?

Sam intentó recordar. Habían ocurrido tantas cosas en las últimas veinticuatro horas...

—Ayer por la tarde. La llevaba después del trabajo.

—¿Visitaste la casa de empeño?

—No. Estuve en la biblioteca un par de horas y luego paseé un rato por el centro. Después ese todoterreno estuvo a punto de atropellarme y... —frunció el ceño—. Se me debió de caer entonces.

—Sí, ya me he enterado. Red Tucker está convencido de que alguien intentó matarte ayer.

—Red tiene mucha imaginación —comentó Sam mientras intentaba recordar si llevaba la gorra después del intento de atropello.

Habían pasado muchas cosas. Red lo había llevado a casa, después había discutido con Serena y más tarde habían pasado la noche juntos. ¿Era de extrañar que se hubiera olvidado completamente de la gorra?

—Hablaemos de eso enseguida. Ahora, me gustaría saber dónde estabas hacia las cuatro de la madrugada de esta noche.

«En el paraíso», podría haber respondido Sam, pero solo dijo:

—En la cama.

—Y supongo que no podrás demostrarlo.

—Pues sí —dijo Serena desde la puerta—. Yo estaba con él.

Capítulo 14

SAM SE giró y miró a Serena. Era mucho antes de la hora que habían convenido encontrarse allí, por lo que supuso que alguien, probablemente Marjorie, la habría llamado. Y allí estaba ella, con expresión combativa y un brillo de decisión en los ojos, mirando fijamente a Dan.

Éste pareció creer que no la había entendido bien.

—¿Qué estás haciendo aquí?

—No regañes a Hazel por no anunciarme. Yo le dije que me estabas esperando —Serena entró en el despacho. Tenía todo el aspecto de una abogada, con su traje verde esmeralda y el pelo recogido en un moño sobre la nuca—. ¿Qué está pasando aquí, Dan? ¿Por qué han ido dos agentes de uniforme a buscar a Sam al restaurante? ¿Lo que tenías que decirle no podía esperar hasta que acabara su turno, para evitarle ser objeto de chismorreos y especulaciones?

—Mis razones quedan entre Sam y yo..., a menos que estés aquí como su consejera legal.

—¿Necesita un abogado? —preguntó ella fríamente.

—Dan cree tener pruebas de que fui yo quien robó en la casa de empeño anoche —dijo Sam—. La gorra que él me regaló apareció bajo el mostrador esta mañana.

—Eso es absurdo —Serena se sentó elegantemente en una silla al lado de la de Sam—. Dan no es tan tonto como para creer que harías semejante cosa. No me importan las pruebas circunstanciales que pueda tener.

Dan frunció el ceño.

—Maldita sea, Serena.

Ella arqueó una ceja.

—Solo estaba afirmando mi confianza en tu inteligencia. Estoy segura de que no harás ni dirás nada que me haga cambiar de opinión.

—Este es el segundo robo en dos días con el que Sam aparece relacionado —arguyó el jefe de policía—. Ciertamente, me fallaría la inteligencia, por no mencionar la competencia profesional, si no lo interrogara.

—La única conexión entre Sam y el primer robo fue una llamada acusatoria de alguien que ni siquiera se identificó. Esta vez tienes una gorra, pero Sam tiene una coartada: yo.

Dan se aclaró la garganta.

—Parece ser que la casa de empeño fue asaltada entre las tres y las cuatro de la madrugada. Sam dice que a esa hora estaba en la cama.

Serena lo miró a los ojos fijamente.

—Y es cierto. Yo estuve con él desde más o menos medianoche hasta justo antes del amanecer. No salió de la casa de invitados y no robó en la casa de empeño.

Dan pareció repentinamente incómodo y se puso a ordenar los papeles de su mesa.

—Eh...

—Mírame, Dan Meadows —le ordenó Serena, con un tono sorprendentemente parecido al de su madre—. ¿De veras crees que mentiría para proteger a alguien que podría estar envuelto en un delito?

Él dejó escapar un profundo suspiro.

—No. Si tú dices que estaba contigo, entonces no tengo más opción que creerte.

—Exacto. Nunca te he mentado, y no voy a hacerlo ahora. Sam no está relacionado con esos robos... y estoy francamente sorprendida de que hayas tenido dudas al respecto.

Dan frunció el ceño.

—¿Y qué se supone que iba a pensar si la gorra que le regalé estaba en el lugar del delito?

—Si hubieras usado la cabeza, te habrías dado cuenta que alguien está intentando implicarlo. Primero, con una llamada anónima; y ahora, con una prueba falsa.

—Según lo dices, parece como si fuera una conclusión que se impusiera por su propio peso.

—Es obvio —Serena se giró hacia Sam—. ¿Cuándo perdiste la gorra?

—Seguramente cuando salté para apartarme del todoterreno, ayer, en la calle Mayor. Estoy seguro de que antes la llevaba puesta, pero no recuerdo haberla visto después.

—Así que cuando Red te llevó a casa, la gorra se quedó en la acera.

—Eso parece.

—De modo que cualquiera pudo haberla recogido y dejarla en la casa de empeño durante la noche.

Él asintió.

—¿Recuerdas si alguien, aparte de Red, fue testigo del incidente? Sam frunció el ceño.

—Sí. Delbert Farley estaba allí. Yo iba a cruzar la calle para hablar con él cuando oí el todoterreno.

Serena abrió mucho los ojos, pero él levantó una mano. Aunque detestaba a Delbert Farley, no quería levantar sospechas sobre él sin pruebas concretas.

—Como tú has dicho, cualquiera pudo haberla recogido.

Serena se volvió para mirar a Dan otra vez.

—¿Has estado vigilando a Farley? ¿Hay alguna posibilidad de que esté implicado en esos robos?

—¿Crees que no lo he pensado? —Dan empezaba a parecer enojado—. Lo comprobaré.

—Creo que deberías hacerlo. Y ahora que hemos aclarado

cualquier duda sobre la inocencia de Sam —añadió con firmeza—, hay algo de lo que tenemos que hablar.

Dan miró su reloj.

—Tendréis que daros prisa. Tengo un incendio y un robo que investigar.

—Esto no te va a alegrar el día —comentó Sam con resignación.

Dan masculló una maldición.

—¿Voy a necesitar una taza de café?

—Creo que necesitarás una copa bien cargada —contestó Sam.

Dan gruñó y pulsó un botón de su intercomunicador.

—Hazel, ¿queda algo de café?

—Acabo de hacer una cafetera. ¿Cuántas tazas quiere?

—Tres —respondió cuando Serena y Sam asintieron en respuesta a su mirada. Después se reclinó en la silla, respiró hondo y dijo—. Está bien. Soltadlo ya.

Serena estaba exhausta cuando se preparó para meterse en la cama esa noche. Había sido un día muy largo, tras una noche en la que apenas había dormido. Pero no lo lamentaba. Sabía que debería estar fustigándose por haberse dejado llevar por sus hormonas la noche anterior, aunque no sentía ningún remordimiento. La noche anterior había sido una de las experiencias más memorables de su vida. ¿Cómo iba a arrepentirse?

Se acercó a la ventana de su dormitorio y miró hacia la casa de invitados. No había luces en las ventanas. Tal vez Sam estuviera durmiendo. Para él también había sido un día muy largo.

El encuentro con Dan había sido tan difícil como habían imaginado. Dan se había quedado atónito, y luego se había puesto furioso al saber que Sam había ocultado su amnesia tras una identidad falsa. Serena le había recordado que Sam había actuado así mientras todavía estaba confuso, desorientado y herido, cuando todavía no era completamente consciente de sus actos. Dan le había recordado secamente a Serena que no estaba presentando un caso

ante un jurado, y había prometido emprender de inmediato la búsqueda de la verdadera identidad de Sam.

Tras dejar la comisaría, Serena había llevado a Sam a la clínica del doctor Frank. Previamente había llamado para concertar una cita. Después de oír cuál era el problema, el médico había estado de acuerdo en incluir inmediatamente a Sam en su apretada agenda de trabajo. Al igual que Dan, el doctor lo había reprendido por haber guardado silencio, esta vez por razones médicas. Le había hecho un examen detenido y había fijado una serie de citas con especialistas de Little Rock para el lunes siguiente. Pareció animarse al saber que Sam tenía destellos de memoria y sueños que parecían significar algo, pero estaba preocupado porque la pérdida de memoria durara ya tanto tiempo.

—Parece que me ha creído —le dijo Sam a Serena de camino a casa.

—Por supuesto que te ha creído. ¿Por qué no iba a hacerlo?

Aunque Sam no sabía qué responder a eso, seguía pareciéndole extraño que el médico hubiera aceptado tan fácilmente su curiosa historia.

La primera reacción de Marjorie al enterarse de la amnesia de Sam fue exactamente la que Serena esperaba. Se quedó horrorizada, creyendo que su invitada sufría de alguna terrible lesión que ponía en peligro su vida. Sam y Serena le aseguraron que el doctor Frank había constatado que su estado de salud era bueno, teniendo en cuenta lo que le había ocurrido.

Aunque él se disculpó profusamente por haberla engañado, Marjorie no pareció considerar necesario su arrepentimiento.

—Siento mucho —dijo— que hayas tenido que pasar por esto solo. Ojalá te hubieras sentido lo bastante a gusto aquí como para compartirlo con nosotras. Pero, claro, para ti éramos dos desconocidas. Necesitabas tiempo para sentirte cómodo con nosotras.

Serena comprendió que la compasión de Marjorie solo hacía que Sam se sintiera aún más culpable, pero guardó silencio porque pensaba que un poco de culpa no le sentaría mal. Sam debería haber confiado en ellas antes, aunque Serena comprendía por qué no lo había hecho.

Marjorie insistió en que Sam se quedara a cenar y fue ella quien, después de la cena, comentó lo cansado que parecía.

—Has estado muy preocupado intentando recuperar la memoria. Necesitas dormir. Tómate el día libre mañana, si quieres quedarte en la cama —añadió.

Serena no se sorprendió cuando Sam, de inmediato, declinó la oferta.

—El lunes tengo que marcharme —dijo—. Mañana iré a trabajar.

Marjorie no insistió. Al igual que Serena, había llegado a saber cuándo Sam había tomado una decisión.

Cuando este se marchó, Marjorie parecía tener ganas de hablar, pero Serena se excusó diciendo que estaba exhausta y se escabulló. Necesitaba estar sola con sus pensamientos. Tenía que intentar aclarar sus emociones, aunque se resistía a hacerlo, tal vez porque temía un poco definir sus sentimientos hacia Sam.

Confiaba en que él pudiera conciliar el sueño. Ella no podía. Era demasiado consciente de que Sam dormía en la casa de invitados. Deseaba estar allí con él y volver a dormir en sus brazos. Pero era mejor que no fuera así, se dijo, intentando convencerse. No quería acostumbrarse a estar con Sam sabiendo que pronto se marcharía.

Iba a apartarse de la ventana cuando llamó su atención una sombra que se movía en la rosaleda. Miró detenidamente y vio que Sam estaba de pie, mirando hacia su ventana. Su cara era visible bajo el resplandor de las luces de seguridad.

«Quédate donde estás, Serena».

Parecía abatido, pensó, apoyando una mano en la ventana.

«No lo hagas, Serena. Déjalo mientras aún puedas».

Él no se sentó en el balancín. Se quedó allí, de pie, mirando hacia su ventana... y ella comprendió que la estaba viendo. Se dijo que no le estaba enviando una invitación silenciosa..., pero sabía que así era. Después, se dijo que, aunque así fuera, no tenía por qué aceptar. Pero sabía que lo haría.

Se apartó de la ventana y se acercó a la puerta. Si al final iba a tener remordimientos de todas formas, sería mejor seguir el consejo de Sam y hacer que valieran la pena.

Se quedaron dormidos. Si la luz del amanecer no hubiera rozado los ojos de Serena, podrían haber dormido hasta el mediodía sin darse cuenta. Ella se incorporó con un gemido y miró el reloj que había sobre la mesilla de noche.

—Oh, cielos —intentó saltar de la cama, pero Sam la retuvo.

—¿Qué prisa hay?

—Son casi las seis. Mi madre se irá al restaurante dentro de media hora.

Él la besó en la mejilla y le arañó la piel con la barba.

—¿Crees que se habrá dado cuenta de que no estás?

—No. A veces duermo hasta tarde los sábados. La puerta de mi dormitorio está cerrada, así que probablemente pensará que todavía estoy en la cama.

—Y así es, ¿no? —la besó en el hombro—. Solo que no estás en tu cama.

—Sam, hablo en serio —ella intentó ponerse firme, pero ladeó la cabeza para que pudiera besarle la garganta—. Esperará que te reúnas con ella en el coche, como cada mañana. Tú eres quien le dijo que hoy irías a trabajar.

Sam la besó entre la garganta y los pechos y musitó:

—Enseguida estaré listo.

—Si llegas tarde, se preocupará y vendrá a buscarte.

—No llegaré tarde —le lamió un pezón, despojándola de casi todo pensamiento coherente.

Serena hizo un intento por concentrarse, mientras sus dedos se crispaban entre el abundante pelo de Sam.

—Esperaré aquí hasta que mi madre y tú os hayáis ido al restaurante y luego volveré a casa. Con un poco de suerte, mi madre nunca sabrá que he pasado aquí la noche.

—¿Temes que te regañe? —preguntó él, divertido.

—No, claro que no. Ella siempre me trata como a una adulta... Pero creo que es mejor para todos que las cosas no se compliquen.

—¿Las cosas? —repitió él, acariciándola por debajo de la sábana. Parecía de muy buen humor esa mañana.

—Ya sabes lo que quiero decir —dijo ella—. Intento planear lo que vamos a hacer.

—Me recuerdas a Molly cuando hace uno de sus esquemas —rió Sam—. Siempre acaba complicando todavía más las cosas.

Serena se quedó inmóvil.

—¿Molly?

Él todavía estaba concentrado en sus pechos.

—Mmm. Es la...

—¿La qué? —preguntó ella.

Él alzó la cabeza, con el ceño fruncido.

—¿Qué?

Ella se sentó y se cubrió con la sábana.

—Has dicho algo sobre una tal Molly.

Él se pasó una mano por la cara.

—Creo que iba a decir que es la hermana pequeña de Shane.

—¿Los recuerdas?

—Yo... —tumbándose de espaldas, Sam miró el techo—. No. Quizá los he recordado un instante, pero ya no.

—¿No recuerdas nada?

Él continuó mirando al techo como si allí pudiera encontrar una respuesta.

—Casi puedo ver sus caras. Un hombre... con la piel morena, el

pelo castaño y ojos azules, un poco más oscuros que los míos. Y una chica adolescente. Pelirroja. Con los ojos muy grandes y brillantes. Y una luminosa sonrisa.

—Parecen agradables.

—Creo que lo son... si es que existen —añadió con un gruñido, sentándose al borde de la cama.

—Claro que existen. Seguramente son amigos o familiares. Gente para la que significas algo.

—Tal vez. Tengo que irme a trabajar.

—¿Vas a irte a trabajar ahora? Sam, podrías estar a punto de recobrar la memoria.

—O al borde una jaqueca infernal —contestó él—. Normalmente eso es lo único que consigo cuando intentó forzar mis recuerdos.

—¿Le has hablado al doctor Frank de esas jaquecas? —preguntó ella, poniéndole una mano sobre el hombro.

—Sí. Lo anotó en mi volante para el estudio neurológico.

—Así que vas a ir a trabajar.

—Sí. Quizá recuerde más cosas, quizá no, pero Bill Pollard querrá sus huevos fritos con jamón y su café, como cada mañana.

Serena suspiró y se pasó una mano por el pelo enredado. A veces, no comprendía a Sam en absoluto.

Ese día, Sam hizo su trabajo con mecánica eficiencia. El local estaba lleno y el ambiente era agradable y cordial. Aunque dudaba que servir mesas fuera su trabajo habitual, disfrutaba de aquel entorno. Había hecho amigos y se sentía útil. Echaría de menos todo aquello cuando estuviera tendido en el diván de la consulta de un psiquiatra o sentado en una celda acolchada, o lo que fuera que hicieran los pacientes mentales con el cerebro como un queso suizo.

Las personas a las que había recordado esa mañana, Shane y Molly, fueran quienes fueran, parecían indicarle que sus recuerdos no habían desaparecido del todo. Y que empezaban a salir a la superficie. Al menos, eso parecía creer Serena.

Tal vez ella tuviera razón. Quizá la semana siguiente habría vuelto a su antigua vida y estaría en su trabajo habitual, fuera cual fuera, relacionándose con personas que en ese momento solo eran para él vagas imágenes y respondiendo a un nombre distinto. Quizá había amado esa vida. Quizá volviera a amarla otra vez. Pero sospechaba que siempre echaría de menos aquel lugar.

—¿Estás bien, Sam? —le preguntó Marjorie a la hora de la comida.

—Sí, estoy bien —le aseguró él, divertido por el dramático susurro de Marjorie.

Habían acordado no contarle a nadie lo de su amnesia. Aún no, por lo menos.

—Si necesitas algo, dímelo —dijo ella, dándole una maternal palmadita en el brazo mientras se dirigía a su puesto en la caja registradora.

Al pensar en sus sospechas de que no había tenido una infancia feliz, se preguntó cómo sería su madre. Marjorie Schaffer era exactamente la madre que hubiera querido tener, si le hubieran dado a elegir.

Cuando casi era la hora de cerrar, Sam miró por la luna delantera del restaurante para ver si se acercaba algún cliente tardío. Se quedó helado un instante al ver a un hombre parado en la acera. Alto, erguido, casi rígido... Estirado, pensó. ¿Era el mismo al que había visto el día de la fiesta de la Independencia?

Llevado por un impulso, se acercó a la puerta.

—Eh, Sam, ¿puedes traerme un café? —le gritó alguien.

Sam vaciló un instante y regresó a la cocina. Aún no había acabado su turno y, de todas formas, no sabría qué podría decirle al desconocido.

Cuando cerraron la puerta y pusieron el cartel de «Cerrado», el hombre había desaparecido hacía rato. No había entrado en el restaurante. Solo parecía haber estado echándole un vistazo al lugar.

¿Vigilándolo a él?, se preguntó Sam.

Le tocaba sacar las bolsas de basura al callejón que había detrás del restaurante. Recogió las bolsas y salió por la puerta trasera. La puerta se cerró tras él.

De repente, el vello de la nuca se le erizó.

No oyó ningún sonido, pero se movió instintivamente, y el golpe que iba dirigido a su cabeza se estrelló contra su hombro.

Sam cayó al suelo y rodó, intentando recobrase. No sabía si había tenido oportunidad de luchar la última vez que lo habían atacado, pero esa vez no se dejaría vencer fácilmente.

El hombre al que había visto el cuatro de julio estaba de pie sobre él, empuñando una barra de hierro. La alzó de nuevo para descargar un golpe sobre la cara de Sam.

Este rodó de nuevo, sintiendo la ráfaga de aire de la barra al estrellarse en el suelo, a pocos centímetros de su cara. Tropezó con las bolsas de basura y se quedó parado un instante, mientras su atacante alzaba la barra otra vez.

Con un gemido de esfuerzo, Sam soltó una patada y golpeó con fuerza la rodilla del hombre. Aunque su zapatilla deportiva no era tan efectiva como una pesada bota, la patada dio resultado, y el hombre se tambaleó hacia atrás lo suficiente para que a Sam le diera tiempo a ponerse en pie de un salto.

Durante los instantes siguientes, descubrió que sabía pelear. Pero sus puños eran una débil defensa contra una gruesa barra de hierro. La barra le golpeó el brazo izquierdo y el dolor lo dejó sin aliento. La desesperación y la rabia ciega le permitieron soltar un puñetazo directamente contra la mandíbula de su agresor.

Bufando de rabia, el hombre alzó la barra de nuevo. Sam se protegió con los brazos.

Un gruñido furioso, casi animal, señaló la llegada de ayuda. Un hombre se abalanzó contra el atacante de Sam y le dio un puñetazo que lo derribó de cara contra el pavimento. La barra se le cayó de las

manos. Sam la apartó de una patada y se sumó a la pelea para reducir al agresor, que luchaba salvajemente por escapar.

La puerta trasera del restaurante se abrió.

—¿Sam? —era la voz de Marjorie—. ¿Estás listo para...?

—¡Llama a la policía! —gritó Sam.

Un momento después, estaba sentado sobre las piernas de su atacante mientras el hombre que había acudido en su auxilio sujetaba los brazos de este. Sam miró al recién llegado y reconoció su cara.

—¿Shane? —le preguntó, vacilante.

—No, soy Santa Claus —dijo Shane sarcásticamente—. ¿Dónde demonios te habías metido, Cam?

Cam. El nombre le resultaba familiar, pero no le reveló nada.

Dan llegó inmediatamente, acompañado por los dos agentes de uniforme a los que Sam ya conocía. Al cabo de unos minutos de confusión, durante los cuales el agresor se negó a decir una sola palabra, los policías se marcharon con su prisionero, y los empleados del restaurante se dispersaron de mala gana, dejando a Marjorie, Sam y Shane en el local. Hasta ese instante, la adrenalina había mantenido a Sam en pie, apenas consciente del dolor de sus recientes heridas. Pero entonces empezó a sentirlo, sobre todo en las costillas y en el hombro, donde había recibido el primer golpe.

Se sintió mareado y estiró una mano para agarrarse al respaldo de una silla.

—¿Estás bien, amigo? —Shane puso los brazos en jarras y lo observó detenidamente.

Parecía un auténtico vaquero.

Sam respiró hondo.

—Yo, eh, me temo que no te recuerdo muy bien —dijo—. Pero gracias por ayudarme.

Shane entornó los ojos, confundido.

—¿No me recuerdas? Pero si me has llamado por mi nombre.

Sam se encogió de hombros y el gesto le produjo una punzada de dolor desde el cuello hasta el estómago. Sintió que la habitación empezaba a dar vueltas a su alrededor.

—Maldita sea —musitó—. Me parece que voy a tener que ir a ver al doctor Frank otra vez.

Antes de caer al suelo, oyó que Marjorie gritaba y que Shane exclamaba algo. Después, ya no oyó nada más.

Capítulo 15

SERENA corría por el pasillo del hospital con la inquietante sensación de haber vivido ya aquel momento. Sin acordarse de llamar, abrió la puerta y entró precipitadamente en la habitación. Sam estaba sentado al borde de la cama, y junto a él había otro hombre sentado en una silla. A juzgar por su expresión, acababan de mantener una conversación muy seria.

—¿Estás bien? —le preguntó cuando Sam se volvió para mirarla.

—Sí. Solo tengo unos cuantos morados más para añadir a la colcha de retales —contestó él, tendiéndole una mano.

Ella le agarró la mano y se sintió reconfortada por su fuerza. No tenía ningún golpe nuevo en la cara, pero estaba muy rígido y movía la cabeza con precaución.

—En serio, tienes que dejar de hacer estas cosas —lo regañó ella—. No creo que puedas soportar mucho más.

—Yo no quería que me dieran una paliza —contestó él—. Pero parece que tengo el don de estar en el lugar equivocado, en el peor momento.

Serena miró al otro hombre, que los observaba con interés. Sam hizo las presentaciones.

—Serena Schaffer, este es Shane Walker.

—Shane... —repitió ella—. ¿Tú eres Shane?

—Encantado de conocerte —dijo él con un inconfundible acento de Texas—. Cam me ha contado lo amables que habéis sido con él tu madre y tú.

—¿Cam? —repitió ella.

El hombre al que conocía como Sam Wallace asintió.

—Al parecer, mi nombre es Cameron North, y soy reportero de un periódico de Dallas.

Serena sintió que le flaqueaban las rodillas. Se sentó al lado de Sam, o de Cam, para no caerse al suelo.

—Cameron North —repitió.

—Estábamos muy preocupados por Cam desde que desapareció hace tres semanas —le explicó Shane—. Yo sabía que andaba detrás de una historia que implicaba cierto peligro y temía que le hubiera ocurrido algo. Tengo un par de tíos que son detectives privados y que han estado buscándolo. Cuando el jefe Meadows difundió un informe sobre un hombre sin identificar que respondía a la descripción de Cam, vine a comprobarlo. Unas pocas preguntas me llevaron al restaurante, donde encontré a Cam metido en una pelea.

Serena miró a Cameron.

—¿Recuerdas algo?

Él se encogió de hombros.

—Algunas de las cosas que Shane me ha contado me resultan familiares. He recordado algunas cosas, pero descabaladas.

—Le he prometido que le proporcionaremos los mejores especialistas —dijo Shane—. Tengo un par de tíos en Dallas que son médicos.

—Un tío para cada ocasión —murmuró Cameron, y a Serena su seco comentario le recordó tanto a Sam Wallace que se le secó la garganta.

Tal vez Sam tuviera otro nombre, pero seguía siendo el mismo hombre del que se había enamorado apasionadamente.

—Shane piensa que me vendría bien volver a Dallas y retomar mi rutina normal. Dice que recuperaré la memoria más rápidamente en mi entorno habitual.

—Probablemente tiene razón —dijo Serena—. Seguro que te recuperarás antes en casa.

—En casa —Cameron pronunció aquellas palabras como si no las hubiera oído nunca—. Es curioso. Cuando pienso mi hogar, no pienso en Dallas, sino en la casa de invitados.

Serena sintió una punzada en el corazón. Miró sus manos unidas, preguntándose si sería capaz alguna vez de volver a entrar en la casa de invitados o si los recuerdos serían demasiado abrumadores. Algo le decía que le vendría bien un ataque de amnesia cuando él se hubiera ido. Pero sabía que recordaría cada minuto de los que había pasado con Sam.

—Tu familia debe de estar muy preocupada —musitó.

«Y, por favor, no me digas que esa familia incluye una esposa o hijos», pensó.

Shane se aclaró la garganta.

—En realidad, Cam no se lleva muy bien con sus padres. Ni siquiera creo que sepan que había desaparecido. Él siempre ha dicho que se sentía más unido a mi familia que a la suya.

—Debe de ser por eso por lo que no sabía si eras un hermano o un amigo cuando te recordaba.

Shane dirigió a su amigo una leve sonrisa.

—Sí, eso debe de ser.

Serena notó que Shane llevaba alianza.

—Veo que estás casado. ¿Tu mujer se llama Molly?

—No, Molly es mi hermana —contestó Shane—. Mi mujer se llama Kelly.

—Yo no estoy casado —dijo Cameron, adivinando los miedos de Serena—. Según Shane, nunca lo he estado.

Shane se echó a reír.

—Ni siquiera has estado cerca —dijo—. Y no porque no haya habido unas cuantas mujeres que han intentado hacerte cambiar de idea.

Serena no sonrió. Ni Cameron tampoco.

—¿Cuándo os vais?

Él contestó con expresión sombría:

—Shane tiene un avión esperando en el aeropuerto de Little Rock. Podemos marcharnos inmediatamente.

—Uno de mis primos es piloto —murmuró Shane.

—Claro —dijo ella—. Tienes una gran familia, ¿no?

—Mayor de lo que te imaginas —Shane se levantó—. Iré a llamar a mi primo para que haga los preparativos para el viaje a casa. Estoy seguro de que vosotros dos tenéis muchas cosas que decir. Y, eh, Cam... —se detuvo en la puerta.

—¿Sí?

—No seas tonto.

—¿Qué ha querido decir con eso? —preguntó Serena cuando Shane desapareció.

—Al parecer tiene un sentido del humor un tanto singular. Todavía no lo capto muy bien.

—Mi madre me ha contado lo que pasó. ¿Has averiguado quién te atacó?

—Shane está seguro de que es alguien que trabaja para el tipo al que yo estaba investigando por un desfalco, un funcionario del que sospechaba que usaba dinero de impuestos para darles un lujoso tren de vida a su mujer e hijos en Dallas y una igualmente extravagante existencia a una señorita de Little Rock. Antes de irme de Texas, le dije a Shane que estaría en Little Rock haciendo averiguaciones. Al parecer, me sorprendieron metiendo las narices en algún sitio indebido.

—¿Crees que quien te pegó la paliza te dio por muerto cuando te dejaron aquí, en Edstown?

Él se encogió de hombros.

—Es posible. Si tú no me hubieras encontrado, habría muerto.

Ella tragó saliva.

—¿Y Shane cree que todavía estás en peligro?

—No. Shane ha hecho que sus tíos siguieran los indicios que yo había descubierto. Han encontrado evidencias que prueban que yo tenía razón. Cuando la historia se publique, ya no tendrá sentido que intenten librarse de mí. Y probablemente Dan hará confesar al tipo

que me atacó esta tarde.

—Así que ahora te vas a Dallas a resolver un nuevo misterio — dijo ella—. Tu propio misterio, esta vez.

Él alzó un hombro.

—Supongo que sí. ¿Te gustaría venir conmigo? Tú podrías ser el doctor Watson y yo, Sherlock Holmes.

Lo dijo en tono de broma, pero Serena comprendió que en parte lo decía en serio. Aunque se sentía halagada al pensar que quería llevarla consigo, no pudo evitar preguntarse si no se estaría aferrando a algo conocido en una situación tan abrumadora para cualquiera.

Además, pensó tristemente, ella no era Kara. Sencillamente, no podía dejarlo todo y huir con un hombre que se buscaba a sí mismo.

—Me temo que eso no será posible —dijo ella, intentado parecer despreocupada—. Tengo unas cuantas responsabilidades aquí... Un bufete de abogados, un periódico, una madre, un perro... A no ser que quieras llevarte al perro...

—No creo que a Walter le gustara Dallas. Es un perro de pueblo.

—Seguramente tienes razón.

Y ella era una chica de pueblo. Tenía que afrontarlo, por muy difícil que le resultara.

Hubo un momento de silencio y luego Cameron habló otra vez.

—Shane dice que no tengo problemas de dinero, así que podré pagar las facturas médicas y el dinero que os debo a tu madre y a ti. Al parecer, provengo de una distinguida familia de abogados, y mis difuntos abuelos me recordaron en su testamento.

—¿Abogados? —Serena recordó su antipatía hacia la profesión.

—Sí. Supongo que hasta los abogados ricos pegan a sus hijos.

—¿Sigues sin acordarte de tus padres?

—Sí. Pero Shane ha prometido contarme todos los detalles desagradables durante el vuelo a Dallas.

—Seguramente estará a punto de volver.

Él miró hacia la puerta.

—Es muy probable.

Ella se levantó y se volvió para mirarlo, tomando su cara entre las manos.

—Antes de que vuelva... —se inclinó y habló casi rozándole los labios—. Te echaré de menos, Sam Wallace.

—Yo echaré de menos ser Sam Wallace confesó él—. Era un tipo feliz. Pero no sé si puedo decir lo mismo de Cameron North.

Ella lo besó. Tampoco sabía nada de Cameron North, pero sospechaba que podría amarlo tanto como a Sam Wallace..., si las cosas fueran de otro modo, por supuesto.

Era agosto, y en Arkansas hacía calor. Serena se sentía desgraciada, pero llevaba así más de un mes, y su estado de ánimo poco tenía que ver con el tiempo. Estaba deprimida desde que Sam, o Cam, se había ido a Dallas con su amigo Shane.

Había llamado varias veces durante las dos semanas siguientes a su partida para mantenerla al corriente de sus progresos. El tiempo y la terapia habían dado resultado. Cam había recuperado casi todos sus recuerdos, aunque todavía había huecos que, según los médicos, tal vez nunca volvieran a llenarse. Cameron no le había parecido tan preocupado por ello como Serena había esperado. En realidad, no le había parecido especialmente emocionado por nada. Ni por volver a casa, ni por estar con sus amigos, ni por recibir felicitaciones por haber destapado un escándalo político.

A Serena la había molestado el tono distante e impasible que usaba por teléfono. Tal vez Cameron North siempre hablara así. Pero no era así como ella recordaba a Sam Wallace.

Habían pasado casi tres semanas desde que había llamado por última vez. Serena suponía que estaría demasiado ocupado retomando su vida. Cam no tenía por qué llamarla, naturalmente. No habían hecho promesas, ni planes para el futuro. Lo que habían compartido había sido algo muy especial, pero siempre habían sabido que era pasajero. Ella había sido para él un puerto en la

tormenta, y él le había dado a ella la oportunidad de ser audaz e irresponsable por una vez en su vida. Los dos habían representado bien su papel. Serena no podía decir que hubiera esperado más.

Pero lo echaba de menos.

Se apartó el pelo húmedo de la cara, pensando otra vez en el calor que hacía. Estaba sentada en el despacho del redactor jefe del Evening Star, delante de un enorme montón de papeles. El aparato de aire acondicionado era viejo y no funcionaba bien. Había que cambiarlo, pero Serena no sabía si el vacilante presupuesto del periódico lo permitiría ese año. Y no sabía si el periódico seguiría funcionando el verano siguiente, a no ser que encontrara a alguien que pudiera rectificar las desacertadas decisiones que Marvin había tomado en los años anteriores. Alguien que conociera el negocio, comprendiera la mentalidad de una ciudad pequeña y estuviera dispuesto a trabajar muchas horas por un magro salario.

Había estado buscando sin éxito un redactor jefe desde que, dos semanas antes, por fin había cedido a lo inevitable y había despedido a Marvin. Este se había ido más dócilmente de lo que ella esperaba, al darse cuenta de que no estaba en condiciones de seguir desempeñando su trabajo. Para alivio de todos, había decidido someterse a un tratamiento para dejar de beber y se había mudado a Florida para estar más cerca de su único hermano. Hasta que Serena le encontrara un sustituto, Riley y Lindsey intentaban ayudar a Serena a mantener el periódico a flote, pero a veces les parecía que estaban luchando en una batalla perdida.

Serena se frotó las sienes y miró la edición del día, que estaba abierta en una esquina de su mesa. La noticia de cabecera estaba relacionada con la reciente oleada de robos. Al fin, Dan había encontrado pruebas de la implicación de Delbert Farley. La novia de Delbert, Rita Hinson, había sido acusada de complicidad. El joven Zach había quedado a cargo del servicio de atención a la infancia. Serena confiaba en que encontrara un entorno mejor que el que

había soportado en su corta existencia.

Al pensar en el niño, volvió a acordarse de Cameron. Todo parecía recordárselo. Cerró los ojos y apoyó los codos en la mesa, preguntándose si alguna vez dejaría de pensar en él.

¿Era por eso por lo que Kara había dejado atrás su vida entera para seguir a Pierce a Nashville, porque prefería que le partiera el corazón a vivir una vida vacía sin él?

Por primera vez, Serena empezaba a comprender los actos de su hermana. No se veía a sí misma huyendo de todas sus responsabilidades, pero ya no criticaba a Kara por haber seguido los dictados de su corazón. Quería que su hermana fuera feliz. Y a veces, normalmente durante las noches en que no podía dormir, se preguntaba cómo sería seguir su ejemplo.

—Creo que estás buscando un redactor jefe.

Serena levantó la cabeza con tanta brusquedad que casi se cayó de la silla. Con los ojos muy abiertos, miró hacia la puerta.

—¡Sam!

Tenía el pelo corto y bien peinado, y en su cara ya no había moratones. Llevaba un traje gris de aspecto caro y estaba apoyado en la jamba de la puerta con una enigmática sonrisa que no se reflejaba en sus penetrantes ojos azules.

—Puedes llamarme así, si quieres. También respondo por Cam o Cameron.

Ella no encontró fuerzas para levantarse.

—¿Qué haces aquí?

—¿Puedo entrar?

—Claro. ¿Qué haces aquí?

Él cerró la puerta del despacho.

—¿Sabes?, si alguna vez hubiera venido a verte a la oficina, podría haber recuperado la memoria más rápidamente. Hay algo en el ambiente de la redacción de un periódico que...

—S... Cam, me estás volviendo loca. ¿Vas a decirme qué haces

aquí?

—He venido a solicitar el puesto de redactor jefe —dejó algo sobre el escritorio, frente a Serena—. Este es mi curriculum. Creo que descubrirás que estoy muy bien cualificado.

Estaba bromeando... Tenía que estarlo.

—Si has venido a pagar lo que crees que nos debes a mi madre y a mí, olvídalo. Ya te dijimos que no nos debes nada.

—Eso no es del todo verdad, pero no he venido por eso. Hablo completamente en serio, Serena. Quiero el trabajo.

—Pero...

Se sentó en una silla frente a ella, muy derecho, con aire formal.

—Sé que tú, en realidad, no conoces a Cameron North, así que supongo que querrás entrevistarme antes de tomar una decisión. Pregúntame lo que quieras. ¿O quieres que sea yo quien hable?

El cerebro de Serena parecía estar temporalmente fuera de servicio.

—Yo no...

—De acuerdo, hablaré yo —él respiró hondo—. Tengo treinta y cinco años, soy soltero y actualmente estoy sin empleo porque dejé mi trabajo en el periódico de Dallas. Gozo de buena salud en líneas generales, aunque tengo algunas grandes lagunas de memoria que con el tiempo tal vez se curen, o tal vez no. Me he pasado los últimos años trabajando duramente, bebiendo demasiado y despreciando a mi familia. He permitido que mi amargura hiriera a la gente. A mujeres agradables que querían más de mí de lo que yo estaba dispuesto o era capaz de darles, a buenos amigos que se preocupaban por mis hábitos autodestructivos...

—Eh, creo que deberías perfeccionar tu técnica para hacer entrevistas —le dijo Serena, temblorosa—. Se supone que tienes que convencerme para que te contrate, no desanimarme.

—He pensado que era mejor contarte todo lo negativo primero, para que no haya peligro de que luego te lleves una decepción.

Ella se aclaró la garganta, sintiendo que sus miembros recuperaban su vigor.

—¿Y las cosas positivas?

—Trabajo mucho, conozco el medio y estoy dispuesto a aceptar nuevos retos. No tendrás que preocuparte por que busque pastos más verdes. He vivido lo bastante como para saber que no los hay.

—Me resulta difícil creer que siempre hayas soñado con dirigir el periódico de un pueblecito —musitó ella, mirándolo fijamente a la cara.

—No. Siempre he soñado con encontrar un lugar al que pudiera llamar hogar —contestó él tranquilamente—. Pero no sabía dónde buscar.

—Por aquí no hay mucho que hacer. ¿Cómo sabes que no te aburrirás?

Él esbozó una leve sonrisa.

—Yo no diría que esto es aburrido. Hay baile en Gaylord's, lucha libre en pantalla gigante en la pizzería, helados de treinta y seis sabores... Y todavía no he tenido ocasión de aparcar junto al lago un sábado por la noche.

—¿Esas cosas son suficientes para que te quedes aquí?

—No —él se levantó y rodeó lentamente la mesa. Inclinandose sobre la silla de Serena, la tomó por la barbilla y casi rozó su boca—. Pero tú, sí.

Ella alzó la cara para besarlo, intentando expresar en su beso cuánto lo había añorado mientras había estado fuera. A juzgar por la forma entusiasta en que Cam la estrechó en sus brazos, haciéndola levantarse de la silla y ponerse de puntillas, parecía que él también la había echado de menos.

Serena le rodeó el cuello con los brazos y se apretó contra él hasta que no quedó ninguna separación entre ellos. Justo lo que ella quería.

Él soltó su boca para que ambos pudieran respirar, y apoyó la frente contra la de Serena.

—Te he echado de menos. Tanto que me dolía más que ninguna herida física.

—Yo también te he echado de menos —musitó ella—. Cada vez que miraba la casa de invitados, cada vez que me sentaba en la roaleda, cada vez que comía en el restaurante, solo pensaba en lo vacío que parecía todo sin ti. Me resultaba difícil de creer que solo hubieras estado aquí tres semanas. Miraba a cualquier parte, y tú estabas ahí.

—Con cada cosa que recordaba estaba más convencido de que nunca había sido más feliz que durante las tres semanas que pasé aquí —respondió él—. Me decía que tú realmente no me conocías, que seguramente no podrías sentir por mí lo mismo que yo sentía por ti, que te merecías algo mejor... Pero no podía soportar estar lejos de ti.

—No sabes cuántas veces he pensado en ir a Dallas a buscarte. Tal vez para traerte aquí otra vez... O para quedarme contigo allí. No lo sé. Creo que me parezco más a mi hermana de lo que quería admitir.

—Estoy deseado conocer a tu hermana... y a su cantante.

—Y yo quiero conocer a toda la gente que te importa.

—Los invitaremos a todos a la boda. Demonios, hasta invitaremos a mis padres, si es que no están demasiado ocupados con sus propios asuntos como para perder su tiempo. Quiero que me conozcas como nadie me conoce, ni siquiera Shane, que es mi mejor amigo desde que éramos adolescentes.

Ella pasó un dedo por su mandíbula. Su cara le era tan familiar, fuera cual fuera el nombre que usara...

—Nos conocemos hace muy poco tiempo y ya estás hablando de boda. La gente dirá que estamos locos.

Él se echó a reír.

—No dirán nada que no me haya dicho a mí mismo muchas veces. Pero, créeme, estar loco no es tan malo.

Ella sonrió.

—Vamos a volvernos locos juntos, Cameron North.

Él la besó despacio y luego alzó la cabeza, sonriendo.

—¿Significa eso que me das el puesto?

—Estás contratado. Ahora, ¿podemos salir de aquí?

Él le pasó un brazo sobre los hombros.

—Podríamos aparcar junto al lago —sugirió mientras salían.

—Tengo una idea mejor —dijo ella, tomándolo de la mano—.

Vamos a buscar una cama.

—Tienes razón. Es una idea mucho mejor.

Epílogo

—NUNCA pensé que viviría para ver este día —comentó Shane, divertido.

—Eh, eres tú quien lleva años diciéndome que siente la cabeza —le recordó Cameron.

—Sí. ¿Pero desde cuándo me haces caso?

Cameron se rió y miró hacia el otro lado de la habitación, donde su flamante esposa estaba recibiendo besos y abrazos de lo que parecía un río interminable de amigos y vecinos. Con todos los amigos de Edstown por parte de Serena, y todos los de Dallas por parte de Cameron, una gran multitud había acudido a presenciar la ceremonia. El salón de banquetes estaba repleto de gente, al igual que lo había estado la pequeña iglesia baptista de Edstown hasta el final de la ceremonia. Shane había dicho que aquello era una buena señal; así habría muchos testigos para asegurarse de que Cameron mantenía su palabra.

Cameron sabía que no cambiaría de opinión aunque no hubiera asistido nadie más que Serena, el reverendo y él.

—Kelly aprueba tu elección —dijo Shane—. Serena le gusta mucho. Aunque lamento que estéis tan lejos de Dallas, tengo la sensación de que nos veremos a menudo.

—Cada vez que podamos —le prometió Cameron.

Estaba contento de que a la mujer de Shane y a sus otros amigos les gustara Serena. Lo emocionaba que todos hubieran hecho el esfuerzo de asistir a su boda: Scott y Lydia Pearson habían ido desde Florida, y otros muchos habían acudido desde la zona de Dallas. Sus amigos lo habían acompañado hasta el altar: Shane había sido el padrino, naturalmente, y Scott Pearson y Michael Chang, los testigos. El padre de Shane, Jared, y su esposa, Cassie, también habían

asistido, junto a la pequeña Molly. La prima de Shane, Brynn, y su marido, el doctor Joe D'Alessandro, estaban allí también, junto con otros muchos parientes de Shane. Todos ellos formaban parte de su pasado. Cameron estaba contento de que lo hubieran visto dar aquel paso de gigante hacia un futuro mejor.

Los padres de Cameron habían asistido a la ceremonia, pero parecían desconocidos que se hubieran sentado casualmente uno al lado del otro, en vez de padres felices y orgullosos. No se habían quedado a la recepción. Cameron sabía que no tenían interés en permanecer en aquella reunión de personas a las que consideraban sus inferiores en la escala social. Pero su actitud ya no le dolía. Tenía a Serena a su lado... y habían acordado que sus hijos, si los tenían, nunca dudarían del amor de sus padres por ellos..., ni del uno por el otro.

—Ya veo por qué te gusta esto —dijo Shane, mirando el salón repleto de invitados que charlaban animadamente—. Parece un lugar muy agradable y acogedor.

Cameron asintió, mirando a la radiante novia. Los vecinos de Edstown eran muy amables, pero era Serena quien le hacía desear quedarse allí. Le daba la impresión de que le gustaría cualquier lugar al que ella llamara hogar.

Había resultado que era él quien tenía algo en común con Kara, que había hecho de dama de honor de Serena. Tanto Cameron como ella habían abandonado sus anteriores vidas para estar con quienes amaban. En una conversación privada un par de horas antes de la boda, habían llegado a la conclusión de que ninguno de ellos se arrepentía.

—Felicidades, Sam..., quiero decir, Cam. Te llevas a una buena mujer —mientras hablaba, Bill Pollard le daba fuertes palmadas en el hombro.

Los vecinos de Edstown habían aceptado su amnesia más fácilmente de lo que él esperaba, pero todavía no se habían

acostumbrado a su nuevo nombre.

Cameron tenía la impresión de que le estaba saliendo un callo en el hombro. Ya no daba un respingo cada vez que Bill le daba una de sus habituales palmadas de saludo.

—Gracias, Bill.

—Y el periódico ha mejorado mucho desde que tú lo diriges —añadió Bill—. Claro, en el restaurante se te echa de menos. Tu café era incluso mejor que el de Justine.

—Que ella no te oiga decir eso.

Riendo, Bill le dio otra palmada y después se alejó, diciendo por encima del hombro:

—Tienes razón. Hasta luego, Sam..., digo Cam.

Shane se echó a reír.

—Sí. Me parece que aquí vas a estar muy a gusto.

Pero Cameron no le prestaba atención.

Serena estaba cruzando el salón hacia él. Extendió la mano al llegar a su lado. Él se la agarró con fuerza.

—La recepción es fantástica, ¿verdad? —dijo mientras Shane se alejaba discretamente.

—Fantástica, ¿pero podemos irnos ya? Quiero hacerle al amor a mi mujer —le dijo Cameron.

—Tendrás que tener un poquito de paciencia. Mi madre quiere que tire el ramo. Molly quiere hacerse con él, pero Shane ha jurado hacerle un placaje si lo intenta. No quiere que ni siquiera piense en casarse durante los próximos diez años.

Cameron suspiró.

—Te doy media hora más. Luego, nos largaremos.

Ella sonrió.

—Eso suena fantástico.

—Te quiero, Serena.

—Yo también te quiero —inclinó la cabeza sobre su hombro—. ¿Cómo hemos podido vivir el uno sin el otro hasta ahora?

Él sonrió.

—No lo sé. Parece que he olvidado todo lo que ocurrió antes de conocerte.

Ella suspiró en respuesta a aquel chiste tan malo y luego alzó la cara para besarlo.

Pero Cameron no bromeaba del todo. En lo que a él concernía, la parte más importante de su vida había empezado el día que abrió los ojos y vio a Serena por primera vez.

No era Edstown su Brigadoon, sino Serena. El amor le había tendido una trampa... de la que no quería escapar.

Fin